Salomé Gómez-Upegui

Feminista por accidente

Ensayos sobre tradición y liberación

Ariel

SALOMÉ GÓMEZ-UPEGUI

Feminista por

accidente

Ensayos sobre tradición y liberación

Ariel

SALOMÉ GÓMEZ-UPEGUI

Feminista por *accidente*

Ensayos sobre tradición y liberación

Ariel

© Salomé Gómez-Upegui, 2021
© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2021
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

Diseño de cubierta: Susan Heilbron Luna
Departamento de Diseño Grupo Planeta Colombia

Primera edición: noviembre de 2021

ISBN 13: 978-958-42-9775-4
ISBN 10: 958-42-9774-0

Desarrollo E-pub
Digitrans Media Services LLP
INDIA
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Conoce más en: https://www.planetadelibros.com.co/

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Contenido

CAPÍTULO 1
(Mi) Introducción al feminismo

CAPÍTULO 2
Más allá del miedo está la libertad

CAPÍTULO 3
Calladitas no nos vemos

CAPÍTULO 4
El amor y el abuso no pueden coexistir

CAPÍTULO 5
El patriarcado mata

CAPÍTULO 6
El mito de la feminista histérica

CAPÍTULO 7
Abandonar la vergüenza para abrazar el placer

CAPÍTULO 8
Cambié de opinión sobre el aborto

CAPÍTULO 9
Queridos hombres

CAPÍTULO 10
Volver al amor propio

Agradecimientos
Bibliografía

CAPÍTULO 1

(Mi) Introducción al feminismo

Si nunca te han llamado una mujer desafiante, incorregible, imposible... ten fe. Aún hay tiempo.

—CLARISSA PINKOLA ESTÉS

Antes de que las mujeres pudiéramos cambiar el patriarcado, teníamos que cambiarnos a nosotras mismas; teníamos que elevar nuestra conciencia.

— BELL HOOKS

No siempre he sido feminista. Nací en una familia tradicional hasta el tuétano y estudié en uno de los colegios más conservadores de toda Latinoamérica. Hasta los veintiún años creí en todos los mitos alrededor del feminismo y utilicé la palabra "feminazi" con frecuencia, pues asumía que este movimiento era una secta de mujeres agresivas y problemáticas que pretendían amargarle la vida a todo el mundo, y yo —que me jactaba de ser adecuada y bien portada— no quería relacionarme en lo absoluto con ellas.

No siempre he sido feminista. A veces lo olvido y juzgo con fuerza a quienes aún no se atreven a relacionarse con esta palabra. Mi identidad feminista se ha vuelto tan natural que en ocasiones recuerdo mi pasado como si siempre hubiese sido así, progresista y defensora de la igualdad de género. Pero nada más lejos de la realidad.

No llegué al feminismo a través de textos largos, sofisticados y acartonados como *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, ni leyendo la filosofía de grandes pensadoras feministas como Kate Millet, Andrea

Dworkin y Angela Davis. Todo lo contrario. De hecho, la complejidad que caracteriza a la mayoría de estos escritos reforzó, durante años, mi aversión al tema.

La verdad es que llegué a ser feminista más por necesidad y por accidente que por convicción. La verdad es que me tuve que dar contra el mundo antes de abandonar mi carácter conservador e intransigente.

* * *

Una mañana de agosto del 2014, mientras me arreglaba para ir a la Universidad de Los Andes en Bogotá, donde cursaba octavo semestre de Derecho, sentí como si me cayera un balde de agua helada encima. Me miré al espejo empañado por el vapor de la ducha y no reconocí a la joven que me miraba de regreso. Estaba ahí, desde afuera, la misma de siempre, pero irreconocible para mí misma, pues tenía el alma destrozada. Los ojos, vacíos. El sinsabor en la boca, constante. El taco en la garganta, permanente. Los lagrimales, irritados de tanto llorar en secreto. La tristeza y la vergüenza se habían apoderado de mí y no tenía idea de cómo iba a seguir adelante.

Aunque casi nadie lo sabía, en aquel entonces acababa de sobrevivir a una relación abusiva. Digo sobrevivir porque, estando allí, en muchos momentos pensé en desaparecer, porque casi me ahogo a pesar de estar rodeada de mil salvavidas en forma de amigas y familiares. Y, aunque a su tiempo entendí cómo pasó, en ese momento no entendía nada. Solo sabía que un día alguien me había prometido el cielo y las estrellas, y al otro día sentía ganas de vomitar del miedo cada vez que me sonaba el celular. De la nada, me prohibió amistades, movimientos y palabras. Me aisló. Me convirtió en mi peor enemiga. A mí, a Salomé, a la fuerte, a "la brava", a la que nadie jamás le iba a creer que eso le podría pasar.

Así fue que llegué al estado de necesidad.

El accidente sucedió a los pocos días, cuando decidí calmar mi ansiedad incesante viendo la presentación de Beyoncé en los MTV Video Music Awards, debajo de una tonelada de cobijas para contrarrestar la gélida noche bogotana. Beyoncé era mi "ídola". Estudiaba para todos mis exámenes repitiendo sus álbumes una y otra vez, la escuchaba en el carro,

en el bus, mientras cocinaba y me bañaba. Y ahí estaba, más perfecta, más sexy, más deseable y más dueña de sí misma que nunca. El antónimo de todo lo que yo pensaba en ese momento sobre mí. Me sentía hipnotizada viéndola bailar como si el mundo se fuera a acabar, cuando, de repente, en un cambio de canción, las palabras de la autora nigeriana Chimamanda Ngozi Adichie empezaron a proyectarse en una pantalla monumental:

> Enseñamos a las niñas que no pueden ser seres sexuales de la misma forma que los niños. Enseñamos a las niñas a encogerse, a hacerse más pequeñas, les decimos a las niñas: debes tener ambición, pero no demasiada, debes ser exitosa pero no demasiado exitosa, de lo contrario amenazarás a los hombres. Feminista: una persona que cree en la igualdad social, política y económica de los sexos[1].

Vi la palabra "FEMINISTA" alumbrando a diez metros de altura detrás de Beyoncé y mi vida no volvió a ser igual.

Pasaron instantes entre el momento en el que se terminó el espectáculo y busqué el discurso completo de Chimamanda. Decía ella que la feminidad no era antónimo de lo feminista y contaba historias cotidianas sobre la manera en la que las mujeres no podemos hablar sobre el sexo o la forma en la que los hombres rara vez aprenden a cocinar. Su discurso era simple, aterrizado y real. Esa fue la primera vez que un discurso feminista tuvo sentido para mí. Ese día empecé a entender que abrirme a estas ideas era el cambio radical que tanto necesitaba. Ahí empezó un camino difícil, emocionante y lleno de crecimiento que no cambiaría por nada en el mundo.

* * *

Por mi carrera de Derecho, antes de Beyoncé y Chimamanda había tenido varios acercamientos obligados a teorías feministas, pero mi resistencia era absoluta. Al ser criada en un hogar conservador y educada en un colegio católico, apostólico y romano, sentía que abrazar el feminismo era lo mismo que traicionar todas mis creencias. Me parecía imposible reconciliar temas como el aborto o la libertad sexual con mis concepciones sobre el deber ser, así que lo rechazaba con vehemencia. Leía los textos asignados en clase para sacar buenas calificaciones, pero el mensaje me pasaba derecho. Para mi mente —atiborrada de pavor y prejuicios machistas— era imposible

digerir lo que las teorías feministas decían en un lenguaje intimidante que (a pesar de mi educación privilegiada) me resultaba inaccesible.

Siempre he sido, y sigo siendo, una mujer pragmática y no creo exagerar al decir que la simpleza de la cultura pop feminista me dio el empujón que necesitaba para abrirme de una vez por todas a estas ideas y cambiar el rumbo de mi vida. En ocasiones pienso que una parte de mí intuía cómo cambiarían mis relaciones, mi cotidianidad y en general mi vida entera después del feminismo. También creo que fue el miedo a cambiar y a tener que reinventarme el que me mantuvo alejada del feminismo por tanto tiempo.

No siempre he sido feminista y esa experiencia informa mis opiniones y creencias. Algunas personas tienen la fortuna de recibir una educación al respecto desde pequeñas, otras logran abrir sus mentes con el paso del tiempo y otras más debemos encontrarnos en una situación difícil para atrevernos a desaprender creencias limitantes y abrir el corazón a este movimiento fascinante y liberador. Bien lo escribió la sufragista colombiana Esmeralda Arboleda: "No se nace feminista, pero...las injusticias, las discriminaciones, las desigualdades de todo orden con que tropieza la mujer hacen que renazcan a toda hora los defensores —hombres y mujeres— del feminismo"[2].

Quiero decir desde ya que volverse feminista no es fácil. No es fácil ir en contra de la autoridad en forma de padres, esposos, hermanos o profesores, encontrar la valentía para contradecir lo que nos han pintado como adecuado y aceptable, o rechazar lo "normal" para elegir en su lugar la diferencia. No es fácil ir en contra de la corriente.

Sé —por experiencia propia— que el feminismo intimida y quiero ayudar a cambiar eso.

Intimidan sus múltiples y difíciles conceptos, la manera en la que pareciera que los análisis feministas a veces se escriben para que solo los entiendan quienes se la pasan leyendo al respecto. Tal vez, sin quererlo, se han replicado prácticas excluyentes según las cuales este tipo de información solo llega a las vidas de las más educadas y progresistas. Creo que, en ciertas versiones, el feminismo a veces toma un dejo de elitismo que no le queda bien a un movimiento creado por y para las masas. Es común que esté repleto de jerga incomprensible para personas del común y sé que

eso ha alejado a muchas. Hemos asumido que todo el mundo entiende o —peor aún— debería entender lo que significa el feminismo y esa suposición nos ha hecho muchísimo daño a nivel colectivo. Por eso aquí no voy a suponer nada.

La cantidad de mitos y mentiras que existen alrededor del feminismo son la muestra perfecta de lo lejos que estamos de masificar la definición real de esta palabra. Por lo demás, creo que es imposible tener discusiones productivas sin antes compartir un lenguaje común, entonces empecemos por el principio: ¿Qué es el feminismo?

Si bien la definición de Adichie que cité arriba es la que me introdujo al tema, con el tiempo me he dado cuenta de que el feminismo va más allá de la igualdad. Yo veo al feminismo como una filosofía que aboga por la libertad de todas las personas y que nos pide elevar nuestra conciencia para lograr la eliminación de un problema que afecta a toda la humanidad y en especial a las mujeres: el sexismo. En palabras de la gran autora feminista bell hooks (cuya sabiduría invocaré una y otra vez a lo largo de este libro): "simplemente, el feminismo es un movimiento para acabar con el sexismo, la explotación sexista y la opresión"[3].

Adoro esta definición porque aclara muchas cosas. Aclara que el feminismo no es machismo al revés y que no pretende abogar por el odio hacia los hombres, ni poner a las mujeres por encima de los demás, como varias veces nos han hecho creer. Esta definición pone de presente que la raíz del problema no son seres humanos específicos y que no es necesario vernos los unos a los otros como enemigos, pues solo existe un único y verdadero enemigo y es el patriarcado.

Recuerdo que la primera vez que escuché la palabra "patriarcado", torcí tanto los ojos que casi me quedan en la nuca. Comprendo la resistencia que esta palabra puede generar porque yo misma la he sentido y quiero reconocer eso antes de definirla. Con el tiempo he entendido que me generaba resistencia porque no tenía claro su significado y me preocupaba que implicara estar en contra de los hombres de mi vida. Lo que pasa es que el patriarcado no se refiere a una persona sino a un sistema de sexismo institucionalizado, o sea a un sistema social en el que lo masculino otorga poder y lo femenino lo resta. Cuando decimos que el feminismo pretende derribar el patriarcado, lo único que estamos afirmando es que busca

eliminar un sistema social sin sentido en el que los hombres tienen una fracción desproporcionada de poder, bajo el entendido absurdo de que lo masculino tiene más valor que lo femenino.

A veces hablo sobre patriarcado con mujeres colombianas y en especial con mujeres de Medellín, mi ciudad natal, y no es extraño que me digan que allá el patriarcado no existe porque son muchas las mujeres que mandan en sus casas. De hecho, llegan a decir que lo que existe más bien es un matriarcado, en el que las abuelas y madres determinan qué se hace, cómo y cuándo. Y sí, es verdad que en algunas familias ciertas mujeres tienen poder en el ámbito doméstico, pero no es difícil ver que esas mujeres suelen reforzar el machismo al poner a sus hijas a hacer tareas domésticas mientras sus hijos hombres descansan, o al presionar a las mujeres de su familia a "conseguir marido" y a cuidar su virginidad a costa de lo que sea mientras respetan la privacidad de las vidas de los hombres. Así, no es acertado pensar que por el simple hecho de que existan algunas mujeres en posiciones de influencia, desaparezca por completo la realidad del patriarcado, que, al ser un sistema de creencias, en realidad puede ser perpetuado por cualquier persona, incluso por las mujeres.

Es común escuchar a personas que se refieren a "los feminismos" en lugar de decir "el feminismo". Esto se debe a que hoy en día existen múltiples vertientes dentro de este movimiento. Feminismos con apellido, les digo yo. Hay feministas radicales, liberales, culturales, marxistas y descoloniales, por nombrar solo algunas. Y si bien existen diferencias importantes entre cada una de estas corrientes, en particular sobre la manera en la que cada grupo considera que debemos enfrentar y derribar el patriarcado, todas están de acuerdo en que el patriarcado tiene que desaparecer. En lo personal, considero que cada corriente aporta ideas valiosas, pero, por la naturaleza introductoria de este libro, me abstendré de definir cada una. Más bien, partiendo del punto en común en el que todas convergen, que, repito, es el rechazo al patriarcado, a lo largo de este libro continuaré hablando del feminismo en singular.

He escuchado lo suficiente la frase "yo no soy feminista, sino humanista" como para saber que eso es lo que muchas personas pueden estar pensando en este momento. En especial he escuchado que si el

feminismo busca enaltecer a todos los seres humanos, ¿por qué el enfoque en las mujeres? La respuesta es sencilla.

Durante miles de años las mujeres hemos sido sometidas a dinámicas machistas que nos han impedido alcanzar nuestro máximo potencial y avanzar a la par que los hombres. Al respecto se pronunció Esmeralda Arboleda: "El feminismo aspira a que se abran todos los campos de la actividad humana y que no solamente triunfen mujeres de excepción, sino que al igual que los varones, las mujeres tengan la oportunidad de realizarse"[4]. Y si vamos a hablar con franqueza, esto apenas está empezando a cambiar. Hace menos de cien años las mujeres en Latinoamérica no podíamos votar, tener propiedad o abrir una cuenta bancaria sin el acompañamiento de un hombre. Y aunque —gracias al feminismo— esto ha ido cambiando, la discriminación sexista sigue vigente. Aún hoy, una mujer es asesinada cada dos horas en Latinoamérica por el simple hecho de ser mujer[5]. Aún hoy, una de cada tres mujeres en el mundo ha sido víctima de violencia[6]. Aún hoy, las mujeres ganamos menos dinero que los hombres por el hecho de ser mujeres. Aún hoy, las mujeres latinoamericanas estamos lejos de alcanzar la paridad política. En este momento no hay una sola presidenta en ejercicio en nuestra región. Y aunque muchos dirán que esto es así porque las mujeres políticas no les dan la talla a los hombres, hay suficientes estudios para demostrar que no es un tema de capacidades sino de oportunidades[7]. La lista de ejemplos es infinita y mencionaré muchísimos más a lo largo de este libro, pero cito estos grotescos escenarios de discriminación para poner de presente desde ya la absoluta necesidad de un movimiento dedicado a crear las condiciones para saldar la deuda histórica de la humanidad con las mujeres.

El feminismo busca reintegrar el balance en la distribución de poder abogando por la igualdad y la libertad de todos los seres humanos, con un especial enfoque en las mujeres, porque el patriarcado no es el orden natural de las cosas. En su gran obra, *La creación del patriarcado,* la historiadora Gerda Lerner indaga sobre las raíces del sexismo institucionalizado y argumenta que "la dominación masculina sobre las mujeres no es 'natural' ni biológica sino el producto de un desarrollo histórico"[8]. Al ser un sistema de organización social obsoleto —creado hace miles de años—, Lerner

afirma que puede eliminarse por un proceso cultural e histórico, y eso es lo que pretende el feminismo.

Es importante agregar que el feminismo busca cuestionar estas dinámicas de poder arbitrarias en las que unas salen perdiendo y otros ganando, en cada una de las esferas de la vida. O sea, en lo público y lo privado, en lo individual y lo colectivo. De ahí la consigna popular "lo personal es político"[9]. El feminismo no solo se preocupa por asegurarse de que hombres y mujeres puedan ocupar cargos públicos en condiciones de igualdad o por eliminar leyes retrógradas que someten los cuerpos y las vidas de las mujeres, sino por eliminar la violencia intrafamiliar y promocionar valores de colaboración y equidad en las familias. Incluso, el feminismo nos invita a cuestionar y a mejorar la relación más importante de todas, que es la que tenemos con nosotras mismas. Nos invita a rechazar estereotipos de belleza, a liberarnos de la culpa y a amarnos sin condiciones.

Dicho de otra forma, el feminismo busca que el género no determine nuestro destino o nuestro valor inherente como personas. Y aquí me parece necesario hacer un paréntesis para diferenciar y definir de manera muy básica las palabras sexo, género, identidad de género y orientación sexual, pues son conceptos que se utilizan con frecuencia en el movimiento feminista, y, como lo advertí, no quiero suponer que todo el mundo ya los entiende.

El sexo es una etiqueta que se determina por características biológicas como los genitales y los cromosomas. Al nacer, a una persona se le puede asignar el sexo femenino, masculino o indeterminado, como sucede en el caso de las personas *intersex.* El género, en cambio, se determina por las expectativas sociales que existen alrededor de los sexos. De allí viene la famosa frase de Simone de Beauvoir: "No se nace mujer, se llega a serlo"[10]. En nuestro sistema, que es binario, se conciben dos posibilidades principales, el género masculino y el femenino, aunque es importante aclarar que existen personas que no se identifican a plenitud con ninguna de estas dos categorías, y prefieren llamarse a sí mismas no-binarias. La identidad de género entonces se refiere a la *autoidentificación* que hace cada persona según la conciencia personal que tenga sobre sí misma. Hoy por hoy, es la identidad de género la que determina si una persona es

hombre o mujer, y es posible que esta no corresponda con su sexo biológico. En este caso estaríamos hablando de un hombre o una mujer transgénero, mientras que en aquellos casos en los que sí corresponde (digamos, en el caso de una persona a la que se le asigna el sexo femenino al nacer y se autoidentifica como mujer) estamos hablando de una mujer cisgénero. Nada de esto debe confundirse con la orientación sexual que se refiere a la atracción física o afectiva, que puede ser hacia personas del mismo sexo, del sexo opuesto o de ambos sexos.

Sé que abordar estas categorías puede ser confuso y un tanto tedioso, pero es necesario facilitar el uso y el acceso a este conocimiento, en especial para empezar a explicar que no existe un único concepto de mujer con M mayúscula. Existen todo tipo de mujeres y concuerdo con las palabras de la feminista australiana Sarah Ahmed, quién escribió que "ningún feminismo digno de su nombre usaría la idea de 'mujeres nacidas mujeres' para crear los límites de la comunidad feminista o para convertir a las mujeres trans en 'no mujeres' o 'mujeres no nacidas' o en hombres"[11].

Como se volverá cada vez más evidente, el feminismo aboga con fuerza por la diversidad, porque si cada ser humano sobre la tierra ha de ser libre, esto implica valorar y reconocer todas las maneras en las que sufrimos y gozamos, y todas las aristas que determinan la versión autentica de cada quién.

En la actualidad es imposible hablar de feminismo sin hablar de interseccionalidad, un término que fue acuñado por la profesora estadounidense Kimberly Crenshaw en 1989, quien lo definió como "un lente a través del cual se puede ver dónde el poder llega y se enfrenta, donde se entrelaza y donde intersecta"[12], agregando que "la violencia que muchas mujeres experimentan está frecuentemente conformada por otras dimensiones de sus identidades, como la raza y la clase"[13].

El feminismo interseccional, que es, en mi opinión, el único feminismo real, reconoce que la identidad humana no se acaba con el sexo y el género, y en cambio considera que otros aspectos como la clase, la nacionalidad, la raza y/o la orientación sexual se entretejen para crear a un ser complejo que experimenta la vida a través de todas estas realidades. Entonces, el feminismo interseccional cuestiona todos los escenarios de discriminación, rechazando por completo las dinámicas de poder desiguales y nos pide

reconocer, por ejemplo, que una mujer negra experimenta una doble discriminación, no solo a causa del patriarcado sino porque también vivimos en una sociedad racista. O que una mujer lesbiana no solo debe navegar la discriminación por ser mujer sino también por su orientación sexual diversa en un mundo violento hacia las personas LGBTIQ.

El feminismo interseccional es necesario para eliminar a conciencia todas y cada una de las inequidades que enfrentamos las mujeres, y aunque es un llamado a nombrar nuestras diferencias, a su vez es un espacio de sororidad que nos invita a reconocer que la humanidad es una y que de poco sirve la liberación de una sola mujer o de un grupo de mujeres privilegiadas, si se logra sobre las espaldas de otras, pues como bien lo dijo Audre Lorde, "no soy libre mientras cualquier mujer no sea libre, incluso cuando sus grilletes son muy diferentes a los míos"[14].

Quisiera ahondar un poco en el asunto de la autoconciencia, pues pienso que allí está la clave para llamarnos feministas. En términos generales, pienso que hay un problema de deber ser sexista cada vez que se usa la frase "los hombres son así" o "las mujeres son así".

Tomar conciencia significa parar por un momento y pensar en todas las maneras en las que el deber ser patriarcal influencia nuestras vidas, cercenando nuestra autenticidad. Desde que nacemos determina qué colores tenemos que apreciar, qué juguetes podemos disfrutar, qué ropa hay que usar y hasta qué cualidades deberíamos encarnar. Estas creencias se fortalecen en la adultez, resultando en hombres que se sienten inseguros sobre su masculinidad si utilizan rosado, pasan más de cinco minutos en la cocina o se atreven a derramar una lágrima. Y en mujeres que son tratadas de "marimachas" si prefieren ser amantes del deporte, utilizar ropa holgada o andar sin maquillaje. El deber ser patriarcal determina lo cotidiano, como quién debería lavar los platos o ganar más dinero en casa. Influencia nuestras trayectorias profesionales y define qué es lo bonito, feo, sexy, agradable o desagradable. Es un sistema de creencias que está tan inmiscuido en nuestra realidad, que moldea hasta la imagen de Dios como un "padre" a quién debemos temerle. Nos hace creer que el amor es sufrir y sacrificar, y destroza el concepto que tenemos sobre nosotras mismas cuando no encarnamos los ideales absurdos que se nos imponen.

Y no estoy diciendo entonces que las mujeres no podamos utilizar vestidos, pasar tiempo en la cocina o ser sensibles; o que los hombres no pueden amar los deportes o el color azul. El tema en cuestión es la autenticidad que solo es posible en libertad, y lo que hay que preguntarse es si nuestras decisiones son autónomas o si nuestras vidas se determinan por el deber ser patriarcal.

Los grupos de autoconciencia (en inglés se les llama *consciousness raising groups)*, entendidos como espacios de autocrítica, autoconocimiento y sororidad en los que las vivencias personales se analizan considerando el contexto patriarcal, han sido una forma de activismo poderosa utilizada por feministas desde los años sesenta. La escritora Vivian Gornick plantea que, "aunque hay muchas diferencias entre la autoconciencia y la terapia de grupo, por ejemplo, la primera no involucra un líder profesional, ni un intercambio de dinero; la diferencia fundamental yace en este hecho: en los grupos de autoconciencia uno no mira su propia y única historia emocional para explicar los problemas comportamentales sino que mira el hecho cultural del patriarcado"[15].

La profesora Catharine A. MacKinnon, acérrima defensora de la autoconciencia, ha explicado cómo a través de esta herramienta las mujeres interiorizan y entienden la realidad colectiva de la condición de la mujer. Gracias a estos espacios nos hemos dado cuenta de que no estamos solas y que muchos de los problemas que nos atormentan a diario atormentan a la mayoría de las mujeres del mundo. Incluso, MacKinnon ha dicho que "la lucha por la conciencia es una lucha por un mundo: por una sexualidad, una historia, una cultura, una comunidad, una forma de poder, una experiencia de lo sagrado. Si la mujer tuviese conciencia o mundo, la desigualdad sexual sería inocua o todas las mujeres serían feministas"[16].

El feminismo nos pide despertar. Por eso el primer paso para alcanzar la igualdad y la libertad es expandir nuestra conciencia, abrir los ojos ante la realidad que nos rodea y reconocer que vivimos en un mundo patriarcal lleno de sufrimiento, pero que las cosas pueden mejorar y empezarán a mejorar cuando abandonemos el estado de negación e identifiquemos las múltiples dinámicas de discriminación y subordinación machista, que están tan arraigadas en nuestra cultura que son lo que concebimos como "normal".

Como lo decía antes, me tomó muchísimo tiempo reconocer el machismo que yo misma defendía como aceptable. Me tomó muchísimo tiempo llegar a ser feminista. Durante años fui una persona incrédula y desafiante que alegaba hasta el cansancio contra feministas de todo tipo. Sin importar lo que me dijeran, siempre tenía un "pero" a la mano, basado en las creencias desinformadas, el miedo a la diferencia y un afán irracional por encajar.

Yo decía que "el feminismo no es necesario porque ya alcanzamos la tan anhelada igualdad, e incluso porque en Latinoamérica ya el derecho a la igualdad de género está protegido por leyes o constituciones". Lo que no entendía del todo en ese momento era la diferencia entre la igualdad formal y la igualdad material, y la importancia de alcanzar ambas, pues si bien es cierto que un gran número de países protegen este derecho en papel (y a esto se refiere la igualdad formal), la realidad latinoamericana está lejos de ser coherente con lo que está escrito. Por ejemplo, al ver que hombres y mujeres tienen derecho a ir a la universidad, creemos que ya no hay nada más que decir frente a los derechos de las mujeres en los entornos universitarios. Así que dejamos de lado el hecho de que un sinnúmero de mujeres son acosadas por estudiantes y profesores durante toda su carrera. O que, en un salón repleto de hombres, ellos sean los que más hablan. O que cuando nosotras nos atrevemos a hablar, tengamos que enfrentarnos a la condescendencia masculina que nos considera menos inteligentes por el simple hecho de ser mujeres. La igualdad material, que es la que aún no hemos podido obtener, se alcanzará el día en el que de verdad desaparezcan fenómenos como la brecha salarial, la violencia sexual y la ausencia de mujeres en posiciones de poder.

Yo también alegaba que los hombres y las mujeres no somos iguales y que en ese sentido la premisa fundante del feminismo estaba equivocada. Lo que no entendía era que es cierto que los hombres y las mujeres no somos iguales —pues de hecho ningún ser humano es igual a otro—, pero que esa diversidad no puede ser la razón para recibir un trato inequitativo que resulta en injusticias. No puede ser que las diferencias obvias que existen entre seres humanos se utilicen como pretextos para justificar la violencia y la distribución no equitativa de poder bajo el entendido de que ese es "el orden natural de las cosas".

El patriarcado no es lo natural. En palabras de la periodista Gaia Vince, "no hay evidencia de que las mujeres sean menos capaces para los trabajos y posiciones sociales que ocupan predominantemente los hombres. Cuando a las mujeres se les da la oportunidad de desempeñar roles 'masculinos', se muestran igualmente competentes"[17]. Entonces, la discriminación sexista no puede ser explicada por diferencias biológicas, pues no es cierto que las mujeres seamos menos inteligentes o capaces que los hombres, lo que sí es cierto es que no se nos han dado las mismas oportunidades para alcanzar nuestro máximo potencial. Me parece pertinente mencionar lo que ha dicho Chimamanda Ngozi Adichie: "Aunque la biología es un tema fascinante e interesante, nunca debe ser aceptada como una justificación para una norma social. Porque las normas sociales son creadas por seres humanos y no hay ninguna norma social que no pueda cambiarse"[18].

Para mí incluso era común rechazar el feminismo bajo el argumento de que "no todos los hombres" son machistas y que el feminismo, al afirmar que existe un sistema generalizado de discriminación sexista, de alguna forma pretende propagar creencias injustas sobre los hombres. Varias precisiones al respecto son importantes. Primero, repito que el problema no son las personas particulares sino el patriarcado. Como lo dice bell hooks, "todo pensamiento y acción sexista es el problema, ya sean mujeres o hombres, niños o adultos quienes lo perpetúan"[19]. Por lo demás, el feminismo jamás ha dicho que "todos" los hombres sean de una forma u otra, y es verdad que los hombres también deben asumir las consecuencias negativas de vivir en una sociedad patriarcal. Lo que pasa es que este argumento busca tapar el sol con un dedo y negar una realidad que hay que aceptar si queremos que las cosas cambien, y es que en nuestra sociedad lo masculino es considerado más valioso que lo femenino y en ese sentido es común que los hombres ostenten un privilegio por el simple hecho de ser hombres. Ahondaré sobre esto luego, pero, por ahora, diré que esto es problemático porque pretende reenfocar —de nuevo— la discusión hacia los hombres, dejando en el olvido demandas urgentes que hacemos las mujeres para recibir un trato justo y equitativo, que en demasiadas ocasiones pone en riesgo nuestra integridad y nuestras vidas.

Mi lista de "peros" desinformados por supuesto era muchísimo más larga. Pensaba que todas las feministas eran rabiosas, ateas y "aborteras", y

a lo largo de estos ensayos seguiré volviendo sobre esa antigua versión de mí misma para profundizar en lo que no comprendía y que he logrado entender. Aunque desde ya quiero decir esto: una de las lecciones más grandes que he aprendido en estos últimos siete años de llamarme feminista es que para acabar con el patriarcado es esencial entender y aceptar que todas las personas tenemos algo de machistas. Incluso las mujeres. Ser feministas o llamarnos feministas no elimina por completo esa realidad, es tan solo el primer paso hacia querer cambiarla.

El feminismo ha sido para mí no solo un camino de tomar conciencia, sino de desaprender, de responsabilizarme de mi crecimiento, de soltar un sinnúmero de creencias limitantes que asumí como propias desde que tengo uso de razón para hacerle espacio a creencias que han cambiado mi vida y me han dado más libertad.

Con todo y eso, haciendo eco de la autora Roxane Gay, debo aceptar que soy una mala —a veces pésima— feminista. Y lo digo para dejar claro que no tengo verdades reveladas y, a riesgo de decir lo obvio, escribo desde mi experiencia propia, desde mi verdad, que es la única que conozco a ciencia cierta.

Si el feminismo es en realidad para todo el mundo, debemos hacer que sea accesible y esa es mi intención aquí: llevar ese ideal de la teoría a la práctica. Por eso pretendo que este libro sea un primer paso, un lugar seguro para quienes tienen curiosidad sobre un tema que no siempre es tan sencillo como debería serlo. Pues si mi grano de arena es compartir mi perspectiva para que una persona más entienda el alcance y la importancia de este movimiento, ya habrá valido la pena el esfuerzo.

Escribo este libro siguiendo el consejo de la nobel de literatura Toni Morrison, quien dijo: “Si hay un libro que deseas leer, pero aún no se ha escrito, debes escribirlo”. Escribo para quienes han tenido miedo de elevar su conciencia, de apostarle a la libertad, atreverse a desaprender y a aprender sobre ideas que cuestionan y ponen en duda sus costumbres y su sistema de creencias. Después de años de experiencias difíciles, curiosidad y educación, estoy convencida de que el feminismo en verdad es por y para la humanidad entera, y escribo este libro con la intención de que algún día sea así.

1 Chimamanda Ngozi Adichie. “We Should All Be Feminists”. TEDXEuston, diciembre de 2012. https://www.ted.com/talks/chimamanda_ngozi_adichie_we_should_all_be_feminists

2 Patricia Pinzón de Lewin. *Esmeralda Arboleda: La mujer y la política.* Bogotá, D. C.: Taller Edición Roca, 2014. p. 393.

3 bell hooks. *Feminism is for Everybody: Passionate Politics.* Nueva York: Routledge, 2015. p. 1.

4 Patricia Pinzón de Lewin. *Esmeralda Arboleda: La mujer y la política.* Bogotá, D. C.: Taller Edición Roca, 2014. p. 390.

5 Lorena Arroyo. “Feminicidios: la guerra invisible que mata a 12 mujeres por día en América Latina”. *Connectas,* https://www.connectas.org/feminicidios-la-guerra-invisible-que-mata-a-12-mujeres-por-dia-en-america-latina/ Acceso el 3 de noviembre de 2020.

6 Noticias ONU. “1 de cada 3 mujeres es víctima de violencia a lo largo de su vida”. *Noticias ONU,* 22 de noviembre de 2017. https://news.un.org/es/story/2017/11/1422662. Acceso el 3 de noviembre de 2020.

7 Pew Research Center. “Women and Leadership”. *Pew Research Center,* https://www.pewresearch.org/social-trends/2015/01/14/women-and-leadership/. Acceso el 13 de julio de 2021.

8 Gerda Lerner. *The Creation of Patriarchy.* Nueva York: Oxford University Press, 1987.

9 No existe certeza sobre quién dijo esta frase por primera vez. El primer texto escrito con este título fue un ensayo publicado por la feminista Carol Hanisch en 1970, pero la misma autora afirmó años después que ella no se había inventado el título. Gloria Steinem ha dicho que es imposible definir la autoría de la frase que ha sido ampliamente utilizada por el movimiento feminista desde el final de la década de los sesenta.

10 Simone de Beauvoir. *The Second Sex.* Nueva York: First Vintage Books Edition, 2011. p. 283.

11 Sarah Ahmed. *Living a Feminist Life.* Durham, NC: Duke University Press, 2017. p. 14.

12 Columbia Law School. “Kimberlé Crenshaw on Intersectionality, More than Two Decades Later”. *Columbia Law School,* 8 de Junio de 2017, https://www.law.columbia.edu/news/archive/kimberle-crenshaw-intersectionality-more-two-decades-later#:~:text=Is%20that%20a%20misunderstanding%20of,class%20or%20LBGTQ%20problem%20ther Acceso el 22 de junio de 2021. Acceso el 22 dejunio de 2021.

13 Kimberlé Crenshaw. “Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence against Women of Color.” *Stanford Law Review,* vol. 43, nro. 6, 1991, pp. 1241-1299. Doi: https://doi.org/10.2307/1229039

14 Audre Lorde. “The Uses of Anger: Women Responding to Racism” en: *Sister Outsider.* Berkeley, Crossing Press, 2007. pp. 124-133.

15 Vivian Gornick. *Taking a Long Look.* Brooklyn, NY: Verso, 2021. p. 198.

16 Catharine A. MacKinnon, “Feminismo, marxismo, método y Estado: Hacia una teoría del Derecho feminista” en: *Crítica jurídica: Teoría y sociología jurídica en los Estados Unidos,* (editado por Mauricio García Villegas, Isabel Cristina Jaramillo Sierra, Esteban Restrepo Saldarriaga). Bogotá D. C.: Ediciones Uniandes, 2006. pp. 193-222.

17 Gaia Vince. “Smashing the Patriarchy: Why there’s Nothing Natural about Male Supremacy”. *The Guardian,* 2 de noviembre de 2019, https://www.theguardian.com/books/2019/nov/02/smashing-the-patriarchy-why-theres-nothing-natural-about-male-supremacy. Acceso el 15 de noviembre de 2020.

18 Chimamanda Ngozi Adichie. *Dear Ijeawele, or a Feminist Manifesto in Fifteen Suggestions.* Nueva York: Anchor Books, 2017. p. 50.

19 bell hooks. *Feminism is for Everybody: Passionate Politics.* Nueva York: Routledge, 2015. p. 1.

CAPÍTULO 2

Más allá del miedo está la libertad

La vida se encoge o expande en proporción al propio coraje.

—ANAÏS NIN

Agradar a Dios, agradar a mi familia, agradar a mi novio, agradar a mis amigas y a mis hermanas. Agradar. Esa era mi preocupación principal a los dieciocho años cuando me mudé de Medellín a Bogotá para estudiar en la Universidad de Los Andes. Poco antes, había considerado una vocación como consagrada católica (que viene siendo algo como una monja sin hábito) y toda mi adolescencia me la pasé cediendo ante la tentación y corriendo a confesarme, muerta del susto, esperando merecer el reino de los cielos.

Aunque mis padres no eran los más religiosos, el colegio en el que me matricularon para bachillerato cuando regresamos de haber vivido durante casi una década en los Estados Unidos era quizás el más católico de todo Medellín, una de las ciudades más conservadoras —sino la más— de Colombia. Entre mis doce y mis diecisiete años, un lustro determinante para cualquier persona, fui integrante de una comunidad para la que existía un solo Dios, estricto, paternalista e intolerante. Y crecí creyendo que todo el que no comulgara con estas ideas era un ser perdido, equivocado e inferior a mí.

En el colegio la libertad me había sido planteada como un camino peligroso y que me llevaría directo hacia la perdición. Libertad era

sinónimo de libertinaje y la sola palabra conjuraba escenas de descontrol plagadas de pecado mortal. Mi vida estaba determinada por una suerte de falsa libertad según la cual yo creía que actuaba con libre albedrío, pero a la hora del té tomaba decisiones influenciada por el miedo al castigo y la culpa católica, que en últimas es miedo también.

El miedo es la estrategia por excelencia utilizada para mantenernos alejadas de la liberación. De acuerdo con bell hooks, "es la fuente primaria que sostiene las estructuras de dominación"[20] y si de verdad queremos entender por qué tantas personas se incomodan con el feminismo o lo rechazan de plano, tenemos que entender el poder del miedo.

A menudo el miedo se construye a través de la demonización de la diferencia. En Latinoamérica, las personas crecemos obsesionadas con la idea de lo tradicional y "normal", dispuestas a rechazar todo lo que se salga de allí. La misma bell hooks explica cómo esta dinámica refuerza nuestros miedos, pues "cuando nos enseñan que la seguridad radica siempre en lo similar, la diferencia, de cualquier tipo, parecerá una amenaza"[21].

Por supuesto, en mi colegio el concepto de la diferencia era demonizado. Las manifestaciones —así fueran pequeñas— de lo distinto eran fuente de sanción. Un sinnúmero de reglas insensatas pululaba en nuestra cotidianidad. Las mujeres debíamos usar falda, máximo tres dedos por encima de la rodilla para evitar provocar a los profesores o compañeros hombres que estudiaban en un edificio separado. Más de una vez tuve que presenciar directivas escolares midiendo uniformes, con tijera en mano, para deshacer los ruedos de quienes no cumplían con la norma. No podíamos utilizar accesorios coloridos o maquillaje, ni pintarnos las uñas o el pelo de manera llamativa. Estas reglas eliminaban por completo la posibilidad de la diversidad, contenían lo plural y nos individualizaban dentro de cajas controlables. Yo las seguía al pie de la letra y jamás se me ocurrió cuestionar su razón de ser. Hoy entiendo cómo estas normas me enseñaron desde muy joven a percibir la diferencia como una amenaza a mi seguridad, a sentirme a salvo siempre y cuando encajara, a correr en la dirección opuesta ante la posibilidad de cualquier escenario desconocido.

No es difícil encontrar ejemplos perfectos que ilustran cómo el miedo ha sido y sigue siendo utilizado para controlar y evitar la emancipación femenina. Estoy hablando de los mitos creados alrededor de los millones de

mujeres que lideraban sin miedo y utilizaban sabiduría ancestral para preparar brebajes y medicinas naturales en sus comunidades durante la Inquisición. Época en la que alrededor de ocho millones de mujeres[22] sanadoras, guías y consejeras fueron catalogadas como brujas, torturadas y quemadas vivas por ser peligrosas —y poderosas— por salirse de lo permitido, o sea de lo controlable[23]. Estoy hablando del fantasma de la "ideología de género", un discurso falaz y divisorio que se ha colado hasta en los rincones más inocuos de la política latinoamericana y a cuyos orígenes se les puede hacer seguimiento en el Vaticano de los años noventa, donde surgió para hacerle oposición a los derechos de las mujeres y las minorías sexuales que se estaban alcanzando a través del Sistema Universal de Derechos Humanos[24]. Este fantasma ha sido el móvil de masivas marchas en todo el continente, en las que madres y padres angustiados por enseñanzas sobre la *igualdad* de género alegan con un fervor absurdo que detrás hay una supuesta ideología cuyo propósito es "homosexualizar" a sus hijos y acabar con sus familias, aunque no existe la más mínima prueba de que esto sea así[25].

Parece complejo, pero la fórmula es más bien simple. Inventar un mito o una mentira que genere una amenaza —que active el miedo— y asegure que nadie se salga de lo convencional. Pues si nadie se sale de lo tradicional, los mismos de siempre siguen en el poder y las mismas de siempre siguen sometidas a ese poder. Esta dinámica basada en el miedo se reproduce una y otra vez para mantener el *statu quo.*

Es urgente entender mejor las tácticas de quienes se han dedicado a desprestigiar al movimiento feminista a través de mentiras. Desde el feminismo, hemos subestimado el poder que tiene el miedo para controlar y determinar quién se arriesga o no a apostarle a la libertad. Suponemos que todo el que no es feminista es bruto o antiderechos porque sí, lo cual es una manifestación de elitismo intelectual innegable.

Muchas feministas, incluyéndome, olvidan que nada de esto es obvio ni fácil para la mayoría de la población latinoamericana. Al dejar por fuera el asunto del miedo, el feminismo pierde la oportunidad de tocar vidas. Hemos fallado al no abordar el tema desde la empatía, cosa que es imposible si no logramos entender cuáles son los mitos y las amenazas que están batallando quienes no se atreven a considerar que el feminismo es para todo el mundo,

al no ser capaces de distinguir lo que está en juego en las vidas de estas personas.

Veo con claridad estas falencias dentro del feminismo porque alguna vez fui esa persona a quien las demás consideraban "bruta". En ocasiones se me olvida y cuestiono sin compasión a quienes no han podido atravesar los miedos que los alejan de la liberación. Pero cuando me conecto con esa versión anterior de mí misma, recuerdo lo poco que sabemos a nivel colectivo sobre el feminismo, recuerdo que para muchas personas lo que está en juego son sus relaciones de pareja, su estabilidad familiar e incluso su relación con Dios.

Dicho todo esto, no pretendo crear una excusa para grupos antiderechos, porque tengo claro que existen personas dedicadas a negar los derechos de otras. No creo que todas las personas que están en contra del feminismo sean inocentes o estén cegadas por sus miedos. Sería ingenuo pensarlo. Es cierto que muchas de estas personas son conscientes de las mentiras que ellas mismas se encargan de esparcir y, como lo he dicho, muchas lo hacen para mantenerse en sus posiciones de poder, que ven amenazadas por la posibilidad de la liberación femenina. Entiendo que la idea de los valores tradicionales es un discurso que ha sido utilizado para que los mismos de siempre puedan atornillarse al poder, a costa de lo que sea.

Los líderes de grupos fundamentalistas y antiderechos en nuestra región saben muy bien que el miedo es la herramienta política más eficaz y por eso no debería sorprendernos que el feminismo, una apuesta por la reivindicación de los derechos de las mujeres —un grupo discriminado *por tradición*— sea blanco de ataques sustentados en mitos creados para desprestigiar y, sobre todo, para producir terror.

El mito de la "feminazi" furiosa, atea, promiscua, comunista y trastornada, que pretende alcanzar la supremacía de la mujer y obligar a todas las mujeres a abortar y a ser lesbianas, no es nada más que eso, un mito absurdo creado para generar pánico.

Lo cierto es que existen todo tipo de feministas y lo único que pretende el feminismo es acabar con el sexismo. Lo cierto, dice Simone de Beauvoir, es que cada vez que "uno ignora una convención establecida, uno se vuelve un rebelde"[26]. Lo cierto es que la retórica antifeminista es una estrategia eficaz para frenar el cambio y mantener a las masas paralizadas en lo

tradicional, bajo un sistema patriarcal en el que lo masculino tiene más valor que lo femenino y la distribución de poder se determina por el género. Lo cierto es que la cantidad de energía invertida en satanizar el feminismo es una prueba poderosa de la capacidad que tiene este movimiento para erosionar las dinámicas de poder públicas y privadas, y revolucionar nuestra realidad. Lo cierto es que el fanatismo conservador no podría existir sin nuestros miedos y por eso mismo apelan a ellos y los utilizan para distanciarnos de nuestra verdadera liberación, y esto sí que lo sé por experiencia propia.

* * *

Como suele suceder con muchas personas en Colombia, creencias conservadoras y machistas eran la base de mi realidad. Es imposible extrañar lo desconocido y jamás conté con un modelo de liberación femenina. Al contrario. Mi modelo a seguir era una versión débil de la Virgen María que, de acuerdo con una canción que cantábamos sin cesar en el colegio y que aún se cuela con insidia en mis pensamientos, era una mujer sencilla y tranquila que decía sí sin preguntar por qué, amaba sin preguntar por qué y sufría sin preguntar por qué.

Mi realidad familiar era coherente con estas creencias. Mientras las mujeres estábamos llamadas a dar toda suerte de explicaciones sobre nuestras relaciones de pareja, los hombres eran mujeriegos irremediables bajo el entendido de que "los hombres son así". Un donjuán era un berraco, pero una mujer promiscua era una desgracia familiar. El sexo era un tema reservado para hombres, y mientras chistes sobre la masturbación masculina eran cosa del común, lo mismo en su versión femenina habría provocado más de un desmayo inmediato. Los hombres mandaban, así mandaran mal. Las tareas del hogar recaían sobre las mujeres. Y en los encuentros familiares la expectativa siempre era que ellas cocinaran, sirvieran la comida y lavaran los trastes, mientras ellos esperaban como reyes en la mesa. Estaba claro que en mi casa el papá se sentaba en la cabecera del comedor y tenía la última palabra. El suyo siempre fue el rol del proveedor y ni de riesgo lo vi con una escoba, lavando un plato o lavando su ropa sucia. No se me olvida una vez a mis doce años cuando mi padre, sorprendido, cuestionó a mi madre porque yo a esa edad no sabía

hacer arroz, cosa que me causó gracia porque él, con treinta y tres años más, tampoco tenía ni la menor idea de cómo hacerlo.

El machismo era lo normal. Era una parte ineludible de mi vida y cualquier ataque al mismo se sentía como un ataque a mi existencia. Rechazaba todo lo diferente y en especial todo lo que cuestionara y amenazara mis costumbres familiares.

Crecí por tantos años en una caja hecha de miedo puro, conservadora y controlable, rodeada de tantas personas en la misma situación, que creí que no existía nada más, pues todas las mujeres que me rodeaban estaban en cajas también. Llegar a la universidad y ver tanta diferencia, ver a tantas personas —y en especial a otras mujeres— haciendo y hablando de cosas que hasta ese momento consideraba inimaginables, fue un *shock* para mi sistema. Y aunque estas personas sugerían que yo podría ser libre si me atrevía a superar mis miedos, yo no lo creía, y me dejé llevar por el temor, el fanatismo y la intolerancia.

Desde el primer semestre de la universidad —un espacio extraño en el que imperaba el pensamiento liberal—, me gané la fama de "goda" a pulso, y aunque jamás había escuchado este término utilizado para referirse a personas conservadoras al extremo, llegué a entenderlo como un cumplido, más que cualquier otra cosa, pues —según yo— ser goda era lo mismo que ser una colombiana "de bien".

Antes de mi llegada a Bogotá, tampoco había escuchado la palabra feminismo, aunque pronto la llené de contenido de manera arbitraria. Asumía que el feminismo era un asunto de mujeres locas que pretendían dominar a sus contrapartes masculinas. Creía en todos los mitos y, sin exagerar, veía al feminismo como un pasaje al infierno sin posibilidad alguna de regreso, por lo que me dediqué a regurgitar cuanta creencia infundada podía, con tal de justificar mi rechazo. El feminismo era una amenaza de terremoto con la capacidad de hacer añicos mi vida entera. Abrir mi mente y mi corazón a ideas sobre la liberación femenina me obligaría a hacer preguntas para las cuales aún no estaba preparada. Era más fácil quedarme en mi zona de confort, tóxica pero conocida.

Como yo en ese entonces, son muchas las personas que prefieren quedarse en la comodidad de su inconciencia, porque al menos en esa inconciencia se sienten seguras. No ven su modo de vida atacado y no

sienten que tienen que darle un vuelco de ciento ochenta grados a su existencia para poder abrazar la etiqueta de un movimiento que poco entienden y consideran radical. Y bueno, las cosas como son en un mundo como el nuestro, el feminismo sí es radical. En un mundo patriarcal, aceptar a la mujer como sujeto de derechos es radical e "inadecuado" y por eso mismo produce tanto miedo.

Ahora entiendo que el rechazo visceral que me producía el feminismo era en realidad un miedo profundo a ser consciente de todo lo disfuncional a mi alrededor, miedo a aceptar que mi vida y mis pensamientos reflejaban una realidad sexista, miedo a perder el afecto de las personas que amaba, miedo a alejarme de mi familia, miedo al juicio, miedo al infierno, miedo a ser considerada inadecuada y, en especial, miedo a quedarme sola.

La feminista mexicana Marcela Lagarde ha reflexionado sobre el miedo a la soledad que experimentamos las mujeres, al afirmar que:

> Nos han enseñado a tener miedo a la libertad; miedo a tomar decisiones, miedo a la soledad. El miedo a la soledad es un gran impedimento en la construcción de la autonomía, porque desde muy pequeñas se nos ha formado en el sentimiento de orfandad; porque se nos ha hecho profundamente dependientes de los demás y se nos ha hecho sentir que la soledad es negativa. Y alrededor de ella hay toda clase de mitos. Esta construcción se refuerza con expresiones como las siguientes: "¿Te vas a quedar solita?", "¿Por qué tan solitas, muchachas?", incluso cuando vamos muchas mujeres juntas[27].

Desde luego, yo estaba lejos de dimensionar algo así sobre la raíz de mis miedos. Aún los veía como el pan de cada día, como realidades ineludibles que "tampoco eran tan graves". Estaba lejos de entender al feminismo como un antídoto para ese sentimiento —a veces ineludible— de la soledad femenina y a los espacios feministas como espacios de validación, en los que es posible darnos cuenta de que no estamos solas en nuestras experiencias difíciles o preocupaciones, pues muchas otras mujeres las han vivido y considerado.

He de aceptar, además, que el privilegio del que he podido gozar influyó para que por mucho tiempo no tuviera que cuestionar mis juicios infundados y mis miedos. Me tomé algún tiempo para cambiar mi manera de pensar, porque al venir de una familia conservadora en una situación económica privilegiada, era fácil ignorar varios de los problemas que las mujeres debemos enfrentar por el simple hecho de ser mujeres. La lucha por

la igualdad se sentía como algo anticuado que tal vez había sido relevante para la generación de mis abuelas, pero ya no. Yo al fin y al cabo podía estudiar y votar, y pensaba que para alcanzar mis sueños lo único que necesitaba eran ganas y no oportunidades. Los problemas que abordaba el feminismo me parecían ajenos e irrelevantes: la burbuja de mi privilegio me hacía imposible ver más allá de mis propias narices.

No entendía en ese entonces la magnitud de la deuda histórica de la humanidad con las mujeres. No entendía por qué las feministas ponían tanto problema y aprovechaba cualquier ocasión para decírselo a todos los hombres que tenía a mi alrededor. Ellos aplaudían estas creencias y comentaban que "ojalá todas las mujeres pensaran así", mientras que yo alimentaba mi ego con sus aplausos y me jactaba de ser considerada "la mujer ideal".

Esto funcionó hasta que ser la mujer ideal ya no fue suficiente. Hasta que pude ver de cerca y con absoluta claridad las consecuencias de ser ideal a costa de mi propia autenticidad, hasta que me miré al espejo y no reconocí a la persona que me miraba de regreso. Hasta que mi sed de liberación superó el tamaño de mis miedos y tuve el coraje de perseguir la vida de mis sueños, en vez de conformarme con un destino asignado, con la supuesta vida que me tocó.

Anaïs Nin dijo que "la vida se encoge o se expande en proporción al propio coraje", y me parece que en esa frase se resume la clave para enfrentar el miedo que nos separa de la liberación: tener coraje.

Claro que es más fácil decirlo que hacerlo y en ocasiones fallo al tratar de ponerlo en práctica, pero los momentos más felices de mi vida han sido producto de mi valentía. Y ningún logro feminista sería posible sin el coraje de tantas mujeres que con seguridad experimentan un miedo profundo al desafiar, día tras día, la autoridad patriarcal.

Reflexiono sobre miedo y feminismo porque el miedo nos separa de la libertad, el fin último de este movimiento. El miedo nos separa de la autoconciencia, la única manera de hacernos feministas. El miedo nos limita. Y sé que es una de las muchas razones por las que tantas se mantienen alejadas de esta palabra y de esta filosofía de vida.

Si quienes me leen se parecen en algo a mí, sentirán miedo a lo largo de este libro. Quiero que sepan que no están solas en ese miedo, pues yo

también he estado ahí, asustada por todo lo que cuestiona nuestras costumbres machistas, por la diferencia y la posibilidad de revolucionar nuestra realidad. He estado ahí y solo fue hasta que elegí el coraje que mi vida empezó a cambiar para bien.

Cuánto hubiera dado por entender desde hace tiempo que lo diferente no es peligroso sino hermoso y poderoso. Que el miedo es la herramienta de control de quienes no están dispuestos a moverse del poder. Que los mitos sobre el feminismo son fabricados para llenarnos de terror y alejarnos de la emancipación. Que no tenemos que conformarnos con la vida que nos tocó. Que llena más ser valiente y auténtica que adecuada. Que más allá del miedo está la libertad.

---

20 bell hooks. *All About Love: New Visions.* Nueva York: William Morrow, 2000. p. 93.

21 *Idem,* p. 93.

22 Gloria Steinem. *My Life on the Road.* Nueva York: Random House, 2015. p. 208.

23 Sería equivocado decir que la satanización de mujeres que acuden a fuentes de sabiduría heterodoxas para sanar es cosa del pasado. Al contrario. Estas creencias absurdas siguen existiendo y cobrando vidas, como fue el caso, por ejemplo, de Berenice Martínez, una mujer colombiana quemada viva en el 2012, luego de haber sido acusada de practicar brujería en su comunidad.

24 Silvia Trujillo. "El mito de la ideología de género". *Agencia Ocote,* 19 de marzo de 2019, https://www.agenciaocote.com/blog/2019/03/19/conjurando-al-feminismo/ Acceso el 22 de junio de 2021.

25 Internacional. "Proponen 'frente latinoamericano' contra la ideología de género". *Semana,* 13 de septiembre de 2016, https://www.semana.com/nacion/articulo/frente-latinoamericano-a-favor-de-la-familia-y-contra-la-ideologia-de-genero/493623/. Acceso el 22 de junio de 2021.

26 Simone de Beauvoir. *The Second Sex.* Nueva York: First Vintage Books Edition, 2011. p. 724.

27 Marcela Lagarde. *El Feminismo en mi vida.* Ciudad de México: Instituto de las Mujeres de la Ciudad de México, 2012. p. 572.

CAPÍTULO 3

Calladitas no nos vemos

Decir lo que pensaba —ese era mi pequeño problema— frente a la prodigiosa Corriente; encontrar una oración que pudiese resistir la inundación masculina.

—VIRGINIA WOOLF

Tendré mi lengua de serpiente, mi voz de mujer, mi voz sexual, mi voz de poeta. Voy a superar la tradición del silencio.

—GLORIA ANZALDÚA

A los nueve meses ya hablaba en frases completas. Todavía no había dominado el arte de caminar, pero gateando, apenas sentada o acostada, las palabras brotaban de mis labios, fluyendo como ríos, sin dolor ni represión. No es que tenga recuerdos vívidos de mí recién nacida, pero lo sé porque es una de esas historias que se cuentan una y otra vez en mi familia. Yo era su preciada rareza, y según mamá y papá, las personas que se me acercaban sin esperar escuchar más que un par de sílabas saltaban hacia atrás del asombro al oír mi voz nuevemesina.

El silencio nunca ha sido lo mío.

A los tres años, cuando hacíamos viajes por carretera para ir a la finca familiar en Fredonia, Antioquia —un pequeño pueblo a las afueras de Medellín— me encantaba ponerme en cuclillas sobre el tapete áspero en medio del asiento trasero y asomar la cabeza justo encima del reposabrazos. No me importaba la comodidad del puesto junto a la ventana. No me importaba maravillarme con el hermoso paisaje andino. No me importaba

que la brisa fresca acariciara mis jóvenes mejillas durante esos viajes eternos a la finca. Lo único que quería era estar en el medio, el lugar que también ocupo como la segunda hija de tres.

Desde esa incómoda posición, quería hablar con mamá y papá hasta que se me acabara la voz, hacer todas las preguntas que se me ocurrieran, cantar hasta que el CD comenzara a repetir las canciones, soltar palabras sin siquiera preocuparme por respirar. Quería ser escuchada.

Quería tanto ser escuchada, que hablaba y hablaba hasta que, por fin, mi madre daba la vuelta con su sonrisa angelical, agarraba con delicadeza mi lóbulo de la oreja e imitaba un movimiento giratorio. "¿En dónde se apaga este radiecito?", solía preguntarme con amor. Yo sonreía y me reía, dejando que el espacio entre mis dos dientes de leche frontales ocupara el centro del escenario. Durante un par de minutos me sentaba en silencio hasta que pronto las palabras comenzaban a brotar de nuevo descontroladas y el sonido de mi voz llenaba el carro hasta el fin de nuestro viaje.

El silencio nunca fue lo mío y tarde o temprano aprendería que esto era todo menos ideal. Tarde o temprano entendería que en nuestra sociedad una niña que habla demasiado es, en sí misma, demasiado.

* * *

En 1977, la poeta Audre Lorde dio el discurso que después se convertiría en su célebre ensayo *La transformación del silencio en lenguaje y acción.* Inició su charla ante la Asociación del Lenguaje Moderno en Chicago, Illinois, contando que hacía poco le habían encontrado un tumor en un seno y que durante tres semanas tuvo que esperar para saber si este era maligno. En su discurso reflexionó sobre lo que pasó por su cabeza durante la espera:

> Al tomar una conciencia obligada y esencial de mi mortalidad, de lo que deseaba y le pedía a la vida, por breve que fuera, mis prioridades y omisiones se perfilaron con cruel precisión, y fue de mis silencios de lo que más me arrepentí... mis silencios no me habían protegido. Sus silencios no las protegerán. Pero con cada palabra real que he pronunciado, con cada intento realizado de decir las verdades que aún ando buscando, he entablado contacto con otras mujeres que buscan conmigo esas palabras para encajar en un mundo en el que todas creemos, y gracias a ello hemos reducido nuestras diferencias[28].

En el 2014, me sucedió algo similar a lo de Lorde. Durante unas cortas vacaciones que tomé a Medellín, mi madre me descubrió un tumor en el cuello. La masa había alcanzado más o menos el diámetro de una bola de golf, pero yo estaba tan desconectada de mí misma en ese entonces, que ni me había dado por enterada de su presencia.

En el transcurso de dos semanas, esperando el resultado de la biopsia, experimenté algo muy parecido a la incertidumbre que describe Lorde en su ensayo. Tuve que tomar conciencia de mi mortalidad y hacer un balance de la vida que había construido a mis cortos veinte años. Y mientras recibía el diagnóstico oficial, hice lo que nadie debe hacer cuando se encuentra sin una explicación médica para sus síntomas: le pregunté a Google.

Entre miles de resultados me llamó la atención un artículo titulado "¿Qué significan las enfermedades de la garganta?". Trataba sobre la somatización de la creatividad reprimida, la ira reprimida, la voz reprimida y el silencio. Y al leerlo entendí que mi cuerpo estaba tratando de hablarme.

Aunque el dictamen final de mi biopsia fue favorable, las reflexiones producto de esta situación quedaron grabadas en mi mente para siempre. Creatividad reprimida. Ira reprimida. Voz reprimida. Silencio. Por primera vez, fui obligada a preguntarme si esta sería la historia de mi vida.

Hasta ese momento, había recurrido al silencio incontables veces como la única manera de permanecer de una sola pieza y conservar una falsa sensación de seguridad. A esa edad, era mucho lo que tenía por decir y más lo que callaba. Guardaba más secretos de los que podía soportar y estoy convencida de que la masa en mi cuello fue una manifestación física de cada palabra tragada a la fuerza.

* * *

El famoso dicho latinoamericano "calladita se ve más bonita" no es famoso por casualidad. Esta frase refleja lo que se espera de nosotras en incontables esferas de la vida. Muchas mujeres son silenciadas a través de amenazas de violencia en sus casas o en la calle, y cientos de miles son silenciadas a través de la muerte. En el ámbito público estamos lejos de alcanzar una paridad que nos permita expresarnos de la misma forma en la que le es permitido a los hombres; y cuando sí tenemos representación, es común que

nos caractericen como chismosas, gritonas e histéricas. Ante el acoso sexual nos desacreditan o nos mandan a callar, y con frecuencia nos tratan como objetos de deseo, pues como bien lo ha dicho la abogada feminista Catharine MacKinnon, "los objetos no hablan"[29].

El patriarcado es una tiranía del silencio. Un silencio que lo imposibilita todo porque no es elocuente, porque impide la reflexión colectiva y no permite que el mundo sepa hasta dónde hemos llegado. El patriarcado sabe el alcance que puede llegar a tener nuestra voz, entiende el poder de la expresión y por esto se ha dedicado a callar a las mujeres a través de la historia. Como bien lo explica la historiadora Mary Beard en su libro *Women and Power (Mujeres y poder),* si queremos entender por qué a las mujeres las siguen silenciando o por qué aún tienen que pagar un precio muy alto para que las escuchen, es necesario reconocer que "cuando se trata de silenciar a la mujer, la cultura occidental ha tenido miles de años de práctica"[30]. Explica Beard que en la antigua Grecia "la oratoria y el discurso público no solo eran cosas que las mujeres antiguas no hacían, sino que eran prácticas exclusivas que definían la masculinidad como un género"[31]. Y en este sentido, la presencia actual de la mujer en el espacio público es un reto enorme, porque rompe con esta milenaria tradición patriarcal.

La voz es el camino hacia la libertad y por esto el patriarcado se ha dedicado a silenciarnos de todas las maneras posibles. La española Nuria Varela lo explica con precisión en su valioso libro *Feminismo para principiantes:*

> El silencio es el mandato patriarcal por excelencia. Durante siglos se mantuvo la expresa prohibición a las mujeres de tener conocimiento, leer, escribir, crear, hablar en público... Ese pacto de silencio forjado sobre el miedo de ellas, la violencia de ellos y la indiferencia de la mayoría había conseguido normalizar el abuso, el maltrato e incluso generar la cultura de la violación en la que vivimos[32].

Cuando pensamos en censura, es común pensar en Estados autoritarios que suprimen palabras, imágenes o ideas que van en contra de los valores políticos de turno. Sin embargo, los Estados no son los únicos actores cuya censura debería preocuparnos. La censura es, por definición, una práctica de los poderosos hacia los impotentes y muchos ciudadanos tienen ese poder sobre los demás, la mayoría de los hombres sobre la mayoría de las mujeres.

La censura patriarcal —entendida como el silenciamiento de las mujeres por el simple hecho de ser mujeres— es una realidad, aunque jamás se hable sobre el tema en estos términos. Según el nobel de literatura sudafricano J. M. Coetzee, "una reveladora característica de la censura es que no está orgullosa de sí misma, que nunca hace alarde de sí misma"[33]. Así que no debería sorprendernos que, al hablar de libertad de expresión, jamás se reconozca que al menos la mitad de la población mundial no goza de este derecho de la misma manera en la que le ha sido permitido a los hombres.

El silenciamiento patriarcal sucede de varias maneras. A veces es directo, inequívoco e indiscutible, y, en muchas otras ocasiones, es hipócrita y difícil de señalar.

La ilustración más clara de la censura patriarcal directa son los feminicidios. Según cifras de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, disponibles para el 2019, al menos cuatro mil seiscientas cuarenta (4640) mujeres fueron asesinadas en nuestra región ese año[34]. Esas son más de doce mujeres asesinadas a diario por el simple hecho de ser mujeres. Esas son más de cuatro mil voces femeninas aniquiladas y sometidas al silencio permanente. Y no puedo evitar pensar que quizás esto jamás se enmarca desde este ángulo, bajo la cruel suposición de que ellas no tenían nada importante que decir.

La censura sexista es el efecto ineludible de una cultura patriarcal construida sobre el miedo y es el pan de cada día de las mujeres. La amenaza inminente de recibir un castigo por hablar es algo en contra de lo que creo que las mujeres alrededor del mundo entero tienen que luchar a diario. Me atrevería a decir que es universal, que atraviesa todas las culturas y todas las fronteras, pero pienso en especial en las formas en las que esto se manifiesta para las mujeres latinas, que hemos tenido que ver a amigas, tías, madres y abuelas aferrarse al silencio como tabla de salvación para mantener unidas a sus familias, conservar sus empleos y, en incontables ocasiones, como la única manera de sobrevivir.

Y ni hablar de lo que sucede cuando tomamos la decisión de denunciar la violencia sexual. La escritora Rebecca Solnit ha manifestado que "la violencia sexual, como la tortura, es un ataque sobre el derecho de la víctima a la integridad corpórea, a la autodeterminación y a la

autoexpresión. Es aniquilador, silenciador. Pretende borrar la voz y el derecho de la víctima que debe levantarse de esa aniquilación para hablar"[35].

Lo que es peor, es que cuando incontables mujeres valientes se han podido levantar de esa aniquilación, las desacreditan y las ignoran.

La serie de Netflix *Inconcebible* dramatiza esta cruda realidad recontando casos reales de violación que sucedieron entre el 2008 y el 2011 en Estados Unidos. Al inicio de la serie, una joven universitaria es acusada de mentir sobre la violencia sexual a la que fue sometida y en últimas es obligada a retractarse de su denuncia inicial, llegando a dudar sobre su propia experiencia a causa del trato inhumano que recibe por parte de las autoridades. La dolorosa historia revela lo que muchas mujeres tienen que soportar cuando deciden denunciar a sus agresores: dudas, presión, ridiculización y revictimización. Así, la cultura del miedo en torno a las denuncias de violencia sexual resulta en una cruel censura, que le cae de perlas al patriarcado, pues como bien lo explica la mexicana Marcela Lagarde, "el silencio es la garantía de la impunidad y la repetición"[36].

Los estereotipos son otra manera indirecta de acallarnos, desacreditar el valor de nuestras palabras e impedir nuestra participación en asuntos de relevancia. Este es el objetivo detrás de la falsa creencia de que las mujeres carecemos de la misma inteligencia que los hombres o de que la belleza femenina es inversamente proporcional a nuestra inteligencia. El propósito de denigrar el valor de la voz femenina se encuentra detrás del cliché de la mujer chismosa. Decir que algo es chisme es equivalente a decir que es falso o banal, y es así como chismosear es considerado una forma de conversación de segunda categoría, reservada para ciudadanas de segunda categoría. Esto escribió Andrea Dworkin al respecto: "El chisme entre mujeres es universalmente ridiculizado como bajo y trivial; el chisme entre hombres, especialmente si es sobre mujeres, es llamado teoría o idea o hecho"[37].

Ya puedo imaginarme personas escépticas pensando que las mujeres no solo sí podemos hablar de la misma forma en la que lo hacen los hombres, sino que además hablamos más que ellos. Esta falsa suposición, existe gracias al cliché de la "cotorra" o la "lora mojada", como se le diría en varios países de nuestra región, pero no refleja la realidad. Un estudio

realizado por Deborah Tannen, profesora de lingüística de la Universidad de Georgetown, determinó que si bien las mujeres tienden a hablar más con sus amigas o en entornos personales, los hombres hablan más que las mujeres cuando se trata de discursos públicos o en contextos más formales, como espacios o reuniones corporativas[38]. De acuerdo con otro estudio realizado por la profesora de Yale Victoria Brescoll, hablar sin límites es un arma de doble filo para las mujeres en entornos profesionales. Ella encontró que cuando las ejecutivas hablan más que sus pares masculinos, las castigan con calificaciones de rendimiento más bajas que aquellas dadas a hombres ejecutivos que hablaban la misma cantidad o más[39].

El patriarcado ha buscado y encontrado miles de maneras de acallar nuestra voz. Pero tal vez la forma más eficiente de hacerlo ha sido al lograr que nosotras mismas dudemos del valor de nuestras palabras. La violencia de género, los estereotipos, la cultura del miedo y las consecuencias negativas ante nuestras expresiones nos han llevado a creer que nuestras voces no importan y nos han llevado a elegir una y otra vez el miedo y la falsa seguridad del silencio. Sobre las consecuencias de este silencio escribió Audre Lorde: "Hemos sido socializadas para respetar el miedo más que nuestra propia necesidad para el lenguaje y la definición, y mientras nos sentamos en silencio a que al fin se nos conceda el lujo de perder el miedo, el peso de ese silencio nos ahogará"[40].

* * *

El camino hacia la verdadera libertad es inescindible del uso de nuestra voz. Y esto sí que ha sido demostrado desde el feminismo. El sufragio femenino, que bien podría decirse fue el primer gran logro del movimiento, fue una cuestión de voz. En su texto "The Vote as Voice" *(El voto como voz),* la profesora experta en comunicación Kate Zittlow reflexiona sobre el discurso de la líder sufragista y feminista británica Emmeline Pankhurst para explicar que "en la mente de las sufragistas (...) el voto representó la voz de las mujeres como expresión política en asuntos del proceso democrático, y confirmó la agencia de las mujeres cuando participaron en conversaciones públicas sobre temas políticos"[41]. La voluntad, entendida como la capacidad de cada persona de actuar y decidir por sí misma de

manera libre, es inseparable de nuestras voces, pues es imposible vivir en libertad ante la obligación del silencio.

El logro del voto para la mujer solo es el inicio de un movimiento que se ha construido sobre la voz. La autoconciencia feminista se ha dado gracias a las conversaciones que se han forjado entre mujeres. El éxito de los grupos de autoconciencia se dio gracias a la posibilidad de expresar sentimientos y preocupaciones de las mujeres que en otros espacios eran ignorados o considerados irrelevantes. Escuchar las voces femeninas en estos círculos fue lo que permitió que miles se empezaran a dar cuenta de que su angustia y falta de satisfacción como mujeres "no era el resultado de un defecto personal, sino el efecto de un sistema opresivo"[42].

De manera similar, la concientización colectiva sobre problemas como la violencia intrafamiliar, los feminicidios o el acoso sexual se da gracias a las denuncias realizadas por mujeres que han logrado —ante la prodigiosa corriente patriarcal— usar sus palabras. Sin su valentía, sería inviable entender la magnitud de la crisis de violencia de género en la que nos encontramos.

Y cómo dejar por fuera todo aquello que se ha alcanzado gracias a la protesta, la herramienta feminista por excelencia. Desde los inicios del movimiento, la unión colectiva de nuestras voces en el espacio público ha sido, una y otra vez, el único camino viable para hacernos escuchar y ejercer presión ante gobiernos indolentes y despreocupados por nuestro bienestar. Para describir el impacto de una marcha feminista, siento la necesidad de retomar las palabras de la activista mexicana Lulú V. Barrera:

> De pronto, emerge. Se manifiesta como un magma volcánico que toma las calles en una marcha y nos empapa con una lluvia de cantos, consignas y "performance". De gritos, tambores y exigencias. Pinta las calles y quiere que queden inscritos en los monumentos impávidos las historias que no se cuentan, los gritos que no se escuchan. Ahora que estamos juntas, ahora que sí nos ven[43].

Ante el silenciamiento constante de nuestras voces, las mujeres feministas hemos encontrado formas creativas de protestar y de hacer lo que sea necesario para hacernos escuchar. Pienso, en iniciativas como La Brillantinada, una serie de marchas realizadas por las feministas mexicanas en agosto del 2019, bajo el lema "No nos cuidan, nos violan", y que causaron especial revuelo luego de que un grupo de manifestantes

embadurnaran al secretario de seguridad de Ciudad de México en diamantina (o como le decimos en Colombia, escarcha o mirella) rosada. O en el espectacular himno feminista "Un violador en tu camino", creado —el mismo 2019— por el colectivo feminista chileno Las Tesis, que se esparció como fuego salvaje en cuestión de días, cuando cientos de miles de mujeres alrededor del mundo sintieron la necesidad de unir sus voces en contra del abuso y la violencia sexual.

Se me ocurren también varios conceptos que han cobrado fuerza en los últimos años en entornos feministas, ingeniados para explicar las muchas maneras en las que somos silenciadas. En su célebre ensayo *Los hombres me explican cosas,* la autora Rebecca Solnit medita sobre la dinámica de poder sexista detrás del fenómeno del *mansplaining,* según el cual los hombres sienten la necesidad permanente de poner en duda nuestros conocimientos y explicarnos cosas que nosotras ya sabemos[44]. Solnit se inspiró para escribir el ensayo luego de asistir a una reunión social en la que un hombre se pasó la noche entera explicándole el contenido de un "importante libro", sin tener ni la menor idea de que ella misma lo había escrito. Escribe Solnit en su ensayo:

> Toda mujer sabe de lo que estoy hablando. Se trata de esa arrogancia que hace que las cosas se vuelvan difíciles, a veces, para cualquier mujer en cualquier profesión; la que incita a las mujeres a no hablar e impide que sean escuchadas cuando se atreven a hablar; esa que silencia con fuerza a las mujeres jóvenes diciéndoles, de la misma forma en la que lo hace el acoso callejero: Este no es su mundo. Nos entrena para limitarnos y dudar de nosotras mismas, mientras propicia un injustificado exceso de seguridad en los hombres[45].

El término *mansplaining* (que se ha retomado por las comunidades hispanohablantes como *manexplicando)* ha abierto la puerta a otras palabras que buscan describir — con bastante ingenio— las maneras en que las mujeres somos acalladas a diario. *Hepeating,* por ejemplo, se refiere a la típica situación en la que un hombre repite y reclama como propia una idea que una mujer recién acaba de explicar. *Manterrupting* es la interrupción innecesaria de una mujer por parte de un hombre, concepto que fue ilustrado a la perfección durante el debate vicepresidencial de Estados Unidos para las elecciones del 2020, cuando Mike Pence, el entonces vicepresidente, no paraba de interrumpir a su contrincante Kamala Harris. Un video de la ahora vicepresidenta Harris enfrentándolo y diciéndole:

“¡Señor vicepresidente, estoy hablando!”, se volvió viral cuando miles de mujeres en redes sociales se identificaron con la frustración que sentía Harris al tratar de decir lo que pensaba ante la constante interrupción de Pence.

Muchas de estas iniciativas de concientización feminista han cobrado fuerza gracias a las redes sociales que han creado espacios más libres y accesibles para ejercer el derecho a la libertad de expresión. Sin embargo, es imposible ignorar fallas graves que dificultan el acceso equitativo de las mujeres a estas herramientas, como la existencia de una brecha digital de género, según la cual, la cantidad de mujeres que utilizan Internet a nivel global es más o menos del 48 %, mientras que un 10 %más de hombres en el mundo tienen acceso a esta herramienta de comunicación[46]. Por otro lado, plataformas poderosas como Facebook e Instagram han asumido lineamientos patriarcales en sus códigos internos al determinar que los pezones femeninos o las imágenes de mujeres menstruando van en contra de sus políticas comunitarias. Así que, si bien es cierto que Internet ha facilitado el ejercicio de nuestra libertad de expresión, esto no ha sido sin sus tropiezos machistas.

Sería desafortunado escribir sobre redes sociales sin ahondar por un momento en el caso del fenómeno de #MeToo, pues este movimiento masivo ilustra de manera especial los avances y retos que surgen cuando las mujeres nos atrevemos a utilizar nuestras voces. La campaña global iniciada por la activista Tarana Burke hace más de diez años, estalló en el 2018 cuando el *hashtag* fue utilizado por la actriz Alyssa Milano y luego veinte millones de veces más por mujeres alrededor del mundo que se atrevieron a compartir sus experiencias de abuso sexual.

Si bien es cierto que desde el estallido de estas denuncias se han logrado avances notables, también han surgido consecuencias negativas. Varios estudios han encontrado que después de *MeToo* una cantidad significativa de hombres se sienten incómodos trabajando de cerca con mujeres por miedo a exponerse a denuncias acerca de sus comportamientos. Se ha vuelto común la práctica de desafiar las voces de las mujeres denunciantes argumentando que se están sobreactuando o que sus palabras son un simple intento de difamación, una violación al debido proceso o un caso más de parcialidad, lo cual en últimas de nuevo contribuye a la creación de un

ambiente intimidatorio para nuestras voces. Este revanchismo, escribe Susan Faludi en *Backlash: The Undeclared War Against American Women* (*Contragolpe: La guerra no declarada contra las mujeres estadounidenses)*, "se activa no por el logro de las mujeres de la verdadera igualdad, sino por la posibilidad creciente de que la puedan llegar a alcanzar. Es un golpe previsivo que frena a las mujeres mucho antes de que lleguen a la meta". Al respecto, se ha pronunciado Catharine MacKinnon —pionera en estudios sobre el acoso sexual y a quien ya he citado en este libro—, quien ha dicho que "cada vez que los abusadores no logran abusarnos sin consecuencias, se le llamará 'parcialidad' o 'falta del debido proceso'. Y cada vez que decimos lo que hicieron, haciendo que los perpetradores se vean como realmente son, se le llamará 'difamatorio'"[47].

Aunque no creo que nuestra garantía de justicia deba construirse sobre el sacrificio de otros derechos valiosos como el debido proceso, sí me parece sospechoso que siempre surjan las mismas defensas ante las denuncias de abuso sexual, y considero inaceptable que estas se construyan sobre la base de poner en duda las experiencias de las mujeres.

En cualquier caso, soy optimista por naturaleza y me parece fundamental reconocer los logros del movimiento. *MeToo* ha contribuido a la caída de hombres poderosos alrededor del mundo[48], ha influenciado cambios de legislación a nivel global y poco a poco está facilitando un cambio de cultura en la que las mujeres cada vez sentimos menos miedo a la hora de denunciar a nuestros agresores. Lo que demuestra el revuelo causado por *MeToo* en el mundo entero es que cuando las mujeres nos unimos para alzar nuestras voces y denunciar el machismo, desestabilizamos el poder, causamos rebelión e irrumpimos en el *statu quo,* y es por esto que nuestra libertad de expresión supone una amenaza para el patriarcado. Es por esto que su fin último sigue siendo nuestro silencio.

* * *

Cuando una mujer pueda decir lo que está en su mente y en su corazón sin miedo a ser ridiculizada, humillada o asesinada por el simple hecho de atreverse a hablar siendo mujer, habremos alcanzado la tan anhelada libertad. Pero aún estamos lejos de ese día. Mientras tanto, el daño

individual que debemos soportar las mujeres por los límites patriarcales impuestos a nuestras voces es inconmensurable. La libertad de expresión es un derecho esencial, pues la manera en la que una persona elige construir su vida, desenvolver su personalidad y manifestar sus emociones es indivisible de lo que puede expresar. La censura sexista impide que las mujeres podamos vivir nuestras vidas de manera auténtica, atrofia nuestro desarrollo, nos hace dudar de nosotras mismas y cercena nuestra autoestima.

Aunque las mujeres deberíamos poder defender nuestros derechos sin tener que argumentar que nuestro bienestar beneficia a la humanidad entera, nuestras voces son esenciales para el beneficio de la sociedad. Protegerlas en últimas contribuye al número de personas que enriquecen nuestras culturas, nuestras democracias, nuestros países y nuestras realidades. ¿De cuánto conocimiento colectivo nos hemos privado por culpa de la censura patriarcal? Jamás lo sabremos.

He tenido que acostumbrarme a vivir con expectativas de silencio que cuelgan pesadas sobre mi cabeza y eso que suelo decir casi todo lo que pienso. Aun así, estas expectativas están ahí. A veces se han manifestado como un miedo profundo a decepcionar a quienes amo y en muchas ocasiones como un miedo a ser juzgada, mal entendida o excluida. De manera permanente estas expectativas me hacen creer que estoy lejos de estar a la altura de los estándares arbitrarios que están establecidos para las mujeres, que tengo demasiadas opiniones, demasiado carácter, que soy demasiado. He cargado con estas expectativas durante casi toda mi vida.

Ya lo había advertido Audre Lorde cuando escribió que "apenas empieces a hablar, las personas te gritarán, te interrumpirán, te menospreciarán y sugerirán que es personal. Y el mundo no acabará. Y hablar será cada vez más fácil"[49]. Pero mientras escribo esto, hay una voz en mi cabeza que me dice lo narcisista que soy por atreverme a creer que mis palabras importan, que mi vida será relevante para alguien o que los pensamientos que tengo merecen compartirse. Sé que es mejor no escuchar esa voz, pero aún tengo que luchar en contra de ella. Este ensayo hace parte de mi lucha.

Mientras escribo esta frase, cierro los ojos y pienso en esa niña de tres años, cruzando las montañas andinas, acurrucada en medio del asiento

trasero, inconsciente del concepto del miedo, inconsciente del concepto del silencio, diciendo lo que pensaba, hablándole con libertad a las personas que ama sobre quién sabe qué, pero hablándoles, y sé que estoy haciendo esto por ella. Hago esto porque sé que el silencio nunca ha sido algo natural para mí, y después de años de desaprender he entendido que estoy aquí para ir en contra de la Corriente.

---

28 Audre Lorde. "The Transformation of Silence into Language and Action" en: *Sister Outsider.* Berkeley: Crossing Press, 2007. pp. 40-44.

29 Catharine A. MacKinnon. *Feminism Unmodified: Discourses on Life and Law.* Cambridge, MA: Harvard University Press, 1987. p. 275.

30 Mary Beard. *Women and Power.* Nueva York: Liveright Publishing Corporation, 2017. p. xi.

31 *Idem,* p. 17.

32 Nuria Varela. *Feminismo para principiantes.* Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial, 2020. p. 148.

33 J.M. Coetzee. *Contra la censura* (traducción de Ricard Martínez i Muntada). Madrid: Debate, 2007. p. 55.

34 Comisión Económica para América Latina (CEPAL). "Feminicidio". *Observatorio de Igualdad de Género de América Latina y el Caribe,* https://oig.cepal.org/es/indicadores/feminicidio-Acceso el 3 de febrero de 2021.

35 Rebecca Solnit. «Men Explain Things to Me» en: *Men Explain Things to Me.* Chicago: Haymarket Books, 2014. p . 106.

36 Marcela Lagarde. *El Feminismo en mi vida.* Ciudad de México: Instituto de las Mujeres de la Ciudad de México, 2012. p. 401.

37 Andrea Dworkin. *Right Wing Women.* Nueva York: Perigee Books, 1983. p . 13.

38 Deborah Tannen. "The Truth About How Much Women Talk — and Whether Men Listen", *Time,* 28 de junio de 2017, https://time.com/4837536/do-women-really-talk-more/ Acceso el 22 de junio de 2021.

39 Victoria L. Brescoll. "Who Takes the Floor and Why: Gender, Power, and Volubility in Organizations". *Administrative Science Quarterly,* vol. 56, nro. 4, diciembre de 2011, pp. 622-641. Doi: https://doi.org/10.1177/0001839212439994

40 Audre Lorde. "The Transformation of Silence into Language and Action" en *Sister Outsider.* Berkeley: Crossing Press, 2007. pp.40-44.

41 Kate Zittlow Rogness. "The Vote as Voice: Tracing the Intersections of Feminism and Free Speech Through Emmeline Pankhurst's Address 'Freedom or Death"'. *First Amendment Studies,* vol. 49, nro. 2, julio de 2015, pp. 71-85. Doi: https://doi.org/10.1080/21689725.2015.1080986

42 Paul Larson. "Consciousness-Raising Groups". En: *Encyclopedia of Critical Psychology.* Nueva York: Springer, 2014. Doi: https://doi.org/10.1007/978-1-4614-5583-7_603

43 Lulú V. Barrera. “La lucha feminista demanda un cambio real”. *The Washington Post,* 28 de noviembre de 2019, https://www.washingtonpost.com/es/post-opinion/2019/11/28/la-lucha-feminista-demanda-un-cambio-real/ . Acceso el 22 de junio de 2021.

44 Rebecca Solnit. «Men Explain Things to Me» en: *Men Explain Things to Me.* Chicago: Haymarket Books, 2014. p.13.

45 Rebecca Solnit. *Los hombres me explican cosas* (traducción de Marina Álamo Bryan). Ciudad de México: Ediciones Antílope, 2017. p. 24.

46 International Telecommunication Union (ITU). “Bridging the Gender Divide”. *International Telecommunication Union* (ITU), https://www.itu.int/en/mediacentre/backgrounders/Pages/bridging-the-gender-divide.aspx. Acceso el 3 de febrero de 2021.

47 Ivana Kottasová. “While the #MeToo Backlash Raged On in 2019, the Movement Notched Up Big Gains”. *CNN World.* 29 de diciembre de 2019, https://www.cnn.com/2019/12/24/world/metoo-movement-gains-2019-intl/index.html Acceso el 22 de junio de 2021.

48 Audrey Carlsen, Maya Salam, Claire Cain Miller, Denise Lu *et al. “*#MeToo Brought Down 201 Powerful Men. Nearly Half of Their Replacements Are Women”. *New York Times* 29 de octubre de 2018, https://www.nytimes.com/interactive/2018/10/23/us/metoo-replacements.html. Acceso el 22 de junio de 2021.

49 Audre Lorde. *Your Silence Will Not Protect You.* Reino Unido: Silver Press, 2017.

CAPÍTULO 4

El amor y el abuso no pueden coexistir[50]

El amor libera. No solo sostiene, eso es ego. El amor libera. No ata.

—MAYA ANGELOU

Lo conocí durante uno de los momentos más vulnerables de mi adolescencia. Acababa de salir de una relación complicada que me dejó con el corazón y el ego roto en mil pedazos, y con diecinueve años recién cumplidos estaba dispuesta a hacer lo que fuera con tal de sentirme completa de nuevo. Lo extraño es que nunca tuve la intención de estar con él. Me parecía de todo menos guapo y mi reacción instintiva a sus avances fue un no agudo y rotundo. Pero él se obsesionó. Pasaba por mi portería casi a diario para dejarme regalos costosos. Me rogaba que saliéramos una y otra vez. Su insistencia era implacable. Ignoré mis instintos pensando que una sola cita no podría hacerme daño.

Al comienzo me hacía sentir importante, deseable, irremplazable. Tenía un gran sentido del humor. ¿Y a quién no le gusta que lo hagan reír? Sus hermanas y su madre lo idolatraban. Conocía personas en todas las discotecas de Bogotá, así que nos la pasábamos de fiesta en fiesta con sus miles de amigos *bouncers, bartenders,* meseros y DJ que corrían para darle botellas de trago costoso, la mejor mesa, el mejor servicio y lo que él quisiera. Entraba a todas partes como si fuera el amo y señor de lo que nos rodeaba, y yo la primera dama.

Era detallista a morir. Me colmaba de lo que en nuestra cultura equivale al amor: elogios, cartas, flores, chocolates, joyas caras y cenas elegantes. Desde el principio demostró una curiosidad inusual por cada uno de los pormenores de mi vida. Quería saber todo sobre mí y quería estar conmigo todo el tiempo. Sí, era un poco más celoso que otros hombres, pero yo interpretaba sus celos como una señal de verdadero interés. Me parecía fascinante ser el objeto de su adicción.

Un día cualquiera me pidió el celular. "Déjame verlo por un segundo", me dijo con indiferencia. No le di mucha importancia cuando se lo entregué, pensando que no tenía nada que esconder. La semana siguiente se ofreció a llevarme y a traerme de la casa a la universidad, de la universidad al trabajo y del trabajo a la casa. "Para que no tengas que gastar en transporte público o parqueadero", me aseguró. Me pareció generosísimo de su parte.

Al poco tiempo, empezó a monitorear cada uno de mis movimientos. Justo antes de conocerlo había empezado mi primer trabajo como practicante en una agencia de las Naciones Unidas, pero era la peor de todas las practicantes porque jamás podía quedarme más de un minuto después de las 6 p. m. A esa hora, él ya estaba parqueado afuera del edificio, contando los minutos que me demoraba para caminar de mi cubículo a su carro. Nunca se me pasó por la cabeza aceptar una invitación de mis colegas a comer o a tomarme un trago al final del día.

Cuando me entraba una llamada en su presencia, se me paraba el corazón de pensar en las consecuencias. Tuve que empezar a bloquear el número de viejos amigos y compañeros de clase para evitar problemas. Si tenía que hacer trabajos en grupo en la universidad y algún profesor me asignaba a un grupo con hombres, me enfermaba de solo pensar cómo tendría que esconderme hasta entregar la tarea. Él me había prohibido de manera explícita el contacto con personas de la universidad por fuera del correo institucional. En ese momento me sentía incapaz de cuestionar sus órdenes.

Tenía el don de fabricar drama a partir de la nada. Armaba peleas sin sentido para perderse por días a la vez y me amenazaba con hacerse humo si no me comportaba como él quería. Sus desapariciones me dejaban destruida. Cuando resurgía, cuestionaba todas mis interacciones. Que por

qué alguien me había agregado a Facebook, que por qué había estado despierta mirando el celular hasta tal hora. Me pedía un reporte de cada movimiento dado en su ausencia y yo recitaba sin titubear.

Pronto, cualquier gesto amable estaba prohibido. Si me atrevía a hablarle o tan solo a sonreírle a un hombre desconocido en su presencia, me decía que era una perra, una zorra, una puta, cualquiera de esos insultos reservados solo para nosotras las mujeres.

Me era infiel y me ridiculizaba cuando lo confrontaba al respecto. Me gritaba que estaba loca, que me estaba imaginando cosas y que no quería escuchar ni una sola palabra más.

Me humillaba por no haber sido virgen cuando lo conocí. Todo el tiempo me lo recordaba, diciendo que era mi peor defecto, hasta que me lo empecé a creer.

A diario me decía que tan pronto me graduara de la universidad nos íbamos a casar. Y me lo decía como una amenaza.

En aquel entonces luego de una de nuestras muchas peleas le escribí una carta que decía: “Lo que más me duele de todo esto es que yo sé que soy una buena mujer que se ha esforzado, que ha doblado su personalidad por darte gusto y que ha intentado todo lo posible por hacerte feliz. Pero no es suficiente. ¿Qué será suficiente para ti?”.

Por supuesto, no se comportaba así cuando estábamos acompañados. Frente a otras personas resurgía su gran sentido del humor, su capacidad natural de liderazgo y sus habilidades sociales impecables. Nadie tenía ni la menor idea de quién era cuando estaba a solas conmigo. Creo que las personas a mi alrededor jamás pensaron que yo estuviera viviendo algo así. Desde afuera, yo era la misma de siempre, una mujer con carácter que decía lo que pensaba, privilegiada y rodeada de apoyo. Me imagino que asumían que una joven en mi posición jamás se hallaría en semejante situación.

No encontraba paz en ninguna parte. Me sentía como un cliché andante. Se me olvidó respirar con tranquilidad porque el miedo se volvió mi nueva normalidad. Temía por mi vida. La vergüenza que me producía ser maltratada era la gasolina que alimentaba esa relación. Me odiaba por ser incapaz de salir corriendo y ese odio me hacía creer que merecía su maltrato. Todos los días sentía rabia porque no veía la salida y pensaba que

no tenía a nadie a quién culpar sino a mí misma. Me sentía como la mujer más sola del mundo. Estaba atrapada en un tanque inmenso que se fue inundando sin darme cuenta. El agua helada me subía poco a poco por las piernas, me abrazaba el torso y me acariciaba el cuello. Mi sistema nervioso estaba en *shock,* y yo —pasmada— me negaba a nadar.

* * *

Yo también fui una de esas personas que veía a alguien en una relación abusiva y pensaba: ¿Por qué no se va? Hoy entiendo que quien hace este tipo de preguntas no tiene ni la menor idea de lo que está hablando.

En varios momentos estuve a punto de dejarlo, pero era imposible. A veces lo veía como el indefenso de la relación, me convencía de que él me necesitaba y usaba el pesar que me producía como la excusa perfecta para quedarme. Otras veces pensaba que mi amor incondicional lo haría cambiar. Teníamos un par de días buenos, hasta que tarde o temprano él pelaba el cobre otra vez y encontraba la manera de volverme a enredar con sus lágrimas de cocodrilo, juramentos y ultimátums. Se mostraba arrepentido hasta estar seguro de que no me iría a ninguna parte y luego empezaba el ciclo de nuevo. Tal vez lo peor era que todos los días rezaba para que él hiciera algo tan grave que me ayudara a encontrar las agallas para dejarlo.

Hasta que por fin pasó.

La vez que me pegó la recuerdo por partes. Como si hubiese borrado escenas completas para protegerme del trauma. Sé que hubo una discusión de las de siempre. Alaridos. Amenazas. Golpes. Vidrios rotos. Empujones. Un mar de lágrimas. Morados en mi piel al día siguiente. Un sentimiento empecinado de culpa que me encadenaba a la desgracia. Sé que hubo una llamada a mi madre en la que por fin le dije la verdad del infierno en el que estaba atrapada. Sé que hubo una confesión llena de vergüenza a mi hermana mayor, que lo quería matar con sus propias manos cuando logré calmar mis sollozos para contarle lo que me ocurría.

Me mantuve alejada de él por un par de semanas, hasta que recibí una llamada de su mejor amigo, quien muy agitado me rogó que nos encontráramos en un hospital cerca a mi casa. Cuando entramos a la sala de emergencias, débil y postrado en una cama con la mitad del cuerpo

paralizado sin saber por qué, me imploró por enésima vez que le diera otra oportunidad, que esta vez todo iba a cambiar. “Mírame, me muero sin ti”, me rogó.

Entre tanto yo sentía las paredes blancas de la clínica cerrándose a mi alrededor. La luz fosforescente me asfixiaba. Y el agua del tanque amenazaba con cubrirme por completo cuando una enfermera, que me había estado observando, me llamó a su lado. “¿Necesita ayuda? Veo esto todo el tiempo”, me dijo. Yo, confundida, le respondí que no tenía ni idea de qué me estaba hablando. Pero ella, de una forma firme y amable a la vez, me insistió: “La está manipulando. No caiga. Tendrá suerte si logra salir con vida”.

Entendí en ese momento la magnitud de la situación en la que me encontraba. Así no más, la advertencia de esta mujer desconocida, vestida de blanco, con porte casi angelical, me permitió ver la profundidad de las aguas en las que estaba a punto de ahogarme. Ahí mismo comprendí que mi vida estaba en peligro y que esto pasaba todo el tiempo, en todas partes. Vi mi realidad entrelazada con la de millones de mujeres que también habían estado o estaban atrapadas. Dejé de sentirme como la mujer más sola del mundo. Salí de allí y me propuse nadar.

* * *

Quisiera decir que fue cuestión de un simple borrón y cuenta nueva, pero cuando me dedique a nadar, el verdadero trabajo empezó. Necesité cantidades industriales de terapia psicológica para entender que lo que había vivido en esa relación no era amor, sino una adicción de la que me tenía que rehabilitar como si se tratara de cualquier otra droga. Me agobiaba la vergüenza al pensar que, a pesar de todo el abuso, aún lo extrañaba y que, a pesar de tanto sufrimiento, fantaseaba con volver con él.

Por fortuna, mi psicóloga me ayudó a entender que así es el apego, una dinámica tóxica (muy común) que tiene solución. Esto decía uno de los libros que me recomendó leer: “Aunque te duela el alma y tu organismo entre en crisis de abstinencia, no hay otro camino. La liberación afectiva y la ruptura de los viejos patrones de adicción no toleran la anestesia, porque las grandes revoluciones siempre exigen atención despierta”[51].

Así fue aquella época de mi vida: una gran revolución.

Poco a poco, cuando decidí alterar mi realidad, el universo me empezó a mostrar caminos no recorridos, y bueno, esta historia ya la he contado, pero mi vida dio un giro extraordinario cuando vi a Beyoncé bailando frente a la palabra "FEMINISTA", con la voz de la autora nigeriana Chimamanda Ngozi Adichie de fondo.

Empecé por leer a Adichie, aunque de ahí en adelante devoré todos los escritos que encontré sobre feminismo. Fue como si alguien hubiera prendido la luz. Con cada artículo, libro y ensayo que terminaba, esa luz se hacía más fuerte e iluminaba rincones de mi vida que jamás había visto de frente. De repente, pude notar, entender y cuestionar dinámicas que hasta ese momento habían pasado desapercibidas. Fue así que empecé a comprender cómo había terminado en esa posición tan precaria meses antes, al borde del ahogamiento.

Tracé ese camino para jamás volverlo a recorrer. Y casi diez años después, aquí está una parte de lo que descifré.

* * *

El "amor" patriarcal nos hace creer que estamos incompletas hasta que encontremos a nuestra media naranja. O, mejor dicho, al hombre que nos completa, porque el imaginario patriarcal no concibe que las mujeres nos enamoremos entre nosotras o que sintamos atracción hacia hombres y mujeres por igual. Así, desde que tenemos uso de razón, nos prometen que, si somos buenas, el destino nos premiará con un marido.

Una buena mujer es servicial, sonriente, amable, tranquila, heterosexual, y ojalá poco inteligente. Es sumisa, no hace muchas preguntas y jamás habla de temas controversiales. Sabe quedarse callada y mirar hacia el otro lado. Sigue las reglas sin cuestionarlas. Es una roca que lo soporta todo. Acepta que nació para el sacrificio y cree que el camino al cielo está plagado de dolor. Una buena mujer es material para ser esposa.

Infinitas mujeres latinoamericanas venimos de familias en las que el destino colectivo se sostiene sobre el sacrificio de las buenas mujeres. Pues fueron ellas, y su capacidad para tolerarlo todo, las que se aseguraron de que nuestras familias permanecieran unidas.

Además de ser una tara ancestral, la creencia de que un hombre completa a una mujer se ve reforzada a través de una cantidad interminable de series, libros, juegos y canciones sobre caballeros en armaduras brillantes y príncipes azules que llegan a salvarnos. Telenovela que se respete termina con una gran boda y un "felices para siempre" en cursiva. En estas representaciones del amor, el camino hacia el final feliz suele ser difícil y doloroso para las mujeres. Con frecuencia vemos a los hombres hacer todo tipo de cagadas sin consecuencias, siempre encontrando perdón incondicional en el corazón de una buena mujer, que cree que su responsabilidad es liberar a su pareja de todas las cargas que pueda.

Las cadenas de la buena mujer se mercadean de una manera espectacular. Al sacrificio sin sentido, a la tolerancia tóxica y a la pérdida del amor propio en favor del otro se les llama amor romántico, y al candado que mantiene esas cadenas unidas lo llaman matrimonio.

En incontables ocasiones, el matrimonio se vende como una tabla de salvación y hasta la única manera de superar la pobreza. Después de todo, en sus orígenes era un contrato para crear alianzas económicas entre familias. La mujer entregada al hombre por el padre, su valor determinado por la dote. La que deja de ser hija para convertirse en esposa. La que cambia su apellido para dejar claro a quién le pertenece. La que siempre es de alguien más, pero nunca de sí misma. La que cree que necesita a un hombre para alterar su realidad, porque jamás nadie le enseñó que ese poder está en ella. Y no solo estoy hablando de las mal llamadas cazafortunas que se vuelven millonarias por este medio, y son la excepción. Me refiero más bien a mujeres que al menos casadas logran tener comida en la mesa todas las noches, de las que son obligadas a sacrificar sus sueños por el bienestar o la supervivencia colectiva de sus familias. De las que a través de la historia han sido consideradas una piedra en el zapato para sus familias, "una boca más que alimentar" que no trae plata a la casa y que no ven la hora de casar para quitarse esa carga de encima. De las que tienen que pagar un precio alto cuando el poder económico de su pareja es utilizado como una herramienta de dominación. De las que soportan todo tipo de abusos por miedo a perder su única fuente de estabilidad económica. De las que tienen que quedarse calladas cuando su marido les dice: "Yo soy el de la plata" y por eso: "En esta casa mando yo".

El matrimonio aún se nos vende como una condición para demostrar nuestro valor ante la sociedad. Una mujer casada puede decir: "¡Mírenme, un hombre me escogió! ¡Alguien más me considera lo suficientemente valiosa como para casarse conmigo! Seré feliz para siempre". Las mujeres que no se casan jamás viven felices para siempre. Al contrario. A esas las "dejó el bus". Esas se quedarán solas por el resto de la eternidad, vestidas de negro y sumidas en depresión. Ahí está otra vez ese miedo irracional a la soledad. Nos enseñan a preferir estar mal acompañadas que solas. Hay un rechazo profundo hacia la idea de la soledad, a pesar de que, como ha sido resaltado por bell hooks, "saber ser solitaria es central para el arte de amar. Cuando podemos estar solas, podemos estar con otras personas sin usarlas como un medio para escapar"[52].

En su gran libro *Todos deberíamos ser feministas,* Chimamanda Ngozi Adichie lo dice muy bien: "Nuestra sociedad enseña a las mujeres solteras de cierta edad a considerar su soltería un profundo fracaso personal. En cambio, un hombre de cierta edad que no se ha casado es porque todavía no ha elegido"[53]. De manera similar, cuando Simone de Beauvoir escribió su texto insignia *El segundo sexo,* resaltó que "el destino que la sociedad tradicionalmente ofrece a las mujeres es el matrimonio. Incluso hoy en día, millones de mujeres están, estuvieron o planean casarse o sufren por no hacerlo. El matrimonio es el referente por el que se define a la mujer soltera, ya sea que se sienta frustrada, disgustada o incluso indiferente ante esta institución"[54].

Para el patriarcado es preferible que una mujer —o incluso una niña— esté casada y maltratada que sola. Así, el matrimonio infantil es una realidad que aún aqueja al mundo entero. En pleno año 2021, a nivel global casi cuatrocientos millones de mujeres, que hoy tienen entre 20 y 49 años, fueron casadas antes de los 18 años[55]. En Brasil, el 36 % de las niñas ya están casadas a los dieciocho años[56]. Y en Estados Unidos, el matrimonio infantil es legal en la mayor parte del país y, al día de hoy, cientos de miles de niñas han sido casadas con hombres adultos.[57]

Para no ir muy lejos, una de mis abuelas fue casada a los dieciséis años con alguien que solo había visto unas pocas veces en su vida. Su historia siempre fue contada como una aventura de amor romántico en mi familia.

No sorprende entonces que desde los siete u ocho años me mostrara preocupadísima por tener novio. A los trece años ya soñaba con casarme a los veintitrés, la edad en la que se casó mi madre. Y decía que quería tener no uno, ni dos, ni tres, sino seis hijos, porque este tipo de afirmaciones me ganaba aplausos y felicitaciones de todos los adultos a mi alrededor.

Como el objetivo principal de mi vida era agradar y ser considerada una buena mujer, siempre hice lo necesario para caber en esa caja, sin importar la manera en la que eso podría afectar el concepto que tenía sobre mí misma. Determinaba mi valor a partir del éxito de mis relaciones amorosas y definía el éxito como que un hombre no me abandonara. Nunca se me pasó por la cabeza que si un hombre no cumplía con *mis* estándares, yo lo podía abandonar. Yo no tenía estándares. Así que pasé la mayor parte de mi adolescencia y los primeros años de mi adultez creyendo que amar era sufrir. Soportaba todo tipo de atropellos, en especial mentiras e infidelidades en serie, porque crecí viendo esto como algo normal. Estaba dispuesta a tolerar cualquier tipo de abuso con tal de retener el amor. Y cuando les pedía consejos a las mujeres de mi familia, para entender qué hacer ante esta dolorosa cotidianidad, su respuesta casi siempre era la misma: "Todos los hombres son iguales".

Meses antes de casarme, hace un par de años, estuve en una pequeña reunión en la que varias mujeres mayores me dieron consejos sobre cómo tener un matrimonio exitoso. Todas hablaron sobre la paciencia, la tolerancia y el sacrificio. Hablaron sobre mi bisabuela que se despertaba todos los días a las cuatro de la mañana para ponerse rubor, lavarse los dientes y luego volverse a meter a la cama. Algunas dijeron entre risas que jamás podía permitir que mi esposo me escuchara yendo al baño, agregando que en él eso era normal pero que para nosotras era preferible "perder un órgano" que semejante desgracia. Casi nadie habló sobre el sexo como algo que la pareja elige por mutuo acuerdo y en cambio sí hubo varios comentarios sobre la importancia de complacer a mi marido, así a veces estuviera cansada o sin ganas. El mensaje fue: los hombres tienen necesidades y hay que atender esas necesidades, sino van y buscan por fuera.

En ese momento yo ya era feminista y se me partió el corazón al ver las expectativas tan absurdas que estas mujeres llevaban una vida entera

cumpliendo. Intenté manifestar mi desacuerdo, pero la mayoría me aseguró que estaba siendo ingenua y pronto entendería la realidad inevitable: "Todos los hombres son iguales".

Nuestras creencias colectivas sobre el rol inamovible del sacrificio femenino en las relaciones de pareja refuerzan escenarios en los que predomina el abuso. Aunque no lo digamos de esa manera, en nuestra sociedad persiste la idea de que a partir del matrimonio la mujer se vuelve propiedad del hombre. Y es por argumentos así que aún creemos que las mujeres les deben favores sexuales a sus esposos o que el hombre tiene derecho a tener sexo con su esposa, sin importar lo que ella quiera. Así, las mujeres, a veces en un estado de absoluta inconciencia, toleramos los gritos, el maltrato y hasta los golpes, pensando que eso es normal, que eso es amar, que de eso se trata el matrimonio.

Hay una frase famosa de la madre Teresa de Calcuta que describe muy bien el ideal tóxico del sacrificio que estamos llamadas a asumir; ella dijo: "Este es el significado del amor verdadero: dar hasta que duela". En esencia equiparamos "el amor verdadero" con el sufrimiento. Utilizamos la idea del amor y lo romántico para excusar lo que en realidad es violento. bell hooks explica que el amor romántico "soporta la noción de que se puede hacer cualquier cosa en nombre del amor: golpear a las personas, restringir sus movimientos, matarlas y llamarlo un 'crimen pasional', aduciendo: "La amaba tanto que tuve que matarla"[58]. Agrega hooks que "el amor y la violencia se han entrelazado tanto en esta sociedad, que muchas personas, especialmente las mujeres, temen que la eliminación de la violencia lleve a la pérdida del amor"[59].

La peor violencia que he experimentado en mi vida ha sido por parte de hombres que decían amarme. Yo abracé la presencia del abuso y las lágrimas, creyendo que eran el precio que las mujeres debíamos pagar por amar y ser amadas.

* * *

La perspectiva feminista nos permite revolucionar nuestra realidad y cuestionar todo lo que siempre hemos tragado entero. Y es gracias al

feminismo que me he atrevido a preguntar qué pasaría si nos aproximáramos al amor desde la libertad.

De inmediato viene a la mente esta reflexión de De Beauvoir: "El día en que la mujer pueda amar en su fuerza y no en su debilidad, no para escapar de sí misma sino para encontrarse a sí misma, no por resignación sino por afirmarse, el amor será para ella, como para el hombre, fuente de vida y no un peligro mortal"[60].

Es necesario entender que todas las personas merecemos amar y ser amadas. Así que no se trata de olvidarnos del amor, de creer que enamorarnos es un problema o de pensar que el amor de pareja más bien debería desaparecer por completo. Es más, pienso que el amor debe ser una prioridad en la agenda feminista. Tenemos que empezar a tomarnos el amor en serio y a cuestionar todo lo que se nos ha dicho sobre el deber ser en el amor. Es necesario hablar más sobre el amor en espacios políticos y académicos.

Hay que empezar por elevar nuestra conciencia lo suficiente como para poder diferenciar entre el amor y el abuso. Hay que liberarnos de la creencia de que amar es sufrir y entender que el amor verdadero no puede ir de la mano de la explotación.

El arquetipo de la buena mujer no tiene cabida en un amor basado en la libertad.

Para amar en libertad no es necesario sacrificar nuestro bienestar o nuestra felicidad, ni tampoco conformarnos con uniones mediocres con tal de evitar la soledad. Para amar en libertad urge comprender que ya estamos completas. Nadie nos va a "elegir" y nadie nos va a salvar. Nuestras relaciones serán el producto de decisiones mutuas o no serán. Estar en pareja podrá ser una oportunidad maravillosa para compartir la dicha y la desdicha, pero la vida no empieza ni termina con el amor romántico, ni mucho menos con el matrimonio. Existen otros amores valiosos y emocionantes que están allí para llenar nuestras vidas, entre ellos el amor de amigas y hermanas. Además, no hay —ni jamás habrá— una relación más importante que la que tenemos con nosotras mismas. El amor propio es una condición necesaria para amar desde la libertad, pues como lo estableció Gloria Steinem en su libro *Revolution from Within (Revolución desde*

adentro), "el odio a uno mismo conduce a la necesidad de dominar o de ser dominado"[61].

Para amar desde la libertad todas las personas tenemos que eliminar por completo la idea de que no hay nada que hacer frente a nuestra realidad actual. Este pesimismo imposibilita el cambio, y si no creemos en el cambio, ¿cómo seguimos adelante? Hace falta reconocer que esta creencia es el producto de una sociedad patriarcal que desde la infancia refuerza comportamientos inaceptables como características masculinas deseables. Hay que dejar de aplaudir la violencia en los niños y la suavidad en las niñas. No podemos seguir criando hijas obsesionadas con el matrimonio e hijos que tratan a sus parejas como si fueran su propiedad. Es posible que las cosas sean diferentes, es posible desaprender patrones tóxicos y aprender patrones sanos, pero para hacerlo urge entender que los hombres no son así, el patriarcado es así.

Sé que una realidad diferente es posible porque la he visto y la estoy viviendo.

Hubo una época en mi vida, hace poco en realidad, en la que jamás me imaginé que podría tener un amor como el que tengo ahora. Una relación que me llena de tranquilidad. Una pareja que me acepta por lo que soy y no por lo que le gustaría que fuera. Que no me produce miedo sino admiración. Y aunque no todo es color de rosa, porque de que hay malentendidos los hay, no hay espacio para el abuso. A veces caemos en dinámicas machistas — creo que quien diga que nunca le pasa esto está mintiéndose a sí misma —, pero somos honestos y estamos dispuestos a tener discusiones difíciles o a hacer cambios cuando es necesario. Nos elegimos el uno al otro, día tras día, siempre a sabiendas de que, si alguno de los dos así lo quisiera, la puerta está abierta para salir, pues entendemos que el amor libera y no ata.

---

50 Este título es una frase de bell hooks.

51 Walter Riso. *Amar o depender.* Bogotá D. C.: Editorial Planeta, 2012. p. 140.

52 bell hooks. *All About Love: New Visions.* Nueva York: William Morrow, 2000. p. 140.

53 Chimamanda Ngozi Adichie. *Todos deberíamos ser feministas* (traducción de Javier Calvo). Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial, 2018. p. 17.

54 Simone de Beauvoir. *The Second Sex.* Nueva York: First Vintage Books Edition, 2011. p. 439.

55 International Women's Health Coalition. "The Facts on Child Marriage". *International Women's Health Coalition,* https://iwhc.org/resources/facts-child-marriage/. Acceso el 15 de abril de 2021.

56 Rachel B. Vogelstein. The World Isn't Paying Enough Attention to Latin America's Child-bride Problem. *Quartz,* 5 de agosto de 2015, https://qz.com/472143/no-one-is-paying-attention-to-latin-americas-child-bride-problem/ Acceso el 22 de junio de 2021.

57 Anjali Tsui, Dan Nolan y Chris Amico, "Child Marriage in America by the Numbers". *PBS Frontline,* 6 de julio de 2017, http://apps.frontline.org/child-marriage-by-the-numbers/. Acceso el 22 de junio de 2021.

58 bell hooks. *Feminism is for Everybody: Passionate Politics.* Nueva York: Routledge, 2015. p. 101.

59 bell hooks. *Feminist Theory from Margin to Center.* Nueva York: Routledge, 2015. p. 124.

60 Simone de Beauvoir. *The Second Sex.* Nueva York: First Vintage Books Edition, 2011. p. 708.

61 Gloria Steinem. *Revolution from Within.* Boston: Little, Brown and Company, 1993. p. 9.

CAPÍTULO 5

El patriarcado mata

Los hombres temen que las mujeres se rían de ellos. Las mujeres temen que los hombres las maten.

— MARGARET ATWOOD

Cada vez que alguien me pregunta por qué el feminismo es relevante aún, quisiera poder organizar todos mis pensamientos de inmediato para recitar lo que voy a escribir a continuación. Aunque, por supuesto, hay mil razones más, la cruel realidad de que a las mujeres aún nos están violando, torturando y matando es sin duda la más urgente.

Cada dos horas una mujer es asesinada en América Latina por el simple hecho de ser mujer[62]. Cada año cincuenta mil mujeres son asesinadas por sus parejas o un familiar[63]. El 72 % de las víctimas de trata de personas en el mundo son mujeres y niñas[64]. Al menos doscientos millones de mujeres y niñas entre los quince y los cuarenta y nueve años han sido sometidas a mutilación genital femenina. Y una de cada tres mujeres y niñas en el mundo ha sido violada, golpeada o abusada, casi siempre a manos de una pareja sentimental masculina[65].

Una de cada tres.

La violencia patriarcal es una pandemia global que pide nuestra atención a gritos.

Es fácil anestesiarse ante las cifras escalofriantes. Cuando las personas de carne y hueso se reducen a simples números, lo común es perder la

empatía y creer que este tipo de tragedias les suceden a los demás. A cualquiera, menos a uno. La violencia contra las mujeres en las calles y en nuestros hogares ha destruido millones de vidas, es un problema de salud pública y una violación sistemática y generalizada de derechos humanos. Nos están matando y siguen siendo incontables las personas indiferentes que se niegan a reconocer la magnitud del problema.

El patriarcado es un sistema de control que sería imposible sin la violencia contra las mujeres[66]. Esto escribió la pionera feminista Kate Millet en su libro *Sexual Politics (Política sexual)* al respecto: "No estamos acostumbrados a asociar el patriarcado con la fuerza. Su sistema socializador es tan perfecto, la aceptación general de sus valores tan firme y su historia en la sociedad humana tan larga y universal, que apenas necesita el respaldo de la violencia... Y, sin embargo, al igual que otras ideologías dominantes (el racismo y el colonialismo son análogas en este sentido), el control en la sociedad patriarcal sería insuficiente, e incluso ineficaz, de no contar con el apoyo de la fuerza, que no solo constituye una medida de emergencia, sino también un instrumento de intimidación constante"[67].

La violencia patriarcal es un asunto de poder. Y es por esto que en las comunidades con altos niveles de violencia de género existen altos niveles de inequidad de género. Allí "los hombres controlan la toma de decisiones, limitan la independencia de las mujeres, hay roles e identidades de género rígidos y las relaciones entre pares masculinos refuerzan la agresión y la falta de respeto hacia las mujeres"[68].

La violencia sexual, la violencia doméstica y los feminicidios son ejemplos comunes de violencia contra las mujeres y, aunque existen muchísimas otras formas de maltrato, repararé sobre cada una de estas tres para ilustrar la relación inescindible entre el patriarcado y la violencia de género.

Antes, una apreciación importante: las feministas llevan décadas intentando explicar las muchas maneras en las que el machismo destruye todo. El movimiento feminista ha salvado vidas con la conceptualización de la violencia de género y la popularización de términos como "violencia doméstica", "feminicidios" y "violación marital". Sin el feminismo, esta violencia seguiría siendo invisible o, peor aún, normal y aceptable.

En su ensayo *The Longest War (La guerra más larga)*, la autora Rebecca Solnit explica que:

> La violación y otros actos de violencia, incluyendo los asesinatos, así como las amenazas de violencia, constituyen el explosivo que algunos hombres lanzan cuando intentan controlar a algunas mujeres, y el miedo a esa violencia limita a la mayoría de las mujeres de maneras en las que ya están tan acostumbradas que difícilmente se dan cuenta y casi nunca abordamos"[69].

No sé de una sola mujer que no le tenga miedo a la violencia sexual[70]. Concuerdo con Susan Brown Miller, quien ha escrito que "el miedo a la violación condiciona el comportamiento cotidiano de *todas* las mujeres, y en este sentido, todas son víctimas de violación"[71]. Vivimos en una cultura de la violación que se manifiesta a través de películas, televisión, radio y redes sociales que nos bombardean con mensajes para normalizar y disculpar la violencia sexual. En esta cultura el placer y la comodidad masculina siempre son más importantes que el bienestar y la dignidad de la mujer.

Para explicar el alcance de la cultura de la violación, se me ocurre una columna que escribió en el 2017 el periodista colombiano Antonio Caballero (que vale la pena decir, se autodenomina progresista). En ese entonces, Caballero escribió que "tocar un culo o pellizcar una teta" sin consentimiento, es nada más una vulgaridad que no se puede confundir con abuso sexual y que un beso forzado en la boca "podrá ser una impertinencia, pero no un empalamiento". En su columna nos rogó a las mujeres que dejáramos de ser tan exageradas y puritanas, pues de lo contrario, "¿cómo nos íbamos a relacionar?", ejemplificando así de manera perfecta una cultura de la violación que normaliza el abuso para hacernos creer que el problema está en nosotras porque nos hemos vuelto mujeres difíciles, exageradas y melodramáticas, que ya no nos aguantamos nada.

La amenaza de ser abusada o violada está latente para mí. Todos los días adapto mi vida, cumplo reglas tácitas y limito mi autonomía para intentar evitar encontrarme en situaciones en las que este miedo podría materializarse. Elijo no ir al parque sola —incluso a plena luz del día— y, cuando lo hago, siempre busco a otras mujeres para aparentar que voy acompañada. Le tengo miedo a los parqueaderos vacíos, a volver tarde a casa y hasta a subirme en un ascensor con un hombre desconocido. Camino hacia la entrada de mi edificio y hacia el carro con las llaves en la mano, y

cuando pienso en viajar sola, siempre calculo las infinitas precauciones adicionales que debo tomar para sentirme a salvo.

Y, aun así, a pesar de todas estas medidas de prevención que tantas mujeres tomamos, las cifras de violencia sexual son espeluznantes.

Un estudio realizado durante el segundo semestre del 2019 en México reveló que en tan solo seis meses hubo seis millones de víctimas de violencia sexual y 99 % de los casos quedaron sin investigar[72]. Un año después la ONG colombiana Sisma Mujer reportó que "cada veinticuatro minutos al menos una mujer colombiana fue agredida sexualmente y sobre este grupo las niñas y adolescentes fueron el 86 % del total"[73].

¿Cómo no tener miedo?

El miedo a la soledad en el espacio público tiene una razón de ser, pues como lo plantea la filósofa feminista Ana de Miguel Álvarez, "el mensaje de la violencia o la violencia latente contra las mujeres es muy claro: una mujer 'sola' está en peligro. Y funciona como un mecanismo eficaz para retenerlas en el espacio que siempre les asignó el patriarcado: el espacio privado"[74]. Un lugar que tampoco nos protege de la violencia, pues, para nosotras, lo privado puede llegar a ser muy peligroso.

Durante siglos lo "privado" ha sido utilizado como la excusa perfecta para favorecer la cultura del secretismo, garantizar la dominación masculina en el hogar, aislar a las víctimas y en últimas evitar responsabilidades legales y sociales para los hombres violentos.

Un reporte de las Naciones Unidas para el año 2018 afirmó que "el lugar más inseguro del mundo para una mujer es su propia casa"[75]. Ejemplo de esto es como las cuarentenas obligatorias alrededor del mundo a causa del COVID-19 han generado una elevación de casos de violencia contra las mujeres, incluyendo un crecimiento significativo de llamadas a líneas de emergencia de violencia doméstica[76]. El mismo reporte de Sisma Mujer resaltó que las medidas de aislamiento

> implican un mayor riesgo de violencia contra las mujeres por la imposición de estar de manera permanente con sus agresores, en condiciones de déficit habitacional o hacinamiento, con mayores obstáculos para acceder a servicios de salud, justicia y refugios, sumado a una pérdida creciente de capacidad socioeconómica que profundiza la vulnerabilidad de las mujeres...[77]

Lo privado puede ser tan peligroso para nosotras que gran parte del maltrato a las mujeres en el mundo sucede a manos de parejas o familiares.

Los homicidios de mujeres a manos de hombres, *por el hecho de ser mujeres,* son conocidos como feminicidios, un concepto popularizado en los años setenta por la académica experta en violencia de género Diana Russell. Russell acuñó este término para diferenciar estos asesinatos de otros homicidios en los que el género de la víctima y la cultura patriarcal no desempeñan un papel determinante. Así, un homicidio accidental de una mujer por parte de un hombre en un robo, por ejemplo, no es considerado un feminicidio, mientras que el asesinato de una mujer por parte de su pareja por celos o en retaliación a actos de "rebeldía" sí lo es. Como bien se explica en la página web de ONU Mujeres, un feminicidio "no puede entenderse solo como un asesinato individual, sino como la expresión máxima de [la violencia patriarcal], en la que el sometimiento a los cuerpos de las mujeres y extinción de sus vidas tiene por objetivo mantener la discriminación y la subordinación de todas"[78].

En el año 2019, 4640 mujeres fueron asesinadas en América Latina por el simple hecho de ser mujeres. Y apenas dos años antes de alcanzar esta cifra escalofriante, Latinoamérica ya se había coronado como la región más violenta del mundo para nosotras[79]. Este lamentable galardón alcanzó la primera plana de los periódicos principales de varios países latinoamericanos, pero la cifra no ha hecho sino aumentar desde entonces. Pareciera que la cantidad de feminicidios en nuestra región crece de manera proporcional a la indiferencia. Y aunque existe una obsesión con reportar los números —la acumulación de la tragedia—, casi nunca conocemos los nombres y las historias de las mujeres que han sido asesinadas cada dos horas. Sin duda, duele menos pensar en un número abstracto que en una vida concreta. Pero gracias a esta desconexión, los feminicidios se han vuelto parte del paisaje, ocurrencias cotidianas que generan indignación pasajera pero no la suficiente como para llevarnos a cuestionar qué cambios debemos hacer a nivel individual y colectivo para que las cosas empiecen a mejorar.

El feminicidio es el eslabón final de una cadena de actos violentos que se han vuelto comunes y corrientes, una cadena a la que muchos están contribuyendo a diario, tal vez sin darse cuenta de la conexión.

Conozco a personas que se indignan cuando se enteran de un feminicidio, de violencia doméstica o de una violación, aunque jamás hablan sobre "violencia de género" y ni de riesgo se autoproclaman feministas. En su afán por opinar sobre la tragedia, suelen comentar: "¡Terrible lo que le pasó a esa niña!" y "¡Qué dolor cómo 'apareció muerta'!", como si la violencia patriarcal sucediera por arte de magia, como si no fuera perpetrada por hombres de carne y hueso, que agreden, matan y desaparecen mujeres.

Lo que no ven estas personas indignadas es que a las mujeres les pegan, las humillan, las violan y las matan por ser mujeres, en una sociedad que todos los días, todo el tiempo, refuerza lo prescindibles que son nuestras vidas.

Se indignan, pero echan piropos no solicitados en la calle, porque "es por molestar" o "¿a quién no le gusta un halago?". Se atreven a preguntar cómo iba vestida o cuántos tragos se había tomado cuando la violaron, la mataron y dejaron su cuerpo tirado en un parque. Les parece irrelevante nuestro consentimiento y les parece natural categorizar a las mujeres como santas o perras. Celan a sus parejas y a la vez les son infieles día de por medio, y creen que las mujeres "de bien" no deberían estar en la calle a altas horas de la noche.

Lo que no ven, es que cada una de esas ideas son caldo de cultivo para los feminicidios, pues contribuyen a la cultura del miedo que nos amenaza a diario con la muerte si no nos quedamos calladitas y bonitas. Lo que no entienden, es que todos estos actos "inofensivos" refuerzan la inferioridad de las mujeres en nuestra sociedad como objetos sexuales y ciudadanas de segunda categoría que deben ser sumisas y obedientes.

Es más fácil asumir que la responsabilidad solo está en cabeza del violador o de quien aprieta el gatillo, pero estos actos cotidianos siguen perpetuando un sistema en el que las cifras de feminicidios crecen sin parar. Y hasta que no entendamos que el machismo en todas sus formas destruye vidas es imposible un cambio real y duradero.

Es usual que la disculpa de "no todos los hombres son violentos" surja en el marco de esta discusión, y para manifestar mi opinión al respecto no se me ocurre algo mejor que lo ya dicho por Rebecca Solnit:

> Aunque prácticamente todos los perpetradores de tales crímenes [contra las mujeres] son hombres, eso no significa que todos los hombres sean violentos. La mayoría no lo son. Además, los hombres obviamente también sufren violencia, en gran parte a manos de hombres, y cada muerte violenta, cada asalto es terrible... Pero el tema aquí es la pandemia de violencia de los hombres contra las mujeres, tanto la violencia íntima como la violencia de extraños[80].

Tenemos que dejar de excusar la violencia de género como algo "natural" o "necesario". El patriarcado se ha encargado de expandir la creencia generalizada de que las mujeres somos inferiores o incluso peligrosas, como sucede con ciertos discursos religiosos. La caracterización de nosotras como seres salvajes e inmanejables, o como fuente de tentación, ha servido como defensa perfecta para disculpar la violencia y normalizar el maltrato machista como una realidad inevitable.

Mientras escribo esto me entero de que anoche un hombre en Atlanta, en el estado de Georgia, en los Estados Unidos, asesinó a disparos a ocho personas (incluyendo a seis mujeres de descendencia asiática) que trabajaban en salas de masajes de la ciudad. Al ser cuestionado acerca de los motivos de su crimen, el feminicida afirmó que tenía una "adicción sexual" y que había asesinado a estas mujeres para "eliminar su tentación". Y aunque negó que sus actos tuvieran motivaciones raciales, no es casualidad que este hombre —blanco— hubiese atacado a mujeres asiáticas en una época en la que el racismo contra esta comunidad en Estados Unidos se ha agudizado, en particular gracias al discurso repugnante de Donald Trump.

Todos los sistemas de opresión están conectados entre sí.

De hecho, hay una conexión profunda entre la misoginia y los tiroteos masivos en Estados Unidos. Según una investigación realizada por la revista *Mother Jones,* de 22 tiroteos que sucedieron entre el 2011 y el 2019, el 86 % de los asesinos tenía antecedentes de violencia doméstica[81]. Otro artículo, publicado por *The New York Times,* explica que el hilo común que conecta a varios de estos asesinos es "un historial de odiar a las mujeres, agredir esposas, novias y miembros femeninos de la familia, o compartir puntos de vista misóginos en Internet"[82]. De hecho, existe un grupo de odio autodenominado Incels, una abreviación de *involuntary celibates* (célibes involuntarios), compuesto en su mayoría por hombres blancos heterosexuales y dedicado a esparcir mensajes violentos y planes de

venganza contra las mujeres en Internet, al considerar "injusto" que no puedan tener una pareja sexual o romántica a pesar de desearla. Un número importante de "incels" han sido conectados a casos de violencia extrema e incluso a tiroteos masivos[83].

Para avanzar hacia una realidad en la que las vidas y la integridad de las mujeres sean respetadas y protegidas, tenemos que desmantelar los modelos de masculinidad tóxica que aún se aceptan como normales. ¿Cuántas veces no se disculpan casos de violencia de género bajo la premisa de que "los hombres son así" y no hay nada que hacer al respecto? En incontables oportunidades se excusa la violencia machista como un efecto secundario de lo que significa "ser hombre". Pero la violencia de género es una consecuencia inevitable de la masculinidad *tóxica,* no de la masculinidad.

Según la masculinidad tóxica, los hombres tienen que ser machos, alfas, dominantes, homofóbicos y agresivos para que los respeten como verdaderos hombres. "¡Sea hombre!", les dicen los adultos a los más pequeños cuando los alientan a ser agresivos y dominar, o cuando los disuaden de mostrar debilidad a través de algo tan básico y humano como el llanto. "¡Eso sí es un varón!", es la típica frase de celebración que se escucha ante situaciones en las que un hombre agrede o humilla a una mujer o a otro hombre. Los niños educados de esta manera se convierten en hombres que ven la violencia y la masculinidad como conceptos que son sinónimos e intercambiables.

Creo que el feminismo tiene que abogar por la eliminación de la violencia en todas sus formas. Para lograr cambios duraderos debemos cuestionar cómo contribuimos a una cultura que glorifica la violencia como el método por excelencia para ganar y mantener el poder.

Lograr esto, en parte implica rechazar la creencia de que todo mejorará con más intervención estatal. En especial, cuando ha sido demostrado una y otra vez que instituciones estatales como la policía y el sistema judicial a menudo perpetúan dinámicas patriarcales, pues en el mejor de los casos apenas responden de manera mediocre y en el peor de los casos profundizan el sometimiento y la discriminación de las mujeres.

Para la muestra, está el comportamiento deplorable del Estado colombiano ante el caso de la periodista Jineth Bedoya Lima, que tuvo audiencia ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos el 15 de

marzo del 2021. En mayo del año 2000, Bedoya fue secuestrada, torturada y violada por paramilitares mientras realizaba una investigación periodística en una cárcel de Bogotá. Luego de décadas de impunidad gracias a un Estado indiferente y de que la propia Jineth se tuviera que dedicar a investigar lo que le hicieron —cuando por fin se creía que el Estado colombiano aceptaría su responsabilidad en lo sucedido—, los representantes colombianos optaron por retirarse de la audiencia citando una supuesta "falta de garantías y objetividad en el proceso". Le dieron la espalda a Jineth y a todas las mujeres víctimas de violencia sexual en la región, que además de tener que soportar la pesadilla del crimen, pasan el resto de sus vidas implorando que se haga justicia.

Otro ejemplo es el famoso caso de La Manada que sucedió en España. El 7 de julio del 2016, durante las fiestas de San Fermín en Pamplona, una joven de dieciocho años fue víctima de una violación en grupo. Los cinco agresores grabaron los hechos en video, le robaron el celular y la abandonaron a su suerte. Luego de ir a la policía y llevar su caso ante la justicia, el tribunal de turno emitió una condena por abuso sexual (que en España conlleva una pena menor que la de *agresión* sexual) al considerar que, si bien no hubo consentimiento por parte de la víctima, no existió violencia ni intimidación durante la violación en grupo, pues ella "no se resistió de forma activa". Incluso, los jueces del caso —quienes en teoría estaban allí para que se hiciera justicia—, interpretaron los sonidos de la víctima en el video como muestras de placer sexual, y por esta razón afirmaron que no hubo sufrimiento o dolor, poniendo en duda el testimonio de la joven agredida.

Reconocer que más intervención estatal no se traduce en verdadera protección ni prevención para las mujeres, implica aceptar nuestra propia responsabilidad en cambiar una cultura en la que la violencia es pan de cada día. bell hooks sostiene que: "Las mujeres y los hombres deben oponerse al uso de la violencia como medio de control social en todas sus manifestaciones: guerra, violencia de los hombres contra las mujeres, violencia de los adultos hacia los niños, violencia adolescente, violencia racial, etc.", resaltando que "los esfuerzos feministas para poner fin a la violencia de los hombres contra las mujeres deben expandirse a un

movimiento para acabar con todas las formas de violencia"[84]. No podría estar más de acuerdo con ella.

Por otro lado, la gran poeta Audre Lorde alguna vez escribió que "las herramientas del amo nunca derribarán la casa del amo"[85]. Me encanta esta frase, porque me parece que allí se recoge una lección importante y es que el odio y la violencia —o sea las herramientas tradicionales de la sociedad machista en la que vivimos— jamás van a generar una verdadera transformación social.

En cambio, pienso que la clave está en empezar por este famosísimo texto que escribió Martín Luther King Jr., que, sin exagerar, considero uno de los párrafos más valiosos que se han escrito en la historia de la humanidad: "Devolver el odio por el odio multiplica el odio, agregando una oscuridad más profunda a una noche ya desprovista de estrellas. La oscuridad no puede expulsar a la oscuridad; solo el amor puede hacer eso. El odio no puede expulsar el odio; solo el amor puede hacer eso. El odio multiplica el odio, la violencia multiplica la violencia y la dureza multiplica la dureza en un espiral descendente de destrucción"[86].

Una verdadera transformación social implica cuestionar todos los sistemas religiosos, políticos, culturales y sociales que resultan en actos de discriminación y maltrato. El cambio solo será posible si adoptamos una actitud de cero tolerancia ante la violencia patriarcal, racista, xenofóbica, homofóbica, transfóbica, etc., eligiendo la no violencia como el único camino para interrumpir el espiral descendente de destrucción.

---

62 Daniela Blandón Ramírez. "Una mujer es asesinada cada dos horas en América Latina por el hecho de ser mujer". *France 24,* 3 de marzo de 2020, https://www.france24.com/es/20200303-dia-de-la-mujer-feminicidios-latinoamericano-violencia-genero. Acceso el 22 de junio de 2021.

63 UN Women. "Facts and Figures: Ending Violence Against Women". *UN Women,* https://www.unwomen.org/en/what-we-do/ending-violence-against-women/facts-and-figures Acceso el 11 de mayo de 2021.

64 *Idem*

65 World Health Organization (WHO). "Preventing unsafe abortion" Fact Sheets. *World Health Organization,* https://www.who.int/news-room/fact-sheets/detail/preventing-unsafe-abortion Acceso el 9 de marzo de 2021.

66 Cuando me refiero a violencia contra las mujeres acojo la definición de este término propuesta por las Naciones Unidas: "Todo acto de violencia de género que resulte en, o pueda tener como resultado, un daño físico, sexual o psicológico para la mujer, inclusive las amenazas de tales actos, la coacción o la privación arbitraria de la libertad, tanto si se producen en la vida pública como en la privada".

67 Kate Millet. *Sexual Politics.* Nueva York: Avon Books, 1971. p. 68.

68 CARE. "Counting the Cost: The Price Society Pays for Violence Against Women". *CARE*, https://www.care-international.org/files/files/Counting_the_costofViolence.pdf Acceso el 12 de mayo de 2021.

69 Rebecca Solnit. "The Longest War" en *Men Explain Things to Me.* Chicago: Haymarket Books, 2014. p. 29.

70 De acuerdo con la Organización Mundial de la Salud, esta incluye "todo acto sexual, la tentativa de consumar un acto sexual, los comentarios o insinuaciones sexuales no deseados, o las acciones para comercializar o utilizar de cualquier otro modo la sexualidad de una persona mediante coacción por otra persona, independientemente de la relación de esta con la víctima, en cualquier ámbito, incluidos el hogar y el lugar de trabajo".

71 Ana de Miguel Álvarez. "La construcción de un marco feminista de interpretación: la violencia de género". *Cuadernos de Trabajo Social,* vol. 18, 2005, p. 239.

72 Animal Político. "6 millones de víctimas de violencia sexual y 99% de casos sin investigar en el segundo semestre de 2019". *Animal Político,* 22 de enero de 2020, https://www.animalpolitico.com/2020/01/victimas-violencia-sexual-cifra-negra-2019/. Acceso el 22 de junio de 2021.

73 Sisma Mujer. "Comportamiento de las Violencias Contra las Mujeres en el Marco de la Pandemia del Covid-19 en Colombia". *Sisma Mujer.* Disponible en: https://www.sismamujer.org/wp-content/uploads/2019/07/Boleti%CC%81n-Sisma-Mujer-COVID-19-y-DH-de-las-mujeres-en-Colombia.pdf Acceso el 22 de junio de 2021.

74 Ana de Miguel Álvarez. "La construcción de un marco feminista de interpretación: la violencia de género". *Cuadernos de Trabajo Social,* vol. 18, 2005, p. 240.

75 Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC). "Home, the most dangerous place for women, with majority of female homicide victims worldwide killed by partners or family, UNODC study says". *Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC),* 25 de noviembre de 2018 https://www.unodc.org/unodc/en/frontpage/2018/November/home-the-most-dangerous-place-for-wornen-with-majority-of-female-homicide-victims-worldwide-killed-by-partners-or-family–unodc-study-says.html?ref=fs2. Acceso el 22 de junio de 2021.

76 UN Women. "The Shadow Pandemic: Violence against women during COVID-19". *UN Women,* https://www.unwomen.org/en/news/in-focus/in-focus-gender-equality-in-covid-19-response/violence-against-women-during-covid-19. Acceso el 22 de junio de 2021.

77 Sisma Mujer. "Comportamiento de las Violencias Contra las Mujeres en el Marco de la Pandemia del Covid-19 en Colombia". *Sisma Mujer.* Disponible en: https://www.sismamujer.org/wp-content/uploads/2019/07/Boleti%CC%81n-Sisma-Mujer-COVID-19-y-DH-de-las-mujeres-en-Colombia.pdf Acceso el 22 de junio de 2021. p. 4.

78 ONU Mujeres Colombia. "Feminicidio". ONU Mujeres Colombia, https://colombia.unwomen.org/es/como-trabajamos/violencia-contra-las-mujeres/feminicidio Acceso el 11 de mayo de 2021.

79 El Espectador. “América Latina es la región más violenta del mundo contra las mujeres,” *El Espectador,* 22 de noviembre de 2017, https://www.elespectador.com/noticias/el-mundo/america-latina-es-la-region-mas-violenta-del-mundo-contra-las-mujeres/. Acceso el 22 de junio de 2021.

80 Rebecca Solnit. “The Longest War” en: *Men Explain Things to Me.* Chicago: Haymarket Books, 2014. p. 21.

81 Mark Follman. “Armed and Misogynist: How Toxic Masculinity Fuels Mass Shootings.” *Mother Jones,* mayo/junio del 2019, https://www.motherjones.com/crime-justice/2019/06/domestic-violence-misogyny-incels-mass-shootings/. Acceso el 22 de junio de 2021.

82 Julie Bosman, Kate Taylor y Tim Arango. “A Common Trait Amongst Mass Killers: Hatred Towards Women,” *New York Times,* 20 de agosto de 2019, https://www.nytimes.com/2019/08/10/us/mass-shootings-misogyny-dayton.html. Acceso el 22 de junio de 2021.

83 Lois Beckett. “The Misogynist Incel Movement is Spreading. Should it Be Classified as a Terror Threat?”. *The Guardian,* 3 de marzo de 2021, https://www.theguardian.com/lifeandstyle/2021/mar/03/incel-movement-terror-threat-canada . Acceso el 22 de junio de 2021.

84 bell hooks. *Feminist Theory from Margin to Center.* Nueva York: Routledge, 2015. p. 132.

85 Audre Lorde. *The Master’s Tools Will Never Dismantle the Master’s House.* Londres: Penguin Random House UK, 2017.

86 Martin Luther King Jr. *Strength to Love.* Cleveland, OH: Fortress Press Gift Edition, 2010. p. 47.

CAPÍTULO 6

El mito de la feminista histérica

La verdad te liberará, pero primero te enfurecerá.

— GLORIA STEINEM

Siempre empieza con un nudo en el estómago, con un calor que nace en el centro del torso e irradia por todo el cuerpo hasta hervir la sangre que en instantes llega a la cabeza. Lo que sigue es el corazón acelerado. Un taco en la garganta. Los dientes tensionados. La lengua contenida contra el paladar. A veces, alcanza a llegar el susurro de mis pensamientos que me dice: "Cálmate, cuenta hasta diez, no dejes que la rabia te controle. No seas *esa* persona". Cuando estos pensamientos ganan, mis episodios de rabia empiezan y culminan en silencio, pero a veces, la rabia emana de mí a borbotones incontrolables, como el agua de una represa que acaba de estallar. Al final, nunca falta el sinsabor provocado por la vergüenza de encarnar una y otra vez una emoción que, a pesar de ser prohibida, no tiene ni la menor intención de desaparecer de mi vida.

Siempre he sido "la brava".

"Salomé es muy brava" es una frase que estoy acostumbrada a escuchar desde que tengo uso de razón. También he sido la líder, la buena hija, la buena hermana y la inteligente. Pero he habitado todas esas virtudes con la sombra de mi rabia persiguiéndome a donde vaya. En mi rabia me he sentido sola. Me he sentido exagerada, rota, incomprendida. Me he sentido por fuera de los límites del deber ser.

No es fácil aceptarlo, porque la brava es la problemática, la que no le cae bien a todo el mundo, la que hace mala cara porque sí. ¿Y para qué negarlo? Quiero caerle bien a la gente. A ratos me duele pensar que los demás me consideran mala por mi semblante incontrolable. Lo que pasa es que la mala cara es mi cara normal. Es la cara con la que salgo a la calle para enfrentar piropos desagradables, la que me hace sentir tranquila cuando tomo un taxi, la que mantiene alejados a tipos que quieren pasarse de la raya. Es mi escudo, mi manera de encontrar seguridad, de exigir respeto y de poner límites en un mundo en el que mis límites son cuestionados.

A pesar de mi relación íntima con esta emoción, la rabia suele ser un sentimiento incómodo. Infinitas veces he pensado que es uno de los sentimientos que quisiera eliminar por completo de mi vida. Me ha traído problemas, confrontaciones y discusiones que me hubiera gustado evadir.

Aunque por mucho tiempo pensé que mi relación con la rabia no tenía nada que ver con el género, el dejo de vergüenza que siempre acompaña a esta emoción me ha hecho sentir como una mujer inadecuada. He fantaseado con navegar el mundo en un estado de paz perpetua, con cambiar por completo esa parte de mi ser y así encajar en el modelo de la mujer suave, sumisa y amable que la sociedad ha creado para mí. Pero luego pienso en lo que mi rabia me ha dado y no sé qué haría sin ella.

*** * ***

Ser una mujer que siente rabia en Latinoamérica es una experiencia alienante. Si bien la rabia debería ser considerada una emoción humana como cualquier otra, no es difícil evidenciar la forma en la que este sentimiento se cuestiona y se ve como inadecuado cuando habita en las mujeres, y se alienta e incluso se aplaude, cuando habita en los hombres.

He escuchado tantas veces el argumento, bastante desgastado por cierto, de que los hombres por naturaleza sienten más rabia que las mujeres, que veo necesaria una aclaración antes de seguir adelante. Hace rato considero sospechoso cualquier argumento que justifique patrones culturales a partir de qué es natural o qué no. Pero si queda la duda, ha habido múltiples estudios dedicados a refutar esta creencia errónea.

Esta idea fue rebatida por una investigación realizada por científicas de la Southwest Missouri State University en el año 2000, quienes encontraron que, en contra de la creencia popular de que los hombres sienten más rabia que las mujeres, las mujeres sienten la misma cantidad de rabia que los hombres[87].

De manera similar, un estudio adelantado por Ann M. Kring, profesora de psicología en la Universidad de California Berkeley, determinó que los hombres y las mujeres reportan episodios de rabia con niveles de frecuencia parecidos, pero las mujeres afirman que experimentan más rabia y vergüenza después de estos episodios que sus contrapartes masculinas[88]. Así que no se trata de que no sintamos rabia, sino más bien de los límites culturales y las consecuencias que nos han sido impuestas por expresar esta emoción.

En su libro *Enfurecidas: Reivindicar el poder de la ira femenina,* la activista feminista Soraya Chemaly cita una investigación de la UCLA, según la cual la rabia se considera una emoción masculina que es aceptada e incluso esperada en los hombres, mientras que "cuando las mujeres tienen una emoción negativa, la expectativa es que expresen su disgusto a través de la tristeza y no la rabia"[89].

Claro que los hombres van a sentirse más cómodos sintiendo y expresando su rabia cuando, desde siempre, esta emoción ha definido su virilidad e identidad masculina. Por supuesto que las mujeres vamos a sentirnos incómodas con este sentimiento cuando, desde siempre, nos han dicho que es una emoción que no podemos habitar o que debemos soportar en silencio.

Como todos los sentimientos, la rabia se experimenta en un espectro. Si a un lado de ese espectro está la ira y al otro lado la tranquilidad, es interesante ver como este es muy parecido, por no decir igual, al espectro de lo que por tradición hemos aceptado como masculino o femenino. Entre más bravo esté un hombre, más cumple con las normas de masculinidad que le han sido trazadas en la sociedad, y entre más brava esté una mujer, más se aleja de las normas de feminidad que le han sido asignadas por nuestra cultura. La rabia es el antónimo de lo femenino.

Este doble rasero se puede observar en algo en apariencia tan mundano como el lenguaje que utilizamos día a día. Para expresar su rabia, los

hombres son exhortados a utilizar insultos de forma desmesurada (insultos que, por cierto, casi siempre contienen alguna ofensa hacia sus contrapartes femeninas). “Hijueputa” o “malparido” son pan de cada día para el macho latinoamericano. Por otro lado, si una mujer “adecuada” llega a sentir rabia, jamás debe expresar este sentimiento y menos a través de este tipo de improperios, si no quiere ser tildada de grosera, boquisucia o poco refinada.

La forma en la que entendemos la rabia en esta sociedad patriarcal tiene efectos reales en nuestras vidas.

Otra investigación realizada en el 2008 por Victoria L. Brescoll y Eric Luis Uhlmann reveló que “las mujeres están sujetas a reacciones negativas por expresar enojo en entornos profesionales, incluso mientras que a los hombres se les otorga un estatus más alto por las mismas manifestaciones emocionales”[90]. Nuestras creencias sobre la rabia y el género influencian la posición social de los hombres y las mujeres.

Aún peor es el hecho de que las manifestaciones de rabia masculinas suelen ser peligrosas, tóxicas e incluso asesinas. Así, no debería sorprendernos que el 95 % de los homicidios a nivel mundial sean cometidos por hombres[91].

Desde la niñez, los hombres son socializados para entender la rabia como un sentimiento natural que puede manifestarse a través del juego, con todo tipo de espadas y pistolas plásticas, que casi siempre están fuera del alcance de las niñas. Más adelante, la expectativa es que manifiesten su rabia a través de la violencia verbal y física.

Por ejemplo, las peleas de puños son una simple ocurrencia más de la vida del hombre promedio en Latinoamérica. Yo presencié muchísimas de estas cuando estaba en el colegio. El motivo, por lo general, podía atribuirse a discusiones sobre una mujer, como que alguno miró a la novia de otro o porque se atrevió a sacarla a bailar. Y claro, podríamos cuestionar una y otra vez por qué normalizamos este tipo de territorialidad en las relaciones de pareja, pero enfocándonos en la rabia que subyace a estas peleas, la expresión de la ira masculina a través de la violencia es algo aceptable y normalizado.

Como muchas de las mujeres que me rodeaban en mi infancia y adolescencia, jamás se me pasó por la cabeza cuestionar por qué los hombres podían estallar sin mecha, agarrarse a golpes y hacerse daño para

expresar su rabia, mientras que nosotras teníamos que ser criaturas suaves, tragarnos cada átomo de ira y jamás participar en peleas de puños. Nunca cuestioné por qué las mujeres sentimos tanto miedo y tanta aversión hacia este sentimiento y por qué no existían espacios seguros para manifestar la rabia femenina. Esta tan solo era una diferencia más entre hombres y mujeres que yo aceptaba bajo la creencia de que era lo natural.

Ahora evaluemos la manera en la que las mujeres latinoamericanas podemos o no sentir y expresar nuestra rabia. Desde pequeñas nos enseñan que cualquier manifestación de esta emoción debe ser tratada como un defecto en nuestro sistema. Somos socializadas para comprar paz. La rabia femenina se siente de adentro hacia adentro, y si estamos cumpliendo con los patrones culturales adecuados, esa rabia nunca debe encontrar salida. Tarde o temprano termina por carcomernos.

Algunos dicen que la rabia femenina no es el problema en sí, sino que molesta la forma en la que nos expresamos. Que podemos sentir lo que queramos, pero que no seamos tan emocionales o tan exageradas. El problema es el tono o el volumen de nuestra voz. El problema es que somos disruptivas. Y mientras nos fiscalizan la forma y el tono de nuestras expresiones de rabia, siguen ignorando por completo la forma en la que socializamos a los hombres latinoamericanos para expresar su rabia a través de la violencia machista.

Cuando algunas mujeres nos salimos de este mandato cultural, nuestra rabia no se toma en serio, y en cambio, se ridiculiza o se achaca a cambios hormonales. Una mujer brava deja de ser humana para convertirse en una perra, zorra, loca, gritona e histérica.

En América Latina la prohibición de la mujer rabiosa ha sido utilizada para fortalecer creencias racistas y clasistas. Así, una mujer "desquiciada" suele ser considerada una "verdulera", como si vender verduras en la plaza fuera un insulto en sí, o una "india", como si ser indígena fuera algo despreciable.

La palabra histeria —que se deriva de *hystera,* útero en griego— tiene una historia muy diciente sobre la forma en la que aún conceptualizamos la rabia femenina en la modernidad. La histeria fue una de las primeras enfermedades mentales atribuidas solo a las mujeres. La académica feminista Elaine Showalter, autora del ensayo *Hysteria, Feminism, and*

Gender (Histeria, feminismo y género), explica que "histeria" era la palabra utilizada para describir: "Cualquier manifestación emocional más allá de los límites estrictos de lo aceptable". En cuanto a la politización de la palabra alrededor de la mujer, Showalter precisa que "empezó en 1890 cuando comenzaba el movimiento de las sufragistas y surgía la "nueva mujer": una mujer independiente, desafiante, segura de sí misma, osada y dueña de sus emociones". Y agrega que "hablar en público era un tabú muy grande [para las mujeres] y se consideraba muy poco femenino; no importaba cómo se hiciera, se atacaba por ser una muestra de histeria"[92].

Estas expectativas aún son impuestas sobre las mujeres latinoamericanas que se atreven a participar en política. Mientras los hombres políticos que expresan su rabia en público se tildan de "berracos" y con los pantalones bien puestos, porque generan confianza para la ciudadanía, aquellas mujeres políticas que se atreven a expresar su rabia en público se ridiculizan e infantilizan. Sus manifestaciones de rabia se tratan como un trastorno y como una razón para desconfiar de sus capacidades para gobernar. Estos ataques basados en el género y dirigidos a mujeres son aplicables a políticas de derecha e izquierda por igual.

En Colombia, a Claudia López, la actual alcaldesa de Bogotá, la caracterizan como gritona e histérica día de por medio por atreverse a habitar emociones mal llamadas masculinas. Algo similar sucede con la senadora Paloma Valencia, quien aboga por pensamientos políticos opuestos a los de López. En Argentina, Cristina Kirchner, ha sido calificada como loca, histérica y hasta orgásmica[93], y en Brasil algo parecido sucedió con la también expresidenta Dilma Rousseff[94].

No puedo dejar pasar la forma en la que la rabia femenina merece tan poco respeto en nuestra región, que en ocasiones se ridiculiza y desvía para considerarse como un elemento que hace más interesante el reto de conquista para los hombres. Muchas, sino todas, hemos escuchado la idea de que una mujer brava es una amargada que lo único que necesita para relajarse es sexo con un hombre, por supuesto. En ocasiones, las expresiones de rabia de una mujer son un factor que pone en peligro su integridad. Una mujer brava es un animal salvaje que hay que calmar y adiestrar a toda costa. Un ejemplo más de lo deshumanizante que es el sexismo.

Las telenovelas latinoamericanas suelen reflejar con claridad insólita los valores reforzados por nuestra cultura. Así, *La potra zaina,* una telenovela colombiana que se estrenó a principios de los años noventa, ilustra esto de manera ideal. La protagonista, Soledad Ahumada (interpretada por Aura Cristina Geithner) era una mujer criada en los llanos colombianos con un carácter indómito, que en últimas la convirtió en un objetivo de conquista en la región. Soledad termina casándose a la fuerza con Daniel Clemente (interpretado por Miguel Varoni), quien intenta controlarla de manera violenta. El cartel de promoción de la novela rezaba: "El desafío hecho mujer". Así, mientras un hombre con rabia en Latinoamérica es alguien a quien debemos temer y respetar, una mujer con rabia es un objetivo de conquista que debe ser sometida, a toda costa y sin importar su voluntad.

Con este tipo de creencias culturales se forjan modelos de ira insostenibles. Surgen hombres envalentonados para callar y domar mujeres como sea. Crecen mujeres que se sienten inseguras sobre sus propios sentimientos, incluso cuando sus cuerpos dicen con claridad que van a explotar de la ira. Un sentimiento humano y normal se vuelve crónico e imposible de manejar cuando no se nos permite expresarlo.

* * *

La feminista furiosa es una mujer desquiciada que empezó por quemar brasieres, pero tiene la intención de quemarlo todo. De su boca no salen palabras sino fuego. De sus ojos emanan rayos de ira con una capacidad destructiva inconmensurable. La feminista furiosa es un ser irracional, impredecible y peligroso. Está obsesionada y llena de odio hacia los hombres. Está histérica porque sí. Razonar con ella es imposible.

Como ya lo he dicho, el arquetipo de la feminista furiosa ha sido creado para producir miedo. Para denigrar al movimiento al sobreentender que toda mujer que se denomine feminista va a considerarse loca e histérica. Esta caricaturización se ha utilizado desde siempre para descalificar y deslegitimar al feminismo, porque la rabia es vista como algo prohibido para el género femenino. Como lo último que una mujer adecuada debería sentir.

Si la rabia ha sido un sentimiento prohibido para la mujer latinoamericana, no debería sorprendernos que un grupo de mujeres que tiene la osadía de expresar este sentimiento por fuera de los límites del deber ser sea satanizado. Una feminista en nuestra región es una mujer que se permite manifestar todas las emociones humanas. Una feminista en nuestra región es una mujer sin vergüenza, o sinvergüenza, dependiendo quién la describa.

Todos estos argumentos en contra de la rabia femenina tienen el propósito de silenciar el grito de injusticia que, desde el feminismo y con valentía, nos hemos permitido vociferar. Si la expectativa social es que como mujeres seamos suaves, tranquilas y dóciles, y el feminismo propone que las mujeres seamos tratadas como seres humanos que expresan sus sentimientos sin pedir excusas, pues ya podrán imaginarse por qué el feminismo incomoda tanto, y por qué es tan exitoso el mito de la feminista furiosa.

La forma en la que a las mujeres se nos ha prohibido encarnar la rabia dice bastante sobre la manera en que nuestra sociedad prohíbe a las mujeres vivir a plenitud la experiencia humana. Una mujer furiosa es inadecuada y peligrosa para un sistema construido sobre expectativas de suavidad y sumisión femenina.

Sé que el objetivo detrás de este mito es generar miedo, porque esto lo viví en carne propia. Como ya lo he dicho, durante años le corrí al feminismo y juzgué a sus proponentes bajo la creencia de que todas las feministas eran rabiosas y estaban mal de la cabeza. Yo utilicé la palabra "feminazi" durante casi toda mi carrera universitaria para referirme a las profesoras feministas de la facultad. Y debo aceptar que mi rechazo hacia el feminismo estaba relacionado con mi miedo a ser considerada una histérica oficial. Oficial, porque, en realidad, la rabia ya era una emoción bastante presente en mi vida. Y en retrospectiva, entiendo que mi verdadero miedo era encarnar una emoción prohibida que jamás me había permitido sentir sin vergüenza. Le tenía pánico a ser considerada una mujer inadecuada.

Cuando reflexiono sobre la manera en la que mi vida cambió después del feminismo, siempre pienso en lo reconfortante que fue sentirme cien por ciento humana por primera vez. Aunque no me lo esperaba, en el feminismo he encontrado un lugar seguro para mi rabia y he podido

empezar a reconciliarme con esta parte de mí misma. Con rapidez me he sentido en casa en estos espacios sociales extraños en los que está bien sonreír solo cuando me siento segura de querer hacerlo, en los que mis sentimientos "inadecuados" no son satanizados sino aplaudidos, y donde mi mala cara solo es considerada una cara más.

Allí no me he sentido por fuera de los límites del deber ser. Al contrario, he entendido que hay muchas razones para sentir rabia y que lo loco sería no sentirla en absoluto. He entendido que la furia feminista es irracional para quien no se ha tomado el trabajo de mirar más allá de la comodidad de su ignorancia y se ha hecho la pregunta de por qué y para qué existe el feminismo.

Hay una cita maravillosa de la activista feminista Gloria Steinem, que resume a la perfección la relación entre la rabia y el feminismo, y mi propia experiencia con el tema: "La verdad te liberará, pero primero te enfurecerá". La rabia es una consecuencia sensata dentro del proceso de toma de conciencia feminista. Es normal sentir furia al abrir los ojos ante nuestra cruda realidad patriarcal.

Siento rabia porque hemos crecido en una sociedad que se niega a reconocer a la mujer como un ser humano. Una sociedad que se ha empeñado en hacernos creer que nuestro cuerpo no es nuestro, y que, de hecho, es tan ajeno a nosotras que lo más probable es que una o varias veces vayamos a tener que soportar que otros hagan lo que quieran con él. Desde agarrarnos en el transporte público u obligarnos a llevar a término un embarazo no deseado, hasta algo tan tenebroso como violarnos en grupo. Si somos tan afortunadas como para que una cosa de estas jamás nos suceda, seguro tendremos a una hermana, una madre, una amiga cercana o una compañera de trabajo que sí lo haya padecido. Tenemos que vivir con esta realidad y no podemos sentir rabia al respecto. Si la llegamos a sentir no la podemos expresar, porque a nadie le gustan las mujeres furiosas, porque calladitas nos vemos más bonitas y lo más importante es eso: vernos bonitas, porque parece que existimos solo por y para los demás.

El feminismo les dice adiós a estas expectativas absurdas y, por el contrario, reconoce que las mujeres sentimos rabia y con razón. Que, como seres humanos, no tenemos que pedir permiso, ni perdón, por habitar todas las emociones. El feminismo es un espacio para legitimar nuestra realidad y

para entender que no solo está bien sentir rabia, sino que tenemos derecho a que así sea.

En este mundo en donde hay una lista eterna de razones para sentir rabia, sentirnos seguras para dejar salir ese fuego que llevamos dentro es reconfortante. En el feminismo mi rabia ha podido expresarse de manera espontánea, sin tapujos, ni miedo a retaliaciones, y así me he sentido libre de verdad.

Se preguntarán, entonces, ¿cuál es el reclamo del feminismo? ¿Que las mujeres podamos habitar la rabia de manera perpetua? ¿Que podamos expresar la rabia de la misma forma en la que hemos alentado a los hombres a manifestar la rabia violenta? No. No creo que este movimiento sea sinónimo de furia, ni de apología a la rabia, sino una apuesta por aceptar la existencia justa de esta rabia en la humanidad sin que el género determine quién, cómo y cuándo podemos sentirla.

Desde aquí es posible cuestionar por qué seguimos alimentando patrones culturales tóxicos cuando de rabia se trata. ¿Por qué no exploramos y abogamos por formas más sanas de habitar este sentimiento? ¿Por qué aceptamos que la rabia masculina pueda ser una excusa para la violencia y que la rabia femenina no debería existir?

El feminismo es una apuesta por tomarnos la ira en serio. El reclamo es que, como humanas, las mujeres también deberíamos poder habitar esta emoción sin tener que sentir vergüenza al respecto. E incluso, que los hombres no tienen que habitar esa rabia de manera permanente y violenta para cumplir con expectativas absurdas de masculinidad.

En su célebre ensayo *Uses of Anger: Women Respond to Racism* (*Usos de la ira: Las mujeres le responden al racismo)*, la feminista Audre Lorde escribe que su miedo a la rabia jamás le enseñó nada y que nuestro miedo a este sentimiento tampoco nos enseñará nada. En cambio, afirma que la rabia es una emoción "cargada de información y energía"[95].

La rabia es un sentimiento poderoso que merece ser escuchado y utilizado. Después de todo, es un mensaje directo de nuestra intuición. Es una brújula clara de que estamos ante una situación que irrespeta nuestros límites sobre lo que está bien o está mal, sobre lo que es justo o no. Utilicémosla para generar cambios duraderos, para rechazar lo que no tenemos por qué permitir y para exigir nuestros derechos.

Como bien lo explica Soraya Chemaly en *Enfurecidas: Reivindicar el poder de la ira femenina,* "las personas que pueden procesar su rabia y darle un significado son más creativas, más optimistas, tienen más intimidad y resuelven mejor los problemas". Permitirnos sentir nuestra rabia es necesario para encarnar la mejor versión de nosotras mismas.

A la vez es real que expresar rabia ante situaciones de injusticia tiene la capacidad de traer más paz externa e interna a nuestras vidas y, por extensión, a la humanidad entera. En su charla TED, *How to Make Peace? Get Angry* (*¿Cómo hacer la paz? Póngase bravo)*, el premio Nobel de Paz Kailash Satyarthi aconseja a cualquiera que quiera cambiar el mundo para bien que se enoje con la injusticia, al explicar que su legado de paz no hubiera podido existir si él no hubiese manifestado su indignación[96].

La rabia es un sentimiento prohibido para la mujer latinoamericana porque de ella emanan acciones, críticas y exigencias de justicia. El antónimo de este sentimiento no es la felicidad sino la indiferencia. La rabia es una manifestación de empatía y una reacción necesaria frente a todo lo que está mal en el mundo. Cuando nos dicen que no deberíamos estar tan bravas, o que nuestra ira es producto de una exageración, lo que nos están diciendo es que miremos hacia el otro lado. Que nos quedemos en la apatía y nos conformemos con nuestra realidad.

Tengo que retomar el asunto de que se cuestione tanto la forma cuando de rabia feminista se trata, porque, repito, esta suele ser la mayor obsesión de quienes se rehúsan aceptar la existencia de este sentimiento en las mujeres. Equiparar la rabia feminista con odio y violencia es la táctica por excelencia para demeritar y descartar los reclamos del feminismo. Lorde también se refiere a esto en su magnífico ensayo *Uses of Anger: Women Respond to Racism* (*Usos de la rabia: Las mujeres le responden al racismo).* Allí afirma que el odio y la rabia son muy diferentes, pues "el odio es la furia de aquellos que no comparten nuestros objetivos, y su propósito es la muerte y la destrucción. La rabia es el duelo de distorsiones entre pares y su objetivo es el cambio"[97].

Y sí, es cierto que en nombre del feminismo ha habido manifestaciones de violencia. A veces resultan personas lesionadas o monumentos vandalizados, como sucedió en Ciudad de México en el 2019 durante la marcha por el Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra la

Mujer[98]. Sin embargo, esta violencia no es inherentemente feminista. Y ninguna manifestación feminista ha sido más grave que la violencia contra la que se está protestando. Se está protestando por feminicidios, desapariciones de mujeres, violaciones y acoso, por nombrar solo algunas de las razones detrás de las marchas. Deberíamos preguntarnos, entonces, ¿por qué nos incomoda más una marcha catártica donde la mayor pérdida son bienes materiales, que la violencia machista que destruye incontables vidas a diario?

Con esto y todo, sería simplista no reconocer que dentro del feminismo a veces se sobrevalora la rabia como una herramienta que tiene la capacidad de lograrlo todo. Múltiples veces he visto escenarios en los que se ha querido abogar por la rabia eterna como un fin y no un medio, y otros en los que se ha cuestionado a aquellas que no habitan su rabia todos los días de la semana. He visto llamados a quedarnos bravas, a no olvidar lo bravas que nos sentimos, a creer que la rabia femenina por sí sola cambiará el mundo, y a abrazar el estereotipo de la feminista histérica, dando a entender que hay que habitar la rabia eterna para poder llamarnos buenas feministas.

Pienso en este llamado a la furia permanente como un ejemplo más de la idea del sacrificio femenino. ¡Una expectativa de la que ni siquiera nos hemos podido librar dentro del feminismo! Las mujeres todavía nacemos para sacrificarnos de manera infinita y desinteresada por causas consideradas más grandes que nosotras, que no son solo la mayoría, sino todas. Este llamado a la furia permanente espera que ofrezcamos tiempo, recursos y enfado al movimiento. Que nos convirtamos en un arma contra el patriarcado, porque nuestra rabia, sin importar su costo personal, es la ruta definitiva hacia el progreso político.

Estas ideas que buscan la equivalencia del nivel y la perpetuación de nuestra rabia al poder de nuestro feminismo suenan bastante parecidas a aquellas que desde siempre nos han dicho que nuestra feminidad solo es tan poderosa como el ancho de nuestras sonrisas. Me sorprende ver cuántas de las mismas mujeres que han luchado con pasión por la libertad se apresuran a crear un conjunto estricto de reglas que definen qué es ser “lo suficientemente feministas”. Y es algo que preocupa porque, así como no quiero estar calladita para verme más bonita, no quiero tener que habitar mi rabia todos los días de la semana para ser una feminista de verdad.

Veo este llamado a "quedarnos bravas" como algo bastante problemático, porque, aunque la rabia es una reacción normal y necesaria, no creo que sea la meta de nuestra lucha. Hay una diferencia importante entre construir un mundo libre en el que podamos sentir rabia y creer en el mito de que hay que *ser* bravas para poder ser feministas. Es distinto dejar sentir y dejar que un sentimiento defina nuestro ser.

Al crear estrictos modelos de deber ser que niegan la posibilidad de habitar todas las emociones humanas con libertad, estamos reproduciendo las mismas ideas patriarcales que tanto criticamos. ¿Y para qué es el feminismo si no es para que las mujeres seamos libres? Si el feminismo solo es un movimiento para quedarnos en la rabia o para dejar que esa rabia nos consuma, veo valiosas oportunidades perdidas. Si no hay algo más grande que sentir esa rabia, no entiendo muy bien por qué estamos haciendo todo esto. Después de todo, para parafrasear a Emma Goldman, ¿cuál es el sentido de la revolución si no podemos gozar?

* * *

Concedo que se me facilita utilizar la rabia y disfrutar, luego, de verdadera paz, cuando por fin me permito estar brava por más de un segundo, cuando por fin abro la puerta para que el sentimiento revele lo que vino a decir. Y sobre todo, cuando dejo de castigarme a mí misma por su presencia y solo la observo, porque sé que ignorarla no va a hacer que desaparezca, porque recuerdo que habitar todas mis emociones, sin juicios, es un gran acto de libertad.

Antes del feminismo, siempre sentí que mi rabia era infundada, ridícula, problemática e inadecuada; desde el feminismo aprendí a abrazar esa rabia y a entenderla como un sentimiento humano más.

Siento rabia por asuntos colosales, como que en el año 2021 aún tenga que explicarles a otros que ser mujer no debería hacerme menos humana; y también siento rabia por ocurrencias cotidianas, como cuando tengo que soportar piropos desagradables de camino a casa. Siento rabia por la culpa que conlleva sentir rabia, y a veces, me siento atrapada en un círculo vicioso. Experimento cansancio, en especial durante épocas en las que parece que la rabia llega para quedarse, y a veces me pregunto si hubiera

sido mejor seguir anestesiada, en la mentira que estaba viviendo antes de permitirme ver el mundo a través de una lente feminista. Pero otra vez pienso en las palabras de Steinem y recuerdo que mi rabia tiene una razón de ser. Y que, en un mundo patriarcal, la rabia es la antesala de la liberación.

Mi rabia ha sido una expresión poderosa de mi intuición, pues me dice cuándo algo anda bien o mal. Ese nudo en el estómago, ese calor que hierve la sangre y acelera el corazón, me ha dado la valentía para poner límites necesarios, me ha recordado que tengo derechos, me ha alertado sobre situaciones injustas, y cuando me he permitido escucharla, he entendido la razón de su existencia.

---

87 Hannah Devlin. "Science of Anger: How Gender, Age and Personality Shape this Emotion", *The Guardian,* 12 de mayo de 2019, https://www.theguardian.com/lifeandstyle/2019/may/12/science-of-anger-gender-age-personality Acceso el 22 de junio de 2021.

88 Jamison, Leslie, "Lungs Full of Burning" en: *Burn it Down Women Writing About Anger* (editado por Lilly Dancyger). Nueva York: Seal Press, 2019. pp. 7-23.

89 Soraya Chemaly. *Rage Becomes Her.* Nueva York: Atria, 2019. p. 4.

90 Victoria L. Brescoll y Eric Luis Uhlmann. "Can an Angry Woman Get Ahead?: Status Conferral, Gender, and Expression of Emotion in the Workplace." *Psychological Science,* vol. 19, nro. 3, marzo de 2008, pp. 268-275. Doi: https://doi.org/10.1111/j.1467-9280.2008.02079.x

91 Margarita Rodríguez. "Cerca de 95% de los homicidas en todo el mundo son hombres... ¿Por qué las mujeres matan menos?," *BBC Mundo,* 20 de octubre de 2016, https://www.bbc.com/mundo/noticias-37433790. Acceso el 22 de junio de 2021.

92 Maya Salam. "No estás 'loca': estás luchando por lo que quieres". *The New York Times,* 1 de marzo de 2019, https://www.nytimes.com/es/2019/03/01/espanol/serena-williams-nike.html. Acceso el 22 de junio de 2021

93 El País. "Me llamaron loca, histérica, orgásmica". *Página 12,* 26 de abril de 2019, https://www.pagina12.com.ar/189903-me-llamaron-loca-histerica-orgasmica. Acceso el 22 de junio de 2021.

94 Ani Hao. "In Brazil, women are fighting against the sexist impeachment of Dilma Rousseff". *The Guardian,* 5 de julio de 2016, https://www.theguardian.com/global-development/2016/jul/05/in-brazil-women-are-fighting-against-the-sexist-impeachment-of-dilma-rousseff. Acceso el 22 de junio de 2021.

95 Audre Lorde. "The Uses of Anger: Women Responding to Racism" en: *Sister Outsider.* Berkeley: Crossing Press, 2007. p. 127.

96 Kailash Satyarthi. "How to Make Peace? Get Angry". TED2015, marzo 2015. https://www.ted.com/talks/kailash_satyarthi_how_to_make_peace_get_angry

97 Audre Lorde. “The Uses of Anger: Women Responding to Racism” en *Sister Outsider.* Berkeley: Crossing Press, 2007. p. 129.

98 Forbes México. “Reclamo de justicia, vandalismo y lesionados, saldo de la marcha feminista,” *Forbes México,* 25 de noviembre de 2019, https://www.forbes.com.mx/reclamo-de-justicia-vandalismo-y-lesionados-saldo-de-la-marcha-feminist/ Acceso el 22 de junio de 2021.

CAPÍTULO 7

Abandonar la vergüenza para abrazar el placer

En contacto con lo erótico, me vuelvo menos dispuesta a aceptar la impotencia o esos otros estados del ser que no son nativos a mí, como la resignación, la desesperación, la vergüenza, la depresión, la abnegación.

— AUDRE LORDE

No sabía que existieran pecados de hombres y pecados de mujeres.

— DÉBORA ARANGO

Luces fluorescentes brillan sobre mi cara mientras espero en la sala de un laboratorio clínico medio vacío. No son ni las siete de la mañana. Mi estómago gruñe y no sé si es porque me muero de hambre o porque la culpa me está destrozando las tripas. Cierro los ojos para hacer lo que sé hacer mejor y rezo. Le pido perdón a Dios. Hago promesas vacías y le juro que si me perdona esta vez, nunca lo volveré a hacer. Repito Padrenuestros y Avemarías como mantras, hasta que oigo a una mujer que me llama por mi nombre.

Incluso para los chequeos de rutina, sacarme sangre es una pesadilla. Odio ver mis adentros succionados a través de una aguja. El líquido carmesí me produce náuseas sin falta. La mujer pregunta por mi edad, mientras me aprieta el torniquete. Entre mi mareo, le respondo que dieciocho —tratando de sonar lo más adulta posible—, aunque incapaz de levantar la mirada del suelo. Me dice que en un par de días hábiles los resultados estarán listos.

Enviar documentos importantes por correo electrónico todavía no se usa, así que tendré que volver al laboratorio para recogerlos en persona.

Uso la mesada para pagar como particular. Moriría si mis padres vieran esto en el seguro médico. Saco mi billetera y veo que se asoma una tarjeta naranja, el carnet de castidad que yo misma plastifiqué durante una sesión de educación sexual en el colegio. Lo volteo y no puedo evitar medio sonreír al ver el intento de firma que tenía a los catorce años. Justo debajo, está mi voto de permanecer virgen hasta el matrimonio. Me siento como un cliché.

Los días que espero los resultados de la prueba de embarazo se sienten como años esperando una pena de muerte. Rezo como nunca y evito cruzarme con mis padres a toda costa por miedo a que mi madre, en especial, me lea la mente si paso demasiado tiempo con ella. Papá jamás me ha hablado sobre sexo y cuando mamá lo ha hecho, ha sido para decir tres cosas: "Se puede quedar embarazada 'por teléfono', nadie se casa con la que se lo da a todo el mundo, y los hombres solo quieren una cosa". La virginidad hasta el matrimonio es una regla de oro en mi casa.

Para mi mente inexperta, tener sexo es como jugar a la ruleta rusa. Existe la posibilidad de quedar embarazada, de atrapar una enfermedad venérea mortal, de conseguir una reputación de perra o, al menos, si te pillan, quedar castigada de por vida. Aunque no fue fácil, me las arreglé para esperar hasta unas pocas semanas antes de cumplir los dieciocho años, pensando que, como adulto legal, estaría más equipada para lidiar con las consecuencias si surgían. Y ahora, a esa edad, estoy escondiéndome, desprovista de toda orientación y enfrentando la posibilidad de estar embarazada, sintiendo que la bala ha llegado al cañón.

De noche, el insomnio surge como consecuencia inevitable de que mi mayor pesadilla pueda hacerse realidad. Me pregunto sobre el infierno, el lugar en el que con seguridad pasaré el resto de la eternidad. Desde mi primer beso apasionado, a los trece años, no he podido sacarme la idea del infierno de la cabeza. La vergüenza paralizante del pecado se ha alojado en mis entrañas durante tanto tiempo que casi se siente familiar. Me arrepiento y me confieso, tratando de deshacerme de ella, pero siempre vuelvo al mismo punto de partida.

Cierro los ojos por un momento y recuerdo la pequeña capilla improvisada que había en el primer piso del edificio de bachillerato de mi colegio. Era allí donde a menudo expiaba mis culpas con un sacerdote al que detestaba. Su español era raro y entrecortado. Cuando me lo encontraba ahí, mi mandíbula se apretaba y mis pulmones se comprimían, pero me confesaba con él de todos modos porque obtener el perdón de Dios era lo más importante. Su mal aliento me aguaba los ojos, así que limitaba mis inhalaciones mientras me arrodillaba en el confesionario. Cuando yo mencionaba el pecado de la lujuria, me hacía narrar cada detalle de lo que había hecho con mi novio. Si le decía que habíamos llevado un beso demasiado lejos, me ordenaba que le dijera con exactitud hasta qué punto y me advertía que el Señor no me perdonaría a menos de que le diera cada pequeño detalle de dónde y cómo había sido tocada. No quería dejar de recibir el sacramento de la confesión porque me daba pavor, pero siempre salía de esas sesiones al borde de las lágrimas, con un nudo en la garganta, sintiéndome más sucia que antes. Experimentaba ganas de vomitar al tener que utilizar lenguaje explícito, pero asumía que me sentía mal porque había hecho algo malo y que la angustia hacía parte del castigo.

Mi mente regresa a la cama y me pregunto si me dejarán de pagar la universidad, si mi incipiente carrera como abogada llegó a su fin, si mi papá me dejará de hablar y si todo el mundo me dará la espalda. Me quedo despierta la noche entera pensando en las formas en las que mi vida cambiaría. Me ahogo bajo el peso de mi ansiedad y al mismo tiempo pienso que si estoy embarazada, no tengo a nadie a quien culpar más que a mí misma.

* * *

Tenía doce o trece años la primera vez que recibí una sesión formal de educación sexual. Para ese entonces ya estudiaba en un colegio femenino, privado y católico, en donde el sexo se conceptualizaba como una droga peligrosa y la mayor amenaza para el futuro de una adolescente. La política oficial de la institución era la abstinencia. Nos decían que la virginidad era nuestro más preciado tesoro y para persuadirnos de guardarlo, como por variar, acudían al miedo.

Una y otra vez nos aseguraban que el sexo seguro no existía, cuestionaban la eficacia de todos los métodos anticonceptivos y compartían estudios que relacionaban el sexo prematrimonial con la deserción escolar, la depresión y la pobreza. Hablaban de la pérdida de la virginidad como un momento que marcaría un antes y un después, y que debíamos reservar para el hombre con el que pasaríamos el resto de nuestras vidas. No había un mayor regalo ni una mayor prueba de amor verdadero que conservar nuestra pureza para ese hombre desconocido.

En ocasiones invitaban parejas jóvenes, que practicaban la castidad, para que nos hablaran sobre su amor, que florecía mientras sus libidos se atrofiaban. A veces, a modo de advertencia, llegaban mujeres que se habían atrevido a tener sexo una sola vez, habían quedado embarazadas y con mil sueños destrozados; o personas que después de ceder ante el pecado de la lujuria habían sentido tanta culpa y vergüenza, que casi de inmediato regresaban corriendo hacia Dios con nuevas promesas de castidad hasta el matrimonio, también conocidas como "segundas virginidades". Me acuerdo en especial del testimonio de una mujer que tuvo una experiencia cercana a la muerte después de ser impactada por un rayo. Nos aseguró que antes de que Dios le mostrara el infierno, ella era una "feminista loca" que ayudaba a niñas a tener acceso a anticonceptivos y al aborto. Y que Dios terminó dándole una segunda oportunidad para que pudiera regresar a la tierra y advertirle al mundo sobre los peligros del sexo y el pecado más grande: abortar. Su rostro trastornado y su voz apocalíptica se quedaron dando vueltas en mi cabeza durante años.

No ha de sorprender entonces que durante mi adolescencia todos y cada uno de los sentimientos de pasión y placer que sentí fueron arruinados por la culpa y la rabia que sentía hacia mi propio cuerpo, pues era fuente de pecado. Hacía malabares con las exigencias de los novios que se morían por llevar las cosas más lejos y el terror de perder mi "valor" si cedía ante la tentación. Me sentía atrapada entre las expectativas del Dios estricto en el que creía y los hombres que me gustaban, los mismos hombres que habían sido educados para ver el sexo como algo inevitable, como consecuencia de su instinto animal y hasta una necesidad que tenían derecho a saciar "con la que se dejara", que por cierto jamás era "material para esposa". Para ellos la masturbación era algo natural y la pornografía una parte integral de su rito

de paso a la adolescencia. Para ellos no aplicaba esa idea de llegar vírgenes al matrimonio, porque, al parecer, ante el sexo les era imposible el autocontrol.

La responsabilidad era de nosotras. Teníamos que cuidar la ropa que usábamos, las palabras que decíamos y los límites que poníamos. "El hombre propone y la mujer dispone", y "hágase desear" eran frases que se repetían una y otra vez.

La promesa de permanecer castas se nos vendía muy bien. Se formulaba como un compromiso que nos hacía mujeres fuertes, una cualidad necesaria para defendernos de la constante incitación de la sociedad a pecar y a tener relaciones sexuales prematrimoniales. Era también visto como un supuesto acto de amor propio, porque al esperar y guardarnos para la persona adecuada, conservábamos nuestro "valor". Incluso, llegaron a llamarlo un acto de libertad, argumentando que al renunciar a los impulsos de la carne podríamos, algún día, experimentar el amor verdadero, un amor basado en el sacrificio. Pero, sobre todo, permanecer castas nos hacía especiales, niñas buenas, mejores que aquellas otras mujeres que se lo daban a todo el mundo y por eso "no valían la pena". Nos protegía del qué dirán.

La que ignorara estos límites más temprano que tarde se ganaba una fama de perra que la perseguía durante años. Su nombre se susurraba en los pasillos del colegio y se convertía en el ejemplo de lo que nadie quería o debía ser. Y aunque la mayoría teníamos interacciones sexuales en las que como mínimo un beso se salía de control, hacíamos todo lo posible por mantener el tema en secreto. La cultura de la vergüenza era tan eficaz, que nosotras mismas nos encargábamos de imponerla, al señalar a toda la que se saliera de norma. Las primeras en juzgarnos y cuantificar nuestra valía éramos nosotras mismas. El sistema tenía una eficacia casi perfecta.

Cuando recuerdo cómo interioricé todas y cada una de estas ideas, me siento traicionada por los adultos a mi alrededor, mortificada por no haber sido más crítica con esta educación. Pero luego pienso, ¿qué niña no quiere sentirse valorada? ¿Qué niña no quiere ser vista como fuerte, especial y buena? Fui chantajeada y criada para creer que mi valor dependía por completo de las opiniones ajenas —y masculinas— sobre mi cuerpo. Crecí pensando que ceder ante el placer era elegir la perdición.

* * *

Las campañas de abstinencia toman todas y cada una de las inseguridades que tenemos como niñas y las usan en contra nuestra. Tuercen por completo la idea del amor propio, creando una trampa que nos encoge hasta convertirnos en una versión pequeña e irreconocible de nosotras mismas; temerosas de la vida, temerosas de nuestros cuerpos y, cómo no, fáciles de controlar. Como si no tuviéramos ya suficientes voces en la sociedad diciéndonos las muchas razones por las que valemos menos, las campañas de abstinencia nos hacen creer que somos dignas de amor según lo que podemos hacer por los demás y lo que podemos ser para los demás, incluso si terminamos perdiéndonos a nosotras mismas en el proceso.

Al concebir nuestros cuerpos como tesoros que deben guardarse para un hombre y que se desgastan o pierden valor con su uso, las reglas que demonizan el placer y limitan las decisiones que tomamos sobre nuestros propios cuerpos refuerzan las creencias que convierten a las mujeres en objetos sexuales.

Estos modelos de educación enseñan que la única manera de cultivar el amor propio y la autoestima es mirando con desprecio a otras mujeres. En el caso particular del colegio privado de clase alta en el que estudié, estas enseñanzas venían cargadas de clasismo, al hacernos creer que mantener las piernas cerradas era lo que hacían las mujeres "de bien", "con clase" y "educadas". Y que los embarazos adolescentes o la promiscuidad eran asuntos que estaban por debajo de nuestra clase social.

Por demás, la implicación al decir que alguien que permanece virgen es digna y fuerte es que alguien que no lo hace es débil y no tiene valor. Solo hay dos opciones. Eres una virgen o una puta. No hay nada en el medio.

Y entonces este preciso razonamiento nos lleva por una pendiente resbaladiza que conduce a culpar a las víctimas de delitos sexuales. Cuando una mujer es víctima de una agresión sexual, siempre se le comparará con un estándar virginal para ver si tuvo, o no, la culpa. Si puede demostrar que fue una buena chica que no se metió en problemas, será recibida con compasión y tal vez con apoyo. Pero si se tomó un trago, se vistió con una falda corta o tenía algún tipo de reputación cuestionable, será castigada bajo el supuesto de que ella misma se puso en esa situación por no mantener las

piernas cerradas. Según estos estándares, las vírgenes merecen estar seguras y quienes no quepan en esa definición merecen ser violadas.

Chanel Miller, la mujer que fue violada por un deportista de Stanford hace algunos años, (quien solo pagó tres meses de cárcel por el delito), escribió un gran libro, *Know My Name (Conoce mi nombre)*, en el que narró la pesadilla de enfrentarse al sistema judicial de California para intentar obtener justicia en su caso. Allí reflexionó sobre la responsabilidad que siempre está en cabeza de la mujer cuando de sexo se trata, incluso cuando no hay consentimiento de por medio:

> Cuando una mujer es agredida [sexualmente], una de las primeras preguntas que hace la gente es: *¿Dijiste que no?* Esta pregunta asume que la respuesta siempre fue sí, y que es su trabajo revocar el acuerdo. Desactivar la bomba que le dieron. Pero, ¿por qué se les permite tocarnos hasta que los combatamos físicamente? ¿Por qué la puerta está abierta hasta que tenemos que cerrarla de golpe?[99]

Las campañas de abstinencia dejan por fuera el tema más importante cuando de educación sexual se trata y es el asunto del consentimiento. Porque si se discutiera el consentimiento, habría que aceptar que las mujeres tenemos la posibilidad de decir que sí, y que ese sí jamás implica abrir una puerta que de forma automática nos quita nuestro poder. Habría que definir ese consentimiento como un acto libre, reversible, constante, informado, entusiasta y específico. Habría que aceptar que el sexo puede ser algo maravilloso y una fuente de disfrute absoluto, y que no hay que temerles a nuestros cuerpos y mucho menos al placer. Pero esa es la conversación que quienes promueven la abstinencia no quieren tener.

Las campañas de abstinencia conciben la palabra "no" como un mecanismo de defensa que solo sirve para proteger la virginidad y no para adueñarnos de nuestros cuerpos y disfrutar de nuestra sexualidad bajo nuestros propios términos. Enseñan que después de abierta esa puerta no hay vuelta atrás. Desdibujan por completo el poder que tenemos para poner límites en todos y cada uno de nuestros encuentros sexuales, y refuerzan la idea de que la posibilidad de decir que no es un privilegio reservado a las mujeres puras y virginales y no un derecho que debería estar en cabeza de cualquier ser humano.

De hecho, un estudio realizado por la Universidad de Columbia en el 2018, titulado *Does Sex Education Before College Protect Students from*

Sexual Assault in College? (¿La educación sexual antes de la universidad protege a los estudiantes de la agresión sexual en la universidad?), demostró que las mujeres que reciben una educación sexual adecuada en el colegio, antes de ir a la universidad, tienen 50 % menos probabilidad de ser agredidas sexualmente en entornos universitarios, mientras que aquellas que reciben educación de solo abstinencia no vieron una reducción en los niveles de agresión sexual[100]. La educación sexual adecuada permite que las mujeres reclamemos el poder de decisión sobre nuestros cuerpos, no porque sea nuestra responsabilidad parar a los hombres, sino porque es nuestro derecho tener sexo consentido y placentero.

Y bueno, ni hablar de la forma reductiva en la que el estándar virginal define el sexo al asumir que todo el mundo es heterosexual. La comunidad LGBTIQ está tan ausente de estos modelos de educación y se considera tan inaceptable, que ni siquiera se menciona. Hay quienes creen que hablar sobre diversidad y sexualidad incitará a las personas jóvenes a experimentar (y a pecar) y en últimas a "convertirse en homosexuales", como ya se ha sugerido en Colombia con la famosa idea del "rayo homosexualizador" que supuestamente tiene el poder de cambiar la orientación sexual de cualquier persona que se enfrente a él. El rechazo y el estigma hacia la comunidad LGBTIQ es tan fuerte, que varias veces en los últimos años ha alimentado multitudinarias marchas en la región para "defender la familia" de una supuesta "ideología de género". Como lo mencioné cuando escribí sobre el miedo como el medio más eficaz para sostener los sistemas de dominación, la "ideología de género" se ha convertido en un fantasma en la región que, en esencia, ha equiparado la lucha por los derechos humanos de las personas LGBTIQ a una "estrategia diabólica" para adoctrinar el continente, imponer una "dictadura gay" y corromper a las personas jóvenes. Recurriendo, como siempre, a la desinformación y a las amenazas de pasar el resto de la eternidad en el infierno, se encargan de sustituir la educación sexual real por desinformación angustiante. El hecho es que la falta de inclusión no lleva a que las personas de la comunidad LGBTIQ dejen de existir, pero sí logra que se sientan anuladas por completo.

Además, de acuerdo con este estándar simplista, el sexo se concibe de una manera tan estrecha, que cualquier cosa que no sea penetración vaginal se considera una aberración, jamás se discute y, con frecuencia, se convierte

en un vacío legal en términos del contrato de castidad. Esto viene con sus propios problemas.

Tenía una compañera de la universidad que hablaba mal de la mayoría de las mujeres a su alrededor y hacía alarde de su virginidad como el símbolo definitivo de lo valiosa que era en comparación con las mujeres que no se "guardaban" para el matrimonio. Pero ella tenía sexo anal con múltiples parejas y sin ningún tipo de protección, porque creía que mientras conservara su himen intacto llegaría virgen al matrimonio. Lo absurdo es que hoy en día se sabe que el concepto del himen como un tejido o barrera que se rompe al tener sexo por primera vez —y que ese rompimiento resulta siempre en un sangrado por parte de la mujer— es falso. Pero como la historia de mi compañera aún hay demasiadas, todas guiadas por un profundo desconocimiento de los principios básicos de la anatomía, que deberían aprenderse en una clase de educación sexual que cumpla con su verdadera función pedagógica.

En su libro *The H-Spot: The Feminist Pursuit of Happiness (El punto H: La búsqueda feminista de la felicidad)*, la autora Jill Filipovic cita una investigación publicada en el *Journal of Child and Family Studies,* según la cual "quienes se comprometen con la virginidad son más propensos que quienes no lo hacen a participar en actos sexuales que creen que preservan su virginidad técnica... como la felación o el sexo anal"[101].

Otro estudio publicado en el 2017 en el *Journal of Adolescent Health* reveló que los programas educativos de abstinencia exclusiva no son eficaces para reducir las enfermedades de transmisión sexual o las tasas de embarazos en adolescentes[102]. O sea que no evitan que las personas tengan sexo. Una de sus autoras, Laura Lindberg, explicó que al exagerar el riesgo de falla anticonceptiva y al ocultar información sobre el embarazo y la prevención de enfermedades de transmisión sexual, estos programas "violan la ética médica y les hacen daño a las personas jóvenes"[103].

El miedo rara vez impedirá que las personas adolescentes tengan relaciones sexuales, lo más probable es que suceda, solo que con mucha vergüenza innecesaria y niveles peligrosos de desinformación.

Es así como este tipo de educación limita nuestra autonomía. Como también lo escribe Jill Filipovic en el libro recién mencionado, "parte de garantizar que las mujeres y las niñas sean completamente independientes

es asegurarse de que puedan prevenir y poner fin a los embarazos a voluntad. Esto no solo nos mantiene en el camino del éxito, puede ser la balsa salvavidas que nos mantiene a flote cuando nos estamos ahogando. Y sí, nos permite tener sexo por placer. Eso es algo bueno, no un secreto sucio"[104].

Hace poco, mientras escribía este ensayo, pregunté en redes sociales si alguna de mis compañeras del colegio recordaba los talleres de abstinencia y en especial el carnet de castidad. Pensé que quizás un par de mis amigas más cercanas responderían. En cambio, mujeres de todo tipo me escribieron para compartir detalles íntimos sobre las formas en las que sus vidas sexuales han sufrido y continúan sufriendo debido a creencias arraigadas sobre el sexo como un acto peligroso y pecaminoso. Estos fueron algunos de sus mensajes:

- "Durante toda mi adolescencia me sentí como una mujer no válida. Siempre nos decían que los hombres preferían la manzana más difícil de alcanzar, no las de abajo que son fáciles y están podridas".
- "Nunca nos enseñaron a abordar la sexualidad de forma natural. Siempre fue metiéndonos culpa y miedo. Era más importante el qué dirán los niños de nosotras que cómo nos sentíamos".
- "Tardé años en disfrutar del sexo y en liberarme de la idea de que las relaciones sexuales prematrimoniales eran sucias. Esas sesiones afectaron el desarrollo de mi vida sexual".
- "Resiento mucho la culpa y miedo del qué dirán y sobre todo la cantidad de tabúes tan absurdos que nos metieron. Tabúes por tener sexo con la pareja, que es la cosa más normal del mundo, y ni hablar del sexo sin compromiso o de la masturbación o de las relaciones homosexuales".
- "Tuve problemas psicológicos fuertes reconciliándome conmigo misma. Lloraba... Creo que en esa educación empieza la amputación de la mujer y su sexualidad sana. Por eso muchas tenemos tantos, tantísimos problemas sexuales, porque inconscientemente son prácticas atadas al pecado, a ser indignas, a tener poco valor".

* * *

Desde el momento en el que las mujeres empezamos a aproximarnos al sexo, nos dicen que no se trata de nosotras. Aprendemos que no somos dignas de lo erótico. Nunca se nos enseña a hablar con nuestras parejas sobre el placer y, tarde o temprano, en lugar de abrir canales de comunicación saludables o explorar nuestros cuerpos para comprenderlos, fingir orgasmos se convierte en una herramienta común para apaciguar los frágiles egos masculinos.

Gracias al feminismo se han iniciado conversaciones importantes sobre el sexo como un aparato de control machista y la forma en la que se ha impedido nuestro acceso al placer. No solo se ha cuestionado el hecho de que las mujeres seamos vistas como objetos sexuales, sino que también ha sido posible cuestionar la imposición del estándar virginal, que, como expliqué, es otra cara de la misma moneda.

Gracias al feminismo, muchas mujeres hemos podido adueñarnos de nuestros cuerpos y reclamar nuestro derecho al placer sexual. Aunque nada de esto ha sido fácil.

Por atrevernos a tener estas conversaciones, que se salen de lo tradicional y permitido, se han creado mitos alrededor de las opiniones feministas sobre el sexo. Por ejemplo, que las feministas somos frígidas o que somos promiscuas. Como lo mencioné antes, quienes defienden ideales machistas están dispuestos a hacer y decir lo que sea con tal de desprestigiar el feminismo y mantener a las masas alejadas de estas conversaciones. Y como ser frígida o promiscua es lo último que una mujer adecuada quiere ser, le han achacado estos adjetivos al feminismo.

Ahora bien: es verdad que muchas feministas han cuestionado las relaciones de poder en la cama. En especial, aquellas provenientes de la pornografía tradicional, según las cuales a todas las mujeres nos gusta sentir dolor, ser sometidas y agredidas durante las relaciones sexuales. En la pornografía machista, que para un gran porcentaje de hombres es la primera aproximación al sexo heterosexual, la mujer es retratada de modo degradante, como un objeto inanimado que está ahí para saciar el placer masculino y nada más. Un número importante de feministas han cuestionado estas dinámicas y se han atrevido a decir que la violencia y la degradación no nos producen disfrute. Y semejante atrevimiento ha resultado en el mito de que deben ser frígidas. O, en otras palabras, que si

no les gusta que las agredan en la cama debe ser porque son incapaces de sentir placer. Porque inevitablemente las lógicas de la pornografía clásica unen el dolor y la violencia a la idea general que se tiene de placer.

Las feministas también se han encargado de cuestionar los límites impuestos a las mujeres cuando de sexo se trata, preguntándose: ¿Por qué nosotras no podemos disfrutar del sexo con la misma libertad que desde siempre se les ha permitido a los hombres? o ¿por qué la masturbación femenina es un tabú, mientras que la masculina es tema de conversación en la mesa del comedor? Se han atrevido a decir que las mujeres somos dueñas de nuestros cuerpos y dignas de placer, pero hacer estas preguntas y afirmaciones en una sociedad que nos categoriza en mujeres "de bien" y mujeres "fáciles", por lógica lleva a la suposición de que todas las mujeres feministas que quieren sentir placer y adueñarse de sus cuerpos deben ser promiscuas, léase perras o zorras, lo que en nuestra sociedad equivale a decir que no merecen que las respeten.

El feminismo no determina que todas las mujeres tengan que vivir su sexualidad del mismo modo. De hecho, cuando hice el llamado en redes sociales que mencioné arriba, también me escribió una mujer que se graduó del mismo colegio a contarme que ella aún tiene el carnet de castidad. Me dijo: "A mí el mensaje de la castidad siempre me llegó por un lado positivo y así lo he vivido". Comparto sus palabras también porque quiero dejar claro que la castidad como opción de vida no es el problema en sí. Es respetable que una persona elija abstenerse de tener sexo. El problema es la castidad como imposición social y como elemento que determina nuestro valor. Lo inaceptable es el uso del miedo y la vergüenza como herramientas para impedir que las mujeres disfrutemos del sexo. Lo intolerable son las mentiras y el ocultamiento de información crítica sobre nuestros cuerpos. Lo inadmisible es el concepto de la virginidad como el estándar a partir del cual se mide a todas las mujeres.

En pocas palabras, el feminismo no impone reglas de comportamiento cuando de sexo se trata, sino que controvierte las que ya existen. Nos invita a cuestionar por qué nuestros cuerpos son vistos como objetos que deben reservarse para el disfrute masculino. Hace un llamado a que desaparezcan la vergüenza y los juicios para que las mujeres podamos gozar de lo erótico y vivir nuestra sexualidad en libertad. ¿Y para qué? La posibilidad de

disfrutar del sexo como seres humanos comunes y corrientes es por supuesto parte de la respuesta. Pero, para mí, esta liberación también tiene un propósito mayor.

Las creencias que se nos han vendido sobre el cuerpo femenino cercenan por completo una faceta de nuestras vidas, afectan nuestro concepto de merecimiento y nos separan de un poder que hay dentro de nosotras mismas, lo que Audre Lorde define como el "poder de lo erótico".

Las ideas que Lorde expone en su ensayo titulado *Uses of the Erotic: The Erotic as Power* (*Usos de lo erótico: Lo erótico como poder)* me han ayudado a sanar de una manera tan profunda, que es difícil de explicar. Aquí dos apartados de ese texto que se quedarán conmigo para siempre:

> Lo erótico es un recurso dentro de cada una de nosotras que se encuentra en un plano profundamente femenino y espiritual, firmemente arraigado en el poder de nuestro sentimiento no expresado o no reconocido. Para perpetuarse, toda opresión debe corromper o distorsionar las diversas fuentes de poder dentro de la cultura de los oprimidos que pueden proporcionar energía para el cambio. Para las mujeres, esto ha significado una supresión de lo erótico como una fuente considerada de poder e información dentro de nuestras vidas[105].

Luego escribe:

> La misma palabra erótico proviene de la palabra griega *eros,* la personificación del amor en todos sus aspectos, nacido del caos y que personifica el poder creativo y la armonía. Cuando hablo de lo erótico, lo hablo como una afirmación de la fuerza vital de la mujer; de esa energía creativa empoderada, cuyo conocimiento y uso ahora estamos reclamando en nuestra historia, nuestro baile, nuestro amor, nuestro trabajo, nuestras vidas[106].

Gracias al feminismo he podido ver el poder de lo erótico en la práctica. He vivido en carne propia lo poderoso que es abandonar la vergüenza para abrazar el placer y he podido gozar de mi vida sexual con libertad. He visto como esto irradia poder y placer a muchas otras partes de mi vida.

Gracias al feminismo he tenido la suerte de encontrarme con mujeres que han sanado y desaprendido, que me han ayudado a liberar mis miedos y mi vergüenza, y a volver a mi cuerpo para comprender que tengo derecho a decidir sobre él y a disfrutar de él.

Como el primer susto de embarazo que tuve a los dieciocho años hubo muchos más hasta que, gracias al feminismo, decidí tomar las riendas de mi educación sexual, aprender sobre mi cuerpo, mi ciclo de fertilidad y la

ciencia detrás de la anticoncepción. Al dejar a un lado la vergüenza, entendí después de vivir con miedo permanente que quedar embarazada no es tan fácil como pensaba y que, al contrario de lo que me enseñaron en el colegio, el sexo seguro sí es posible, pues, de hecho, la mujer promedio solo es fértil durante seis días al mes. Es decir, que solo puede concebir en momentos específicos. Mientras que el hombre promedio puede concebir todo el tiempo (y aun así, todo el control de la natalidad se ha puesto sobre nuestros hombros).

También es gracias al feminismo que he logrado soltar cargas que no son mías, a jamás volver a fingir un orgasmo y a concebir mi cuerpo como fuente de gozo.

Aun así, debo decir que, incluso ahora, más de una década después, todavía estoy reparando parte del daño que se me hizo. Fue difícil escribir la primera parte de este ensayo sin sentir tristeza y resentimiento. Y, porque no le deseo mi experiencia a nadie, estoy comprometida a cuestionar los sistemas machistas que, lamento decir, aún existen. El colegio en el que estudié sigue utilizando el mismo programa de educación sexual, que además está presente alrededor del mundo.

¿Qué pasaría si la educación sexual se basara en enseñar el verdadero amor propio incondicional? ¿Si se basara en brindar a las mujeres jóvenes información real y precisa sobre sus cuerpos y el sexo? ¿Si se dedicara a priorizar su bienestar, a enseñarles a confiar en sí mismas y a decidir con libertad y sin juicios? Estas son algunas de las preguntas que el feminismo nos invita a responder.

Para las mujeres que leen esto y todavía se sienten juzgadas y atrapadas, quiero decirles que su cuerpo les pertenece. Lo erótico, una fuente maravillosa de poder y placer, también es para nosotras. No existimos para ser juzgadas y utilizadas. Liberémonos del concepto del pecado, que jamás nos ha llevado a vivir una vida mejor. Estamos aquí para vivir a plenitud. Y Dios, el universo, la fuerza cósmica, o como la quieran llamar, no nos creó para sufrir, nos creó para disfrutar.

---

99 Chanel Miller. *Know My Name.* Nueva York: Viking, 2019. p. 83.

100 John S. Santelli, Stephanie A. Grilo et al. “Does Sex Education Before College Protect Students From Sexual Assault In College?”. PLoS One, vol. 13, nro. 11, 2018. Doi: https://doi.org/10.1371/journal.pone.0205951

101 Jill Filipovic. *The H Spot: The Feminist Pursuit of Happiness.* Nueva York: Nation Books, 2017. p. 64.

102 John S. Santelli, Leslie M. Kantor et al. “Abstinence-Only-Until-Marriage: An Updated Review of U.S. Policies and Programs and Their Impact,”. *Journal of Adolescent Health,* vol. 61, nro. 3, septiembre de 2017, pp. 273-280. Doi: https://doi.org/10.1016/j.jadohealth.2017.05.031

103 Sarah Mccamon. “Abstinence-Only Education Is Ineffective And Unethical, Report Argues”. *NPR,* 23 de agosto de 2017, https://www.npr.org/sections/health-shots/2017/08/23/545289168/abstinence-education-is-ineffective-and-unethical-report-argues Acceso el 22 de junio de 2021.

104 Jill Filipovic. *The H Spot: The Feminist Pursuit of Happiness.* Nueva York: Nation Books, 2017. p. 272.

105 Audre Lorde. “Uses of the Erotic: The Erotic as Power” en: *Sister Outsider.* Berkeley: Crossing Press, 2007. p. 53.

106 *Idem,* p. 55.

CAPÍTULO 8

Cambié de opinión sobre el aborto

El feminismo se basa en apoyar las decisiones de las mujeres, incluso si no tomáramos ciertas decisiones para nosotras mismas.

— ROXANE GAY

Desde que me acuerdo, el aborto se me planteó como el acto más grave sobre la Tierra. Entre los cursos de supuesta educación sexual y las clases de religión católica que recibía en el colegio, el tema se presentaba como peligroso, traumatizante y, por encima de todo, como un tiquete de primera clase hacia el infierno.

En la religión católica, el aborto no es un pecado cualquiera, sino que genera la excomunión automática de quién lo comete. Entonces siempre hice lo que pude para rechazarlo y evitar tener cualquier discusión al respecto. En mi mente adolescente, abortar en cualquier caso era matar bebés. Y como la católica de bien que me creía, entendía que mi responsabilidad era defender el alma de estos bebés que al ser abortados no podrían ser bautizados y quedarían atrapados en el limbo. Así que, como siempre, muy obediente, me dediqué a demonizar el aborto sin ningún tipo de excepción ni compasión.

Ese era el contexto del que venía cuando un día en clase de Introducción al Derecho, una activista feminista repartió la sentencia de la Corte Constitucional colombiana que había despenalizado el aborto en tres situaciones excepcionales (en caso de violación, incesto, transferencia de óvulo fecundado o inseminación artificial no consentida; cuando hay

peligro para la vida o salud de la mujer; y por malformación del feto que haga inviable su vida). En esa clase universitaria, defendí mi oposición al aborto a capa y espada. Me indigné y detesté a la feminista desvergonzada que había repartido esa información. Me angustié al pensar que tal vez iría al infierno por siquiera estar escuchando —por primera vez en mi vida— argumentos a favor de la interrupción voluntaria del embarazo. Y resolví que prefería estar muerta e ir al cielo, que ser feminista y quemarme en el infierno.

Durante y después de ese día, compañeros y compañeras se burlaban de lo absurdo de mis argumentos religiosos. Me consideraban patética e ignorante, y yo los consideraba pecadores y homicidas. Era imposible tener una discusión productiva sobre el tema porque yo siempre partía de la base de que toda defensa del aborto era satánica y ellos siempre partían de la base de que yo era una bruta.

Pasarían años antes de que encontrara alguna feminista que me ayudara a disipar mi aprehensión y de que yo misma me diera la oportunidad de abrir la mente. Pero el hecho es que cambié de parecer. Alguna vez estuve cien por cierto en contra del aborto y hoy defiendo el derecho de las mujeres a decidir sobre sus propios cuerpos.

*** * ***

Cuando estaba en bachillerato recuerdo haber aprendido poco o nada sobre otras religiones además de la católica. Al preguntarle a mi profesora de religión qué pasaba con las almas de las personas que profesaban una fe diferente, me aseguraba que quienes supieran de la existencia del catolicismo, y aun así eligieran no seguirlo, cometían un pecado mortal y por lo tanto irían al infierno. Esta creencia, reforzada año tras año, me llevó a crecer pensando que yo estaba en "lo correcto" cuando defendía el catolicismo y me llenó de un aire de superioridad del que fue difícil deshacerme.

En su libro *Confesiones de una mala feminista,* Roxane Gay escribió una frase que marcó el inicio de mi cambio de parecer. Allí dijo que "el feminismo se basa en apoyar las decisiones de las mujeres, incluso si no tomáramos ciertas decisiones para nosotras mismas"[107]. Leer esto me

permitió entender que mi oposición absoluta hacia conversar sobre el aborto estaba atada a la manera en la que juzgaba con dureza a las personas a mi alrededor. Era hora de dejar mis propios prejuicios de lado. Tenía que dejar de imponer mis creencias espirituales a todo el que me rodeaba. Me di cuenta de que para avanzar en la discusión sobre el aborto era necesario reemplazar mi intransigencia por empatía. Y esto empezó a suceder cuando entendí que detrás de esta discusión hay miles de vidas de niñas y mujeres que están siendo destruidas.

Hace un tiempo supe de una niña de diez años que quedó embarazada tras una violación. Voy a llamarla Fernanda, aunque esta horrorosa situación es tan común que bien podría haberse llamado Laura, Sara, Andrea o Salomé. Fernanda vivía en Honduras, donde el aborto está prohibido en cualquier caso, aunque en nuestra región lo mismo es cierto con respecto a El Salvador, Haití, Nicaragua, República Dominicana o Surinam. Ante esta situación, a sus diez años, fue obligada a parir después de haber sido violada. La criatura que tuvo murió a los pocos días. Y de Fernanda nunca supe nada más. De acuerdo con la campaña regional Niñas, No Madres, "América Latina y El Caribe es la única región del mundo en la que los partos en niñas van en aumento. Esto es el resultado de elevados índices de violencia sexual, seguido de la falta de acceso a servicios esenciales de salud y múltiples violaciones a los derechos humanos de las niñas"[108].

También conocí el caso de una mujer dominicana que voy a llamar Marcela. Durante el primer trimestre de su embarazo descubrió que tenía cáncer de cuello uterino y ante la imposibilidad de abortar, no pudo recibir el tratamiento adecuado para sobrevivir. Murió de cáncer sin haber dado a luz.

Y viene a la mente el caso de Amanda, a quien, en el transcurso de su embarazo, se le informó que el feto que cargaba no tenía cráneo ni cerebro, por lo que moriría al poco tiempo de nacer. Ante la prohibición absoluta del aborto en Nicaragua, tuvo que pasar meses de angustia para llevar su embarazo a término y al final ver a su hijo morir en sus brazos.

Luego está la historia de Dora, una colombiana, madre de cuatro hijos, que sin tener suficiente dinero para darles una vida digna, quedó embarazada por quinta vez. Pensando en los hijos que ya tenía, acudió a un centro clandestino para practicarse un aborto. Allí, murió en el intento. De

haber podido obtener el aborto de manera legal y segura, el procedimiento hubiera sido sencillo e incluso catorce veces menos peligroso que un parto[109].

Como los casos de Fernanda, Marcela, Amanda y Dora ha habido y continúa habiendo millones de tragedias que se hubieran podido evitar si el aborto fuera legal, seguro y garantizado de manera adecuada. Mi posición al respecto empezó a cambiar cuando —por un instante— me pregunté qué hubiera hecho yo de haber estado en sus zapatos. ¿Quién soy yo para juzgar sus decisiones?

María Paula Toro, una activista feminista del colectivo colombiano Siete Polas, escribió una columna fantástica en la que explicó que es posible encontrar un punto medio entre quienes creen que las mujeres deben poder decidir sobre sus propios cuerpos y quienes creen que el aborto es lo mismo que un asesinato. Refiriéndose a los tres casos en los que el aborto es permitido hoy en Colombia, Toro escribió:

> Me niego a creer que una persona antiaborto no sea lo suficientemente empática para entender la posición tan delicada que vive una mujer que se encuentra en alguno de estos tres casos... Aun sin estar de acuerdo con las mujeres que lo hacen, aun sin querer hacerlo ellas mismas si se encuentran en esa situación, todas podemos entender por qué otra mujer decidiría hacerlo. Y por qué las mujeres lo han hecho durante toda la historia. Y por qué, aun cuando está completamente prohibido y fuertemente penalizado, las mujeres continúan abortando[110].

Siempre pensé que había pocas situaciones más traumáticas en el mundo que practicarse un aborto, pues cada vez que se hablaba sobre el aborto en el colegio, me obligaban a escuchar testimonios sobre mujeres que no habían podido superar el trauma y llevaban vidas difíciles con secuelas psicológicas insuperables. Y aunque no pretendo minimizar una situación que no debe ser fácil para nadie, luego entendí, retomando las palabras de la feminista colombiana Catalina Ruiz-Navarro, que lo que afectaba a esas mujeres no era "el procedimiento de interrupción del embarazo, que cuando es realizado de manera segura no presenta riesgos médicos ni deja secuelas, sino el castigo social que algunas personas y grupos antiderechos ejercen sobre las personas, mujeres y niñas"[111].

Lo que es en realidad traumático cuando hablamos sobre el aborto es la manera en la que sigue siendo castigado a través del derecho penal. En los países en los que abortar es un delito, hay mujeres que llevan años e incluso

décadas tras las rejas, no solo por casos de interrupción voluntaria del embarazo sino por haber sufrido abortos espontáneos. Lo que sucede en El Salvador, por ejemplo, es espeluznante. Allí, son muchas las mujeres que han sido encarceladas tras sufrir emergencias obstétricas que son castigadas bajo el delito de homicidio por aborto involuntario.

Aunque cabe aclarar que la penalización del aborto no solo es horripilante en los países en los que está prohibido por completo, también sucede en países en los que el aborto está permitido en casos excepcionales. En Colombia, por ejemplo, el aborto por fuera de las tres causales antes mencionadas sigue siendo un delito castigado con uno a cuatro años de prisión. De acuerdo con Por Colombia, una campaña pro aborto libre en Colombia hasta la semana catorce de gestación, en este momento hay cinco mil mujeres colombianas denunciadas por realizarse abortos. Y un artículo, publicado por el periódico *El País* de España en el 2019, reveló que entre el 2005 y el 2017, 502 menores de edad (entre los 11 y los 18 años) fueron penalizadas por abortar en Colombia[112]. Además, un reporte del Instituto Colombiano de Medicina Legal afirmó que, en el año 2018, 9545 niñas quedaron embarazadas luego de una violación sexual y que el 60 %de ellas tenían entre diez y trece años. Vale la pena aclarar que, en Colombia, todo embarazo de una niña menor de catorce años se considera producto de una violación, pues a esa edad es imposible dar consentimiento a un acto sexual.

En Perú solo está permitido el aborto terapéutico, es decir cuando la vida o la salud de la gestante está en peligro (y antes de las veintidós semanas de gestación). Sin embargo, suceden casos como el de Camila, que conocí gracias a la campaña regional Niñas, No Madres. Camila es una niña peruana de nueve años que fue violada por su padre y acudió con su madrina a un centro médico para solicitar un aborto terapéutico. Ante la demora del hospital para responder a su solicitud, fue obligada a continuar con el embarazo producto de esa violación, y —para colmo—, después de haber sufrido un aborto espontáneo, fue acusada penalmente por el delito de autoaborto. Como Camila, hay demasiadas niñas que no solo se han tenido que enfrentar a embarazos producto de una violación, sino que el Estado, que en teoría las debería proteger, ha utilizado el derecho penal para agudizar sus tragedias.

En América Latina y el Caribe, alrededor del 90 % de las mujeres en edad reproductiva vive en países con restricciones frente al aborto[113]. Y de acuerdo con la Organización Mundial de la Salud, alrededor de siete millones de mujeres son hospitalizadas cada año por culpa de un aborto inseguro[114]. El aborto es un problema de salud pública, no un asunto de derecho penal.

Cuando defendía el castigo al aborto a través del derecho penal, lo hacía sin considerar que esta era la realidad que debían enfrentar miles de mujeres y niñas que se encuentran en posiciones imposibles, sin entender que mi intolerancia tenía el poder de destruir vidas.

Tampoco entendía que llevar a término un embarazo no es algo sencillo. Aunque varía según cada persona, estos son solo algunos de los cambios que pueden llegar a surgir con el embarazo: pueden sangrar las encías, moverse los dientes y hasta caerse también. La piel se puede brotar y manchar. Es posible desarrollar anemia, reflujo, dificultades auditivas y problemas de visión. En muchos casos se puede producir diástasis de los rectos abdominales, una separación excesiva de los músculos en el abdomen. Pueden crecer los pies, los senos y hasta la nariz. Pero eso no es todo. El parto en sí puede llegar a ser altamente peligroso. De acuerdo con cifras de las Naciones Unidas 303 000 mujeres mueren al año dando a luz o como resultado de complicaciones durante el embarazo. Esto quiere decir 830 mujeres diarias, o sea una cada dos minutos[115].

Los desgarros vaginales durante el parto natural son frecuentes. Y recuperarse de una cesárea puede tomar hasta seis semanas. Después del parto, el dolor pélvico y trastornos del suelo pélvico son padecimientos comunes. Incluso, años más tarde, puede haber prolapso de los órganos pélvicos, que es cuando los músculos y los ligamentos que sostienen los órganos se debilitan, estos caen a la pelvis y crean una protuberancia en la vagina. Y ni hablar del cambio emocional después del parto, también conocido como *baby blues,* o la depresión posparto. En Estados Unidos, las cifras muestran que entre el 50 y el 75 % de las madres nuevas experimenta *baby blues,* y que hasta un 15 % de ellas desarrolla depresión posparto[116].

Cuando defendía la prohibición y la penalización del aborto, desconocía por completo las implicaciones que hay detrás de la maternidad. Ahora no entiendo cómo es posible que obliguemos a las mujeres a someterse a estos

riesgos y a llevar a término embarazos no deseados, para apaciguar las conciencias de quienes no tienen que vivirlo en carne propia. Ahora me queda difícil entender cómo una religión, que en teoría está basada en el amor, puede defender los castigos inhumanos a los que son sometidas las mujeres que abortan. Se supone que Jesús dijo que "el que de ustedes esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra", pero son los mismos defensores acérrimos de esta religión quienes de inmediato olvidan la empatía y piden cárcel a gritos para las mujeres y niñas que abortan.

No pienso que sea necesario abandonar nuestras creencias religiosas para llamarnos feministas. Y hay mujeres en el feminismo que llevan esa idea incluso más lejos, argumentando que no hay que dejar de ser católicas para apoyar la despenalización del aborto. Me refiero a la Red Latinoamericana de Católicas por el Derecho a Decidir, un grupo de organizaciones lideradas por mujeres que profesan la fe católica a través de un lente feminista. Además de creer en la importancia de un Estado pluriétnico, multicultural y laico, ellas mismas han interpretado los cánones católicos para concluir que el aborto no es incompatible con su fe.

En una entrevista realizada a Sandra Mazo, la directora de Católicas por el Derecho a Decidir en Colombia, ella explicó que su misión es "que el aborto no sea un delito, que las mujeres no tengan que ir a la cárcel, ni que tengan que ser sancionadas legal ni moralmente por abortar". Aseguró que "cuando una mujer se enfrenta a un embarazo no deseado, sea desde el momento en que se da cuenta o hasta el final, si toma la decisión de no tener ese hijo lo hace después de sopesar muchos dilemas y lo hace con mucha responsabilidad. Una mujer que aborta, ya sea por riesgo a su salud, por violación, por su situación económica o por cualquier otra razón, lo puede hacer por todas estas razones y son válidas, porque la maternidad es un proyecto de vida, es un proyecto para siempre"[117].

Esto no se discute lo suficiente, pero la maternidad altera la vida de una persona de forma irreversible. Y aún vivimos en un mundo que no está hecho para que las mujeres podamos ser madres y a la vez disfrutar de nuestra vida a plenitud, pues como lo dice la periodista norteamericana Amy Westervelt, aún "esperamos que las mujeres trabajen como si no tuvieran hijos y críen a los niños como si no trabajaran"[118].

Retomando lo que dijo Mazo, quien aborta, por la razón que sea, no toma esa decisión con ligereza. Pero las personas que están en contra del aborto, con frecuencia afirman que no se puede legalizar porque las mujeres empezaríamos a usarlo como un método de anticoncepción en lugar de un procedimiento excepcional. Afirman que conocen mujeres "degeneradas" que abortan sin dárseles nada y que facilitar el acceso al aborto, en últimas, facilitaría la "vagabundería". Sin embargo, viendo el caso de Estados Unidos, donde hay amplias cifras disponibles al respecto, la mayoría de mujeres que acuden a centros médicos para realizarse un aborto no han tenido abortos previos[119]. Además, ese argumento —que no tiene ningún fundamento estadístico para ser comprobado— revela que la preocupación no es salvar al feto sino controlar la vida sexual de las mujeres e imponer un estándar único de moralidad.

Para avanzar en la discusión sobre el aborto tuve que permitir que la razón reemplazara mi fanatismo. Esto implicó cuestionar la lógica y la eficacia de la (mal llamada) teoría "provida" y evaluar el tema desde la cruda realidad.

Está comprobado que la prohibición del aborto no elimina su existencia, sino que genera más riesgos para su realización[120]. Sobre esto también escribió María Paula Toro: "Al final del día, la decisión no es entre que haya abortos o que no los haya, sino que es entre si nos parece justo, inclusive moral, que las mujeres que abortan mueran haciéndolo"[121].

Lejos de eliminar los abortos, la prohibición del derecho a decidir es un privilegio reservado para mujeres adineradas. Como lo repetían una y otra vez en las movilizaciones a favor del aborto en Argentina, "las ricas abortan y las pobres mueren". Mientras aquellas que tienen recursos pueden viajar a un sitio donde el aborto es legal o pagar para obtener un procedimiento seguro y secreto, la prohibición del aborto obliga a que las mujeres menos privilegiadas tengan que seguir adelante con el embarazo no deseado o recurrir a abortos clandestinos y peligrosos, que, de ser legalizados, podrían realizarse a través de procedimientos simples y ambulatorios, y en muchísimos casos, solucionarse con una pastilla. Son las mujeres pobres las que cargan las consecuencias de la prohibición. Son ellas las que se ven obligadas a tener "todos los hijos que Dios les mande" y también son ellas

las que son juzgadas por la misma clase alta que las somete porque quién las manda a "abrir las piernas" y "ponerse a parir tanta pobreza".

Algunos "provida" aseguran que su intención con la prohibición del aborto es "salvar las dos vidas", y aunque en principio esto suena como una posición ecuánime, tiene un trasfondo más complicado. En los casos más extremos, ¿qué pasa con "las dos vidas" después de que una niña de nueve o diez años es obligada a parir? ¿Qué calidad de vida tendrá una niña que fue obligada a traer un hijo al mundo, que encima de todo es producto de una violación? Entre otras cosas porque como ya lo decía Simone de Beauvoir en los años cuarenta, "la misma sociedad empecinada en defender los derechos del feto no muestra ningún interés en los niños después de que nacen"[122]. Entonces, ¿por qué nos sigue pareciendo normal e incluso necesario sacrificar el bienestar y la felicidad de las mujeres para que la derecha pueda dormir tranquila por la noche?

Para ir un paso más lejos, la teoría provida sostiene que el feto es un alma que hay que proteger, pero la misma Iglesia, que tanto se empeña en proteger el alma del no nacido, ha incitado y financiado guerras durante siglos. Como también lo mencionaba De Beauvoir, "la Iglesia autoriza el asesinato de hombres adultos en la guerra, o cuando es una cuestión de pena de muerte, pero se para en humanitarismo intransigente para el feto"[123].

El famoso lema de la campaña nacional por el aborto en Argentina dice: "Educación sexual para decidir, anticonceptivos para no abortar, aborto legal para no morir". Pero la misma extrema derecha que se niega a legalizar el aborto, prohíbe la anticoncepción, incluyendo métodos de emergencia eficaces como la pastilla del día después. Desconoce por completo que muchas mujeres necesitan acudir a este método luego de ser víctimas de violación y rehúsa la existencia de una educación sexual más allá de la obligación de la abstinencia, que, como ya expliqué, es ineficaz, pues no solo no evita los embarazos no deseados sino que los vuelve más frecuentes.

A su vez, la misma extrema derecha se ha quedado impávida ante tragedias como la esterilización forzada que a través de la historia se les ha realizado a cientos de miles de mujeres negras, latinas e indígenas. En su libro *Hood Feminism (Feminismo de barrio),* Mikki Kendall cuenta que entre los años setenta y los ochenta se estima que entre el 25 % y el 50 % de

las mujeres indígenas en Estados Unidos fueron esterilizadas de manera forzosa[124]. En Perú, más de 270 000 mujeres de comunidades indígenas y bajos recursos económicos fueron esterilizadas entre 1996 y el 2001, y aunque el Gobierno peruano sostiene que estas cirugías se hicieron con el consentimiento de las pacientes, más de dos mil mujeres han denunciado que fueron forzadas a practicarse la operación"[125].

Aprovecho aquí para resaltar que si bien la lucha por la despenalización del aborto ha sido una de las grandes banderas del movimiento feminista, no es el único tema de justicia reproductiva por el que se preocupa el feminismo. La lucha por los derechos sexuales y reproductivos también es una lucha en contra de la esterilización forzada, la violencia sexual y la violencia obstétrica. Es un proyecto a favor de la educación sexual, la anticoncepción consciente y los derechos de quienes eligen ser madres. En palabras de la activista Loretta Ross, la justicia reproductiva es "el derecho a tener un hijo, el derecho a no tener un hijo y el derecho a criar a los hijos"[126].

* * *

Uno de los grandes regalos que me ha dado el feminismo ha sido el coraje para cuestionar verdades presentadas como absolutas. El feminismo nos permite desenterrar el pasado para entender que detrás de las ideas que hoy se nos plantean como obvias o "naturales" hay más de lo que creemos.

Cuando aprendí que el aborto era un pecado mortal, jamás supe que esto había sido determinado cientos de años *después* de la creación de la Iglesia misma, y por supuesto jamás se me pasó por la cabeza que los argumentos de la Iglesia católica para rechazar el aborto están ligados a temas políticos y económicos. Gloria Steinem abordó esto en su libro *My Life on The Road (Mi vida en la carretera),* explicando que "la Iglesia católica no solo no se oponía al aborto sino que lo reguló hasta mediados del siglo XIX"[127]. El aborto empezó a considerarse un pecado mortal cuando fue necesario controlar la natalidad. Antes era permitido e incluso estaba reglamentado. Durante los inicios de la Iglesia Católica Romana, el aborto estaba autorizado para fetos de sexo masculino durante los primeros cuarenta días del embarazo y para fetos de sexo femenino durante los primeros ochenta o

noventa días. La diferencia se determinaba por el momento en el que se creía que el feto adquiría el alma y se pensaba que los hombres adquirían el alma primero. Para ir más allá, hay casos de abortos que fueron considerados milagros realizados por santos católicos famosos, como santa Brígida de Kildare o el santo Ciarán de Saigir[128]. Y no fue sino hasta el año 1869, o sea hasta hace un poco más de 150 años, que el papa Pío IX adoptó el estándar actual, según el cual todos los abortos son considerados asesinatos[129].

Entre más he comprendido la historia y las verdaderas consecuencias de prohibir el aborto, se ha vuelto más evidente que a través de esta prohibición el patriarcado lo único que busca es controlar los cuerpos de las mujeres. La feminista egipcia Nawal El Saadawi ha teorizado sobre esto de manera elocuente: "El problema de la mujer radica en el hecho de que su cuerpo, o más precisamente su útero, es el único receptáculo dentro del cual se puede reproducir la vida humana. El Estado, para tener el control de los medios de reproducción del ser humano, y para someter estos medios a los intereses del sistema económico vigente, se ha visto obligado a extender su control y subyugación al cuerpo de la mujer"[130].

Así, en vez de ser percibidas como humanas completas, a las mujeres nos tratan como vientres infrahumanos y a nuestros cuerpos los ven como propiedad pública que el Estado debe regular, representado en su mayoría por hombres privilegiados e influenciados por mandatos religiosos, que jamás han entendido, ni podrán entender, la experiencia de una mujer que aborta. Y bueno, como lo ha dicho Gloria Steinem, "si los hombres pudieran quedar en embarazo, el aborto sería un sacramento".

Solo quien lo vive tiene toda la información para decidir qué puede y debe hacer con su vida, y nuestra responsabilidad desde el feminismo es respaldar a las mujeres en sus decisiones, incluso a pesar de nuestras creencias personales.

Nunca es tarde para elegir la empatía por encima de la intransigencia. Nunca es tarde para dejar de lado nuestros juicios. Nunca es tarde para entender que el feminismo no pretende obligar a nadie a abortar, sino más bien permitirles a las mujeres decidir sobre sus propios cuerpos, crear oportunidades para que todas las mujeres —sin importar su clase, raza, orientación sexual o estatus migratorio— puedan llevar vidas dignas y

evitar que las niñas y las mujeres seamos sometidas a maternidades forzadas. Nunca es tarde para entender que el feminismo es el verdadero movimiento provida.

---

107 Roxane Gay. *Bad Feminist.* Nueva York: Harper Perennial, 2014. p. xii.

108 Son niñas, no madres. "Historias". Son niñas, no madres, https://www.ninasnomadres.org/historias.php Acceso el 22 de junio de 2021.

109 Elizabeth G. Raymond y David A. Grimes. "The comparative safety of legal induced abortion and childbirth in the United States". *Obstetrics & Gynecology,* vol. 119, nro. 2, febrero de 2012, pp. 215-219. Doi: https://doi.org/10.1097/AOG.0b013e31823fe923

110 María Paula Toro. "El diálogo sobre el aborto sí es posible". *Siete Polas,* 9 de mayo de 2018, https://sietepolas.com/2018/05/09/el-dialogo-sobre-el-aborto-si-es-posible/. Acceso el 22 de junio de 2021.

111 Catalina Ruiz-Navarro. *Las mujeres que luchan se encuentran.* Bogotá D. C: Grijalbo, 2019. p. 414.

112 Catalina Oquendo. "En Colombia hay 502 menores criminalizadas por abortar". *El País,* 30 de septiembre de 2019. https://elpais.com/sociedad/2019/09/30/actualidad/1569863503_607122.html Acceso el 22 de junio de 2021.

113 Nuria Varela. *Feminismo para principiantes.* Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial, 2020. p. 169.

114 World Health Organization (WHO). "Preventing unsafe abortion" Fact Sheets. *World Health Organization,* https://www.who.int/news-room/fact-sheets/detail/preventing-unsafe-abortion Acceso el 9 de marzo de 2021.

115 Liz Ford. "Why Do Women Still Die Giving Birth?", *The Guardian,* 24 de septiembre de 2018, https://www.theguardian.com/global-development/2018/sep/24/why-do-women-still-die-giving-birth. Acceso el 22 de junio de 2021.

116 Cleveland Clinic. "Postpartum Depression". *Cleveland Clinic,* https://my.clevelandclinic.org/health/diseases/9312-postpartum-depression. Acceso el 14 de julio de 2021.

117 Isabela Sandoval Vela. "¿Se puede ser católica y al mismo tiempo defender el derecho a decidir sobre el aborto?". *¡Pacifista!,* 2 de abril de 2019, https://pacifista.tv/notas/catolicas-aborto-derecho-decidir/ Acceso el 22 de junio de 2021.

118 Amy Westervelt. *Forget «Having It All»: How America Messed Up Motherhood—and How to Fix It.* Nueva York: Seal Press, 2018.

119 T.C. Jatlaoui, L. Eckhaus, M.G. Mandel et al. Abortion Surveillance - United States, 2016. *MMWR Surveill Summ 2019,* vol. 68, nro. SS-11, pp. 1-41. Doi: http://dx.doi.org/10.15585/mmwr.ss6811a1external icon.

120 Susheela Singh, Lisa Remez, Gilda Sedgh, Lorraine Kwok y Tsuyoshi Onda. "Abortion Worldwide 2017: Uneven Progress and Unequal Access. *Guttmacher Institute.* Disponible en: https://www.guttmacher.org/report/abortion-worldwide-2017. Acceso el 22 de junio de 2021.

121 María Paula Toro. “El diálogo sobre el aborto sí es posible”. *Siete Polas,* 9 de mayo de 2018, https://sietepolas.com/2018/05/09/el-dialogo-sobre-el-aborto-si-es-posible/. Acceso el 22 de junio de 2021.

122 Simone de Beauvoir. *The Second Sex.* Nueva York: First Vintage Books Edition, 2011. p. 525.

123 *Idem,* p. 526.

124 Mikki Kendall. *Hood Feminism.* Nueva York: Viking, 2020. p. 221.

125 Pablo Uchoa. “Esterilización forzosa en Perú: ‘Me abrieron la barriga cuando aún no estaba dormida’”. *BBC News,* 1 de marzo de 2021, https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-56243650. Acceso el 22 de junio de 2021.

126 Emma Swislow. “Activist Loretta Ross Gives Talk on Reproductive Justice”. The Amherst Student, 31 de octubre de 2017, https://amherststudent.amherst.edu/article/2017/10/31/activist-loretta-ross-gives-talk-reproductive-justice.html. Acceso el 22 de junio de 2021.

127 Gloria Steinem. *My Life on the Road.* Nueva York: Random House, 2015. p. 204.

128 Molly Monk. “The History of Catholic Teaching on Abortion Isn’t as Clear Cut as You Think” *The Outline,* 16 de enero de 2020, https://theoutline.com/post/8536/catholic-history-abortion-brigid. Acceso el 22 de junio de 2021.

129 G. Hovey. “Abortion: A History.” *Planned Parenthood Review,* vol. 5, nro. 2, 1985: pp. 18-21.

130 Nawal El Saadawi, *The Hidden Face of Eve.* Nueva York: Zed Books, 2007. p. 95.

CAPÍTULO 9

Queridos hombres

El problema con el género es que prescribe cómo tenemos que ser, en vez de reconocer cómo somos realmente. Imagínense lo felices que seríamos, lo libres que seríamos siendo quienes somos en realidad, sin sufrir la carga de las expectativas de género.

— CHIMAMANDA NGOZI ADICHIE

Queridos hombres:

Una de las grandes mentiras que han servido para mantener a las masas alejadas del feminismo es la idea de que este movimiento está en contra de ustedes o que pretende propagar un odio sin sentido. Quiero decirles que esto no es verdad.

Feminismo no es antónimo de machismo. El feminismo no pretende reforzar un supuesto antagonismo entre hombres y mujeres. Ni tampoco pretende que las mujeres les hagan a ustedes lo que durante siglos nosotras hemos tenido que soportar. Es falaz asumir que la liberación de las mujeres los llevará a la perdición. Y esa manera de pensar, en la que siempre es necesaria la dominación de un grupo sobre otro, es la que nos trajo aquí.

Les comparto esto que escribió la autora canadiense Liz Plank en su libro *For the Love of Men (Por el amor de los hombres): "*Aunque los asuntos que afectan a los hombres y a las mujeres han sido planteados como una 'guerra de los géneros' con ganadores y perdedores, una conversación más consciente sobre el género solo tiene ganadores"[131].

El feminismo pretende que todas las personas nos unamos en contra del mal común generado por el machismo. Mejor dicho, el feminismo no está

en contra de los hombres, está en contra del patriarcado. Y en vez de buscar afectar o minimizar sus derechos, busca la liberación colectiva. Porque, aunque esto es algo sobre lo que poco se habla, sé que ustedes también se ven afectados por las normas patriarcales que obligan a las personas a ser de cierta manera, en vez de permitirnos abrazar lo que ya somos o soñamos con ser. Como bien lo dice Chimamanda Ngozi Adichie en su famosa charla *Todos deberíamos ser feministas: "*El problema con el género es que prescribe cómo tenemos que ser, en vez de reconocer cómo somos realmente"[132].

Entender que todas las personas —incluyendo a los hombres— se ven afectadas por la manera en la que el patriarcado ha dividido a nuestra sociedad es urgente para avanzar hacia una realidad diferente.

Ahora, esa afectación no es igual en todos los casos, y sobre eso ahondaré en un momento, pero pensar que el machismo solo perjudica a las mujeres y que por ende el feminismo solo debería ser una tarea en cabeza de nosotras es una visión miope.

Cuando hablé sobre violencia patriarcal hace un par de capítulos, expliqué que según la masculinidad tóxica, "los hombres tienen que ser machos, alfas, dominantes, homofóbicos y agresivos para ser respetados como verdaderos hombres". Siguiendo ese razonamiento, el machismo considera inferior todo lo que se aleje de estas características, o sea lo que desde siempre se ha entendido como femenino. Así que "correr como una niña" o "ser marica" o "ser nena" o "ser una loca" son insultos típicos en nuestra sociedad, y lo último que "un hombre de verdad" puede ser, adjetivos que a toda costa buscan rechazar, pues para el patriarcado no hay nada peor que un hombre que expresa su feminidad.

La escritora Farida D. ha explicado que, al final del día, "la masculinidad tóxica no tiene nada que ver con ser masculino, es una manifestación del miedo a ser percibido como femenino"[133]. Hay un miedo profundo a relacionarse con lo femenino porque en el patriarcado lo femenino es castigado y considerado despreciable. Entonces no es absurdo pensar que los hombres tienen miedo a encarnar aspectos femeninos, porque esto implicaría que serían tratados de la misma manera en la que somos tratadas las mujeres.

He visto cómo la obsesión por mostrar fuerza por encima de cualquier otra cosa lleva a que los hombres supriman sus emociones, no se sientan libres para llorar o no abracen avenidas sanas para expresar sus verdaderos sentimientos. Esto crea una realidad social desbalanceada en la que la gran mayoría de mujeres tenemos más inteligencia emocional, sabemos descifrar —y en ocasiones— hasta adivinar lo que las personas piensan, mientras que muchos de ustedes jamás logran una verdadera madurez psicológica. La situación casi siempre se excusa bajo la famosa frase de que "los hombres son así".

El problema es que las reglas de género crean falsas profecías que se cumplen por sí solas. Y nos llevan a creer cuentos absurdos, como que los hombres, por ser hombres, no son buenos para limpiar o cocinar. Cuando lo cierto es que muchos no tienen estas destrezas porque nuestra cultura asigna estas tareas de cuidado a las mujeres, incluso desde la niñez. Pero claro que son capaces, o si no, ¿cómo se explica que la mayoría de chefs profesionales en el mundo sean hombres? Cuando ustedes quieren, pueden.

Asimismo, si seguimos pensando que los niños por naturaleza no tienen la misma madurez emocional que las niñas, siempre vamos a criar niños que pueden comportarse de cierta manera porque en teoría su género se los permite. Así que la idea de que ustedes, los hombres, son menos maduros que las mujeres, termina siendo una realidad. Pero es una realidad que se puede evitar.

Tampoco es verdad que las mujeres seamos mejores para comunicar lo que sentimos. He conocido a algunos hombres con una gran capacidad de comunicación. La diferencia entre esos casos excepcionales y los demás, es que han aprendido a expresarse mientras los demás siguen creyendo que, por el simple hecho de ser hombres, tienen menos habilidades para la comunicación y deben tragarse sus sentimientos. Y para ir un paso más allá, esta inmadurez emocional de muchos tal vez podría empezar a solucionarse con terapia psicológica, pero esta es una avenida de sanación prohibida para quienes han sido criados con la creencia de que deben ser autosuficientes, sufrir en silencio y jamás pedir ayuda.

He visto cómo el rechazo por lo femenino lleva al fortalecimiento de la homofobia, no solo porque ciertos hombres gays suelen encarnar características femeninas con más libertad, sino porque a los hombres se les

obliga a crecer con una obsesión por el sexo heterosexual y cualquiera que no aplauda esta obsesión es excluido, considerado raro o maricón. Perdí la cuenta de la cantidad de compañeros del colegio y de la universidad que, a pesar de tantos avances en materia de derechos LGBTIQ, siguen en el clóset.

Y no me malinterpreten: el sexo es algo maravilloso que todas las personas deberíamos disfrutar, pero la única "educación sexual" que muchos de ustedes han recibido ha sido a través de la pornografía clásica que los obliga a obsesionarse con un ideal del sexo en el que prevalece la violencia hacia la mujer, que ella supuestamente disfruta. Son varias las veces que me he enterado de hombres que tuvieron sus primeras experiencias sexuales con mujeres desconocidas a los trece o catorce años. Y demasiados han sido socializados para estar tan obsesionados con el sexo, que desde su perspectiva un hombre mujeriego, donjúan o casanova, se celebra, mientras que una mujer con un comportamiento similar siempre se considera una perra.

Y no hablo de esto como un asunto moral; cada quien es libre de tener todas las parejas sexuales que quiera, y el tipo de sexo que quiera —siempre que haya consentimiento de por medio, por supuesto—. El problema es cuando el modelo del deber ser interfiere con la libertad. El problema es cuando un niño de trece años se siente obligado a tener sexo para demostrar su hombría. El problema es que muchas veces lo presionan amigos de la misma edad que han aprendido en casa, en televisión, en el colegio y en todas partes que el hombre ideal es violento, domina, y es el que más sexo tiene, sin importar con quién y cómo lo logre. Lo grave es que muchos de esos niños que inician su vida sexual siendo niños son presionados por sus padres a comportarse así; incluso tradicionalmente han sido sus progenitores —o alguna otra figura paterna— quienes los han llevado a un burdel para que se "conviertan en hombres".

Debo decir también que evidenciar el sufrimiento de los hombres a causa del machismo no puede convertirse en una manera de excusar el abuso que muchas mujeres aún experimentan a manos de un sinnúmero de hombres. Pienso que es posible reconocer desde el feminismo que ustedes también sufren por culpa del machismo, y a la vez, crear espacios para hacer responsables a los que se han aprovechado y se siguen aprovechando

de sus privilegios patriarcales. Las dos cosas pueden ser verdad a la misma vez.

Opino que ustedes deben tener un rol activo en el feminismo. Considero que son una parte esencial de la ecuación para llegar a eliminar la opresión patriarcal. Y aunque hay feministas que piensan que los hombres solo deben ser aliados, les digo que estoy en desacuerdo con esa posición.

Según bell hooks, "como las mujeres, los hombres han sido socializados para aceptar pasivamente la ideología sexista. Aunque no deben culparse a sí mismos por aceptar el sexismo, deben asumir la responsabilidad de eliminarlo"[134]. Y pienso que la mejor forma de asumir esa responsabilidad es participando en el movimiento feminista.

Sigue hooks diciendo que

> la ideología separatista nos anima a creer que las mujeres solas podemos hacer la revolución feminista: no podemos. Ya que los hombres son los agentes primarios que mantienen y apoyan el sexismo y la opresión sexista, esta solo puede ser exitosamente erradicada si los hombres se ven conminados a asumir la responsabilidad de transformar su conciencia y la conciencia de la sociedad en su conjunto[135].

Para que puedan abrazar la etiqueta de feministas y unirse a esta causa, pienso que tienen que empezar por reconocer que los hombres cuentan con privilegios por el simple hecho de ser hombres. Lo mismo no sucede con las mujeres. Aunque, como todo, esto tiene sus matices. Visto desde la interseccionalidad, es verdad que hay mujeres más privilegiadas que ciertos hombres, como en el caso de una mujer blanca y adinerada que cuenta con más privilegios que un hombre negro sin dinero. Pero el privilegio y la discriminación surgen a partir del racismo y el clasismo. Ella no se ve beneficiada por el hecho de ser mujer y él no se ve afectado por el hecho de ser hombre. Por la misma razón, ese hombre negro con escasos recursos económicos tiene más privilegios en la sociedad que una mujer negra en las mismas condiciones económicas. Y un hombre blanco adinerado tiene más privilegios que una mujer blanca de la misma clase social, y por supuesto, más que una mujer negra.

Sé que al principio será un poco complicado y en ocasiones abrumador entender toda esta información. La buena noticia es que encontrar materiales educativos sobre feminismo es cada vez menos difícil, así cómo encontrar hombres que hace rato empezaron el proceso de elevar sus

conciencias. Inspírense en ejemplos de hombres que ya viven su realidad de una manera diferente, porque que los hay los hay. Conozco a varios. Y por si acaso en este momento no ubican a ninguno, propóngase ser ustedes los que inspirarán a los demás.

Asimismo les digo, queridos hombres, que si van a participar en las discusiones sobre feminismo, no intenten interrumpir a una mujer que está hablando sobre su experiencia con la famosa frase de "no todos los hombres". Es obvio e innecesario estar recalcando que "no todos los hombres" son de cierta manera u otra. Y lo que al final del día pretenden este tipo de afirmaciones es limpiar las conciencias de quienes las usan y quitarle el foco a la experiencia femenina para ponerlo una vez más sobre ustedes y su comodidad. No vamos a solucionar el problema de violencia contra las mujeres a punta de defender al género masculino. Por lo demás, las feministas ya sabemos que *no todos los hombres* son abusadores, pero es cierto que bastantes hombres sí lo son, suficientes como para que la mayoría de las mujeres sepan de qué estamos hablando cuando hablamos de abuso sexual, suficientes como para que esta sea la historia de vida de una de cada tres.

Hay otra frase que les pido que por favor dejen de utilizar y es: "A los hombres también les pasa". No intenten equiparar la discriminación patriarcal que experimentamos las mujeres con la que experimentan los hombres. Como recién expliqué, es cierto que hay hombres en peores situaciones que muchas mujeres y es necesaria una perspectiva interseccional para entender todos los sistemas de discriminación que se unen para que esto sea así, pero lo último que quiere escuchar una mujer que está intentando compartir y explicar las dificultades de vivir en mundo creado por y para hombres, o el miedo que tiene a ser abusada o asesinada por ser mujer, es un hombre que pretende redireccionar la conversación hacia los hombres, que en otras palabras, es redireccionar la conversación hacia donde siempre ha estado.

No estoy diciendo entonces que los problemas de ustedes no sean importantes, pero intentar equiparar la gravedad de la discriminación hacia las mujeres con la experiencia de los hombres desconoce la opresión histórica de las mujeres y derrota el propósito del feminismo.

En el mismo sentido, no pretendan ser los líderes de este movimiento. Ustedes ya lideran casi todos los países, empresas y hogares, y el feminismo es un espacio en el que las voces femeninas están llamadas a liderar.

Por esa razón, por favor no nos expliquen de qué se trata el feminismo, no nos expliquen cómo debemos liderar, no intenten micromanejar este movimiento. No saben la cantidad de hombres "feministas" que he tenido que ver ahogando las voces de mujeres, hablando por encima de ellas, afanados por explicarle al mundo de qué se trata el feminismo. Y para aclarar, aquí me adhiero a lo que dice la autora Rebecca Solnit en su famoso ensayo *Los hombres me explican cosas: "*A mí me encanta que las personas me expliquen cosas, si tienen conocimiento sobre el tema y me interesa y no lo conozco. Es cuando empiezan a explicarme cosas que yo sí sé, y ellos no, que la conversación fracasa"[136].

Lo que sí pueden y deben hacer como hombres feministas es cultivar su capacidad de escucha. Escuchen a las mujeres a su alrededor. Hagan un esfuerzo por entender lo que necesitamos y llevamos décadas pidiendo. Inclúyannos en las esferas de poder que ustedes ya controlan. Dejen de hacer paneles de discusión en los que solo participan hombres (conocidos como "maneles"). Vayan del dicho al hecho y eleven las voces femeninas en los espacios que lideran.

También les voy a pedir que dejen de decir "yo le ayudo a mi esposa" o "yo le ayudo a mi mamá" o cualquier otra frase parecida. Utilizar la palabra "ayuda" cuando se habla de la participación de los hombres en las tareas de cuidado del hogar, implica que la responsabilidad del trabajo doméstico está en cabeza de las mujeres y que ustedes nos están haciendo un favor al brindarnos apoyo de vez en cuando. Además, sugiere que su participación es opcional y que merecen una especie de premio por hacer las tareas del hogar que las mujeres siempre hemos tenido que hacer sin que nos paguen un peso.

Les voy a ilustrar la magnitud de este problema. Un reporte publicado en el 2021 por la organización Promundo afirmó que las mujeres dedican hasta diez veces más tiempo que los hombres al trabajo no remunerado en el hogar. Y que si seguimos al ritmo que vamos, tendrán que pasar noventa y dos años para alcanzar equidad en cuanto al trabajo doméstico no pago[137].

Así que es urgente que asuman un rol activo en el cuidado y que lo hagan sin pedir celebraciones ni premios a cambio. Entiendan que lavar los platos, barrer, cocinar, trapear o sacudir son responsabilidades de la vida adulta que no tienen nada que ver con el género. Entiendan que hacerse cargo de sus hijas e hijos, jugar con ellos, darles de comer o agendar una cita médica no los hace los mejores padres del mundo, los hace padres. Esto es de especial importancia, no solo porque es una manera clara de poner el feminismo en práctica e ir del dicho al hecho, sino porque la repartición de tareas en el hogar tiene efectos graves más allá de las cuatro paredes de nuestras casas. Por ejemplo, hay estudios para demostrar que repartir las responsabilidades del hogar de manera equitativa es necesario para que las mujeres seamos remuneradas en el trabajo de manera equitativa[138] y podamos asumir más posiciones de liderazgo[139], pues al dejar de cargar todo el peso del cuidado del hogar, podemos dedicarles más energía y tiempo a nuestras carreras profesionales.

Como hombres, es necesario que también asuman la responsabilidad de educar a nuestra niñez de una manera diferente. Ante todo, háganlo a través del ejemplo. Hago eco de lo que escribió la periodista Lydia Cacho en su libro *#Ellos Hablan:* "La inequidad de género no comienza con un niño maltratando a una niña, sino con un hombre educando a sangre y golpes a su hijo con el fin de hacerle saber que para obtener un lugar en el mundo hace falta ser hombre, cruel, violento y abusivo"[140]. Rompan esos patrones generacionales y demuéstrenles a sus hijos que es posible ser hombres de una manera diferente.

Tengan la valentía de hablar con sus amigos y familiares hombres sobre esto. Niéguense a participar en dinámicas denigrantes. Atrévanse a ser "lo suficientemente hombres" como para defender la igualdad y la dignidad de todas las personas. Piensen en estas palabras que dijo el actor estadounidense Justin Baldoni en su TED *talk Why I'm Done Trying to Be Man Enough (¿Por qué estoy cansado de ser lo suficientemente hombre?)*: "Los reto a que vean si pueden usar las mismas cualidades que les hacen sentir hombres para ir más allá. Su fuerza, su valentía, su dureza: ¿Podemos redefinir eso y usarlo para explorar nuestros corazones?... ¿serán lo suficientemente hombres para hacer frente a otros hombres cuando escuchan 'charlas de vestuario', cuando escuchan historias de acoso sexual?

Cuando oigan a sus hijos hablar de agarrar el culo o emborracharla, en realidad ¿se pondrán de pie y harán algo para que un día no tengamos que vivir en un mundo donde una mujer tiene que arriesgarlo todo para poder decir las palabras 'yo también'?"[141].

Por último, queridos hombres, es hora de que se den la oportunidad de abrazar las ideas, los gustos y los valores que desde siempre han sido considerados "cosas de mujeres". Si queremos destruir la masculinidad tóxica, tenemos que desligarnos de los patrones rígidos impuestos por el género y atrevernos a imaginar un futuro diferente. Un futuro en el que ser hombre o mujer no imponga expectativas absurdas. En el que los hombres puedan llorar, las mujeres puedan gritar y todas las personas podamos habitar todo el espectro de las emociones humanas en absoluta libertad. Niéguense a vivir sus vidas dentro de la jaula del machismo, vayan a terapia si eso es lo que necesitan, atrévanse a sentir todos sus sentimientos, decidan ser auténticos y vulnerables sin importar el qué dirán. Les digo que, si en verdad quieren llamarse feministas, el cambio empieza por ustedes.

---

131 Liz Plank. *For the Love of Men.* Nueva York: St. Martin's Press, 2019. p. 290.

132 Chimamanda Ngozi Adichie. "We Should All Be Feminists". TEDXEuston, diciembre de 2012. https://www.ted.com/talks/chimamanda_ngozi_adichie_we_should_all_be_feminists

133 Farida D [©farida.d.author]. Post Toxic Masculinity. *Instagram,* abril 26, 2021, https://www.instagram.com/p/COIyG9Uhszu/

134 bell hooks. *Feminist Theory from Margin to Center.* Nueva York: Routledge, 2015. p. 73.

135 *Idem,* p. 83.

136 Rebecca Solnit. «Men Explain Things to Me» en: *Men Explain Things to Me.* Chicago: Haymarket Books, 2014. p. 41.

137 Gary Barker, Aapta Garg, Brian Heilman, Nikki van der Gaag y Rachel Mehaffey. State of the World's Fathers 2021: Structural Solutions to Achieve Equality in Care Work Executive Summary. *Men Care, Promundo.* Disponible en: https://men-care.org/resources/state-of-the-worlds-fathers-2021-structural-solutions-to-achieve-equality-in-care-work-executive-summary/. Acceso el 22 de junio de 2021.

138 Maryland Population Research Center. "Reflections on the Future of the Second Half of the Gender Revolution". *Maryland Population Research Center,* https://www.popcenter.umd.edu/news/news_1500574447256. Acceso el 22 de junio de 2021.

139 Anna Almendrala. "Unequal Housework Could Be Damaging Women's Health". *Huffpost,* 22 de junio de 2016, https://www.huffpost.com/entry/equally-dividing-housework-household-chores_n_576875ebe4b0fbbc8beb7012 Acceso el 22 de junio de 2021.

140 Lydia Cacho. *#Ellos Hablan.* Ciudad de México: Penguin Random House Grupo Editorial, 2018. p. 20.

141 Justin Baldoni. "Why I'm done trying to be 'man enough'". TEDWomen 2017, noviembre 2017. https://www.ted.com/talks/justin_baldoni_why_i_m_done_trying_to_be_man_enough/up-next#t-187688

CAPÍTULO 10

Volver al amor propio

Será que el sol se pregunta ¿Soy bueno? ¿Valgo la pena? ¿Hay suficiente de mí? No. Arde, brilla. Será que el sol se pregunta ¿Qué piensa la luna de mí? ¿Qué siente Marte por mí hoy? No, arde, brilla. Será que el sol se pregunta ¿Soy igual de grande que otros soles en otras galaxias? No, arde, brilla.

—ANDREA DWORKIN

Durante los últimos años he dictado varios cursos introductorios sobre feminismo en los que, al final, mis estudiantes se encuentran afanadas por poner lo aprendido en práctica y por compartir esta visión del mundo con todo el que esté dispuesto a escuchar. Muchas quieren saber cómo seguir expandiendo este mensaje y, sobre todo, cómo ser la feminista ideal. Me dicen: "Me declaro feminista ¿y ahora qué? ¿Me paro en la calle con una pancarta? ¿Lo incluyo en la descripción de mi perfil en redes sociales? ¿Lo grito a los cuatro vientos? ¿Qué hago con esta conciencia adquirida?".

Al principio, siento que las decepciono. Siento que las decepciono porque no tengo respuestas específicas para todas sus preguntas ni mucho menos un manual de operación para vivir en este mundo como feministas. En cambio, les digo que lo feministas no nos quita lo humanas, así que aquí tampoco hay perfección ni un único camino.

Algunas nuevas feministas se volverán activistas incansables y asistirán a todas las marchas posibles. Habrá quienes se leerán cuánto libro encuentren sobre feminismo, se dedicarán a pensar en aproximaciones diferentes y hasta tal vez publiquen algo al respecto. Algunas entablarán

conversaciones difíciles en la mesa del comedor familiar y con sus palabras elevarán la conciencia de quienes la rodean. Y otras más lograrán esto a través del ejemplo, eligiendo la carrera que siempre han soñado, dándose cuenta de que la pareja que tenían no las merece o atreviéndose a vivir su día a día de una manera diferente, con más valentía y menos miedo. Todas estas posibilidades son igual de válidas, y así como habrá quienes lo hagan todo, otras harán cambios pequeños y en apariencia imperceptibles, pero importantes.

Me parece valiosísimo esto que escribió la autora Vivian Gornick: "Somos un movimiento genuinamente de base amplia que depende para su vida no de la existencia de un liderazgo estructurado sino de la conciencia interiorizada de que todos y cada uno de nosotros en su propia persona, su propio trabajo, su propia vida: somos una fuerza para la difusión feminista. Hablamos de llegarle a la gente. Se nos olvida: somos la gente. Toda feminista, consciente o inconscientemente, es una organizadora entre la gente. Cada feminista, en cada momento de su vida basada en principios, está aumentando, osmóticamente, la atmósfera social en la que se arraiga la fuerza de reunión para el cambio"[142].

Dicho esto, si bien no hay una manera perfecta de navegar el mundo como feministas, en el tiempo que llevo andando este camino he descubierto que empezar por nosotras mismas y, en particular, empezar por el amor propio como una manifestación inequívoca y poderosa del feminismo, hace toda la diferencia.

* * *

Confieso que he pasado gran parte de mi vida batallando contra la idea de la insuficiencia. Sé que no estoy sola en esto. Me he preguntado: ¿Por qué no puedo ser más callada? ¿Por qué tengo que hablar tan duro? ¿Por qué tengo que abarcar tanto espacio? ¿Por qué no puedo ser más flaca? ¿Por qué no puedo ser más bonita? ¿Por qué no puedo ser menos brava? ¿Por qué quiero liderar? ¿Por qué tengo que ser problemática? ¿Cuál es la necesidad de llevar la contraria? ¿Quién me creo? Recordarme que soy digna de amar, ser amada y existir con libertad, tal y como soy, es uno de los regalos más grandes que me ha dado el feminismo.

Visto de la manera más cruda posible, el patriarcado nos ha enseñado a las mujeres a odiarnos a nosotras mismas, a cuestionar nuestro valor y a comparar lo que somos o queremos ser con lo que deberíamos ser. El machismo nos hace pequeñas, nos mete en una caja y nos impide explorar nuestro máximo potencial. Como lo advirtió la filósofa Charlene Spretnack, "todas las versiones del patriarcado convergen en un único propósito: prevenir que las mujeres experimentemos nuestro poder"[143].

Y en verdad es una estrategia perfecta, porque así nadie nos tiene que controlar. Terminamos siendo nosotras mismas las que facilitamos el fortalecimiento del machismo cuando cuestionamos nuestro poder y dudamos del valor de nuestra existencia. Bien decía la autora Alice Walker que "la forma más común en la que las personas renuncian a su poder es pensando que no tienen ninguno". Y es así como día a día muchas de nosotras cortamos nuestras propias alas y cimentamos los límites a nuestros sueños, al creer que ser mujeres disminuye nuestro merecimiento.

Escribo esto a sabiendas de que es más fácil teorizar sobre el amor propio que ponerlo en práctica. Cultivar el amor propio es retador cuando toda la vida a las mujeres nos han hecho creer que nuestro valor depende de lo que hagamos por y para los demás. Estamos entrenadas para pensar que una vida con dolor, dificultad y abnegación es la que las mujeres adecuadas debemos vivir. Miramos a nuestro alrededor y nuestras abuelas, madres, tías y hermanas refuerzan estos ideales. Con pocas excepciones, desde que somos pequeñas crecemos con la creencia de que existimos para complacer y acomodar las necesidades ajenas, para que todas las personas estén bien, sin importar cómo nos sintamos nosotras. La feminista Andrea Dworkin explicó este fenómeno muy bien: "La mujer no nace: se hace. En el proceso, su humanidad se destruye. Se convierte en símbolo de esto, símbolo de aquello: madre de la tierra, puta del universo; pero nunca se vuelve ella misma porque le está prohibido hacerlo"[144].

Abrazar el amor propio como un acto de feminismo es abrazar la valentía para ser la versión más auténtica de nosotras mismas y abandonar la idea de que el sacrificio es la única manera de tener valor como mujeres.

Aparte de definirnos por lo que hacemos por y para los demás, es común que nuestra identidad se defina por el hombre que tengamos más cerca en dado momento. Somos la hija de, la hermana de, la esposa de, la

mujer de. Llegamos a ser vistas como un anexo a la existencia masculina. Por ejemplo, desde que me mudé con mi esposo a Estados Unidos, en ciertas reuniones de su trabajo reemplazan mi nombre completo por la palabra "Mrs." (señora de) y el apellido de él, a pesar de que no he cambiado mi nombre. Este simple hecho, por más de que ha sucedido varias veces, siempre me deja atónita. Me impresiona lo rápido que mi identidad puede desaparecer y la manera en la que, de un momento a otro, puedo ser reducida a un accesorio de mi marido gracias a una anticuada tradición patriarcal. Antes del feminismo, tal vez hubiese pensado que no valía la pena, que no tenía derecho a molestarme por ese acto de anulación, que esa era la tradición y la tradición merecía más respeto que mi propia identidad, pero es gracias a mi formación feminista que hoy me siento capaz de expresarle ese disgusto a mi esposo y de entender que es una reacción válida y justificada. Y a pesar de que es probable que la situación se siga presentando, sentirme a salvo para manifestar mi molestia es en sí liberador.

Es difícil para muchas entender quiénes somos más allá de los límites patriarcales porque el amor propio —en especial en la cultura latinoamericana— se nos ha vendido como un acto de profundo egoísmo. Y el egoísmo es pecado mortal. Nuestro interés en ser reconocidas como personas valiosas con opiniones propias e ideas importantes se tilda de narcisismo, pero lo interesante, explica la artista Sheila Hicks, es que aquellos "en posiciones de poder eclesiástico, político o económico que todavía insisten en que el peor pecado es el egoísmo o el interés propio no están aplicando esas categorías a sí mismos, sino a quienes quieren mantener subordinados"[145].

Por lo demás, el amor propio es un reto titánico cuando tantas hemos crecido creyendo que solo existe un modelo de belleza posible y que debemos consumir todo lo que se nos venda para tratar de alcanzarlo. Es común que este modelo estético cambie según los gustos de los hombres que nos rodean, y en Latinoamérica ese estándar que no solo está influenciado por el machismo, sino también por el racismo y el clasismo, lo suele encarnar una mujer a la que no le pasan los años, flaca pero voluptuosa, con la piel perfecta, bronceada pero jamás negra, con el pelo largo y liso como una baba, sin un trazo de vello corporal sino suave como un bebé.

En Medellín, la ciudad en la que nací y pasé mi adolescencia, la presión para personificar estos estándares es sobresaliente. Desde los doce años me he mirado al espejo infinitas veces cuestionando mis facciones, juzgando el ancho de mis caderas, soñando con un abdomen plano y cuadriculado y siempre pensando que debería ser más flaca. Anhelando con cambiar ciertas partes de mí, a esa edad ya sentía la necesidad de hacer dieta y junto con varias compañeras de clase tomábamos todo tipo de menjurjes para adelgazar. Tuve muchas amigas que a sus quince años no recibieron fiestas ni viajes sino implantes de silicona, y sentir una especie de competencia tácita entre nosotras para llamar la atención de los hombres que nos rodeaban era lo normal.

El feminismo desafía estos estándares de belleza. Nos da permiso para liberarnos de ellos y nos pide cuestionar ese modelo único de estética que ha sido reforzado con el objetivo último de ser deseadas por un hombre. Nos permite preguntarnos, si ignorara esos estándares, ¿cómo se sentiría la libertad?, ¿qué me parecería hermoso a mí?, ¿cómo puedo amarme y aceptarme por lo que soy hoy?

Es común el mito de la feminista horrorosa y peluda que siempre me ha dado un poco de risa pero que revela información importante sobre lo que la sociedad machista quiere que pensemos sobre las mujeres feministas. Detrás de ese mito está la supuesta idea absurda de que una feminista jamás será hermosa ni deseable.

No es que el feminismo determine que cuidar de nuestro aspecto físico sea despreciable o que para ser feministas no es posible ser delgadas o estar entaconadas, depiladas y maquilladas. Lo que el feminismo hace, más bien, es invitarnos a vivir con la mayor cantidad de libertad, lo cual nos lleva a cuestionar los estándares de belleza que se presentan como inamovibles y a entender que no existen condiciones para que una mujer sea considerada bella, pues el modelo de perfección que nos han vendido toda la vida es un invento arbitrario. El lente feminista desdibuja la idea de que la belleza es una característica rígida y reservada para unas pocas o que un solo tipo de aspecto físico nos hará valiosas.

Permítanme un ejemplo trivial para explicar este razonamiento: nuestra sociedad tiene una obsesión con las mujeres depiladas. ¿Por qué incomoda tanto la idea de que una mujer tenga vello corporal? Creo que tiene algo que

ver con que la revelación del pelo en las piernas, en las axilas o en la cara es una especie de recuerdo intolerable de que las mujeres somos seres humanos comunes y corrientes. A lo largo de mi adolescencia me preocupaba tanto la depilación, que prefería tener la piel irritada y adolorida que peluda. E incluso, a veces después de depilarme, me mortificaba la sombra que permanecía, recordándome que a pesar de mis esfuerzos no lograba ser perfecta. Me molestaba tener que gastar dinero, tiempo y paz en esto, pero lo hacía sin cuestionarlo porque jamás se me ocurrió que tenía la opción de elegir algo distinto o que podía pensar en mi comodidad por encima de lo que dirían los demás. Para mí la ecuación era muy sencilla: cada centímetro de mi piel que se desviaba de los estándares de belleza femenina establecidos le restaba puntos a mi valor como mujer.

Ahora, es cierto que algunas mujeres feministas eligen no depilarse jamás como un acto de rechazo a los ideales de belleza arbitrarios y como una manera de sentirse libres en su propia piel. Ver mujeres elegir una opción tan diferente me ha permitido ver que no existe una única manera de vivir. Yo me he dado cuenta de que a veces prefiero una cosa y a veces prefiero la otra, y que ninguna de las dos opciones me hace más o menos valiosa.

Antes de ser una carta blanca para juzgar a aquellas que deciden depilarse, adelgazar, hacerse cirugía plástica o entaconarse, el feminismo es una herramienta para darnos permiso de no hacerlo si no se nos da la gana, permitiéndonos encarnar nuestra humanidad sin vergüenza. También advirtiendo que las manifestaciones de esa humanidad y la manera en la que decidimos asumirlas en nuestras vidas no deberían tener influencia alguna sobre nuestro valor como persona, el amor que sentimos por nosotras mismas o nuestras creencias sobre la vida que nos merecemos.

Ante este clima social, en el que una mujer que se ama a sí misma de manera incondicional es tildada de egoísta, sinvergüenza y hasta fea, elegir el amor propio de todos modos es un gran acto de valentía y feminismo.

Dicho de otro modo, el feminismo eleva la importancia de la diferencia, la diversidad y la originalidad, nos invita a amarnos y a aceptarnos por lo que somos o elegimos ser de manera libre y a escoger el aspecto físico que se nos plazca, no para ganar la aprobación masculina, que es lo que siempre

nos han invitado a añorar, sino para ganar nuestra propia aprobación, que es la única que importa.

* * *

El amor propio me ha servido de brújula para enfrentar las dificultades que a veces surgen a lo largo de este camino feminista.

Quienes ya se autodenominan feministas sabrán que cuando el feminismo llega a nuestras vidas —cosa que suele suceder en el momento en el que más lo necesitamos— lo hace para quedarse. Una vez elevada la conciencia, no hay vuelta atrás. Esta metamorfosis es liberadora, apasionante y aterradora a la vez, pues sin duda viene con dolores de crecimiento.

Es común que, al abrazar el feminismo, dinámicas que antes considerábamos normales o que pasaban desapercibidas se vuelvan aparentes y cuestionables. Es normal que lo que antes tragábamos entero, empiece a producir rabia, impotencia y agotamiento, y que miles de preguntas de toda índole empiecen a rondar por nuestra mente: ¿Por qué nunca ha habido una presidenta? ¿Por qué mi hermano se queda aplastado en el sofá mientras yo, mujer, tengo que lavar los platos? ¿Por qué no puedo caminar por mi barrio sin ser acosada? ¿Por qué mi jefe me dice niña y a mis colegas hombres señor? ¿Por qué me pagan menos que a ellos? ¿Por qué hay hombres decidiendo sobre el cuerpo de las mujeres? ¿Por qué se cree que Dios es hombre? La lista es infinita.

Tal vez más difíciles aún son las preguntas que nos llevan a cuestionarnos a nosotras mismas. Ante el conocimiento feminista, es común que empecemos a pasar una lupa por todos y cada uno de los aspectos de nuestras vidas para juzgar y cuestionar nuestra coherencia, preguntándonos qué pensarán nuestras "ídolas" feministas sobre nuestros gustos y decisiones.

Es irónico, porque en el proceso de deconstruir la caja patriarcal en la que hemos estado atrapadas gran parte de nuestras vidas, a veces, intentamos construir una caja nueva en nombre del feminismo. Sin darnos cuenta, la presión para ser mujeres adecuadas se ve reemplazada por

presión para ser feministas adecuadas. De nuevo predomina la idea de la insuficiencia.

Utilizar el amor propio como guía nos permite entender que no todo lo vamos a hacer de manera perfecta, que desaprender las creencias que han sido inculcadas en nuestras vidas y en las vidas de nuestras madres y abuelas no es una tarea sencilla, así que merecemos un poco de gracia y comprensión. Bien lo dijo Sarah Ahmed cuando escribió que "convertirse en feminista es permanecer siendo una estudiante"[146]. Reconocernos como estudiantes es darnos el espacio para cometer errores y el tiempo para entender la profundidad y las implicaciones de ciertos conceptos. Ser feministas no significa que de repente el machismo desaparecerá de nuestras vidas, sino más bien que tendremos las herramientas para reconocerlo y cambiarlo, así sea poco a poco.

Empecé este libro diciendo que soy mala feminista; lo sostengo y comulgo por completo con lo dicho por Roxane Gay: "Acepto la etiqueta de mala feminista porque soy humana. Soy compleja. No intento ser un ejemplo. No intento ser perfecta. No estoy tratando de decir que tengo todas las respuestas. No estoy tratando de decir que tengo razón. Solo estoy tratando de apoyar lo que creo, tratando de hacer algo bueno en este mundo, tratando de hacer algo de ruido con mi escritura y al mismo tiempo ser yo misma"[147].

Para no reproducir en el feminismo las mismas dinámicas de poder que le criticamos al patriarcado es necesario empezar por el amor propio. Este, como brújula dentro del feminismo me ha hecho recordar, una y otra vez, que el autocuidado, el descanso y la compresión hacia nosotras mismas son formas válidas e importantísimas de rebeldía en una sociedad que todo el tiempo nos pide dar, hacer y sacrificarnos por los demás.

La idea de mujer sacrificada predomina tanto en nuestra sociedad que muchas veces es una expectativa dentro del feminismo. A veces, pareciera que las "buenas feministas" tienen que sacrificar su bienestar por la liberación colectiva, sin importar el costo de esa lucha. Y así, en ocasiones asumimos un rol de salvadoras de la humanidad, teniendo discusiones sobre feminismo con todo el que exhiba un comportamiento machista y perdiendo valiosa energía con personas que en realidad no están dispuestas a escuchar ni a cambiar. El amor propio se manifiesta como la libertad para poner

límites y proteger nuestro bienestar, permitiéndonos definir cuándo sí vale la pena tener una discusión y cuándo nuestras palabras serán echadas en saco roto.

Es común, ante la presión por cumplir con ciertos estándares de comportamiento, sentir que queremos un descanso del feminismo. Sé que no soy la única que a veces se siente exhausta y que en ocasiones romantiza el pasado, fantaseando con volver a aquella época de la despreocupación y la inconciencia, en la que no tenía discusiones difíciles con las personas que amo y todo parecía más simple. Sin embargo, me he dado cuenta de que ese afán por descansar del feminismo en realidad es un afán por descansar de los juicios hacia nosotras mismas y por extensión hacia las demás, que tantas veces hemos disfrazado de feminismo. Me parece que ese afán por descansar del feminismo en realidad es un afán por priorizar nuestro bienestar y por poner el amor propio en práctica.

Además, el amor propio no solo es una herramienta fundamental para la liberación personal sino también para la liberación colectiva.

Esto afirmó la sacerdotisa Maryam Hasnaa: "Las mujeres que se aman a sí mismas aman a otras mujeres"[148]. Así, cuando me amo a mí misma, es más fácil liberar los juicios que tengo sobre las vidas de las demás. En cambio, cuando soy dura e intransigente conmigo misma, es común ser igual o peor con otras. Cuando estoy en paz con lo que soy, es posible practicar la verdadera empatía, que tanta falta le hace a la humanidad, y a veces, al movimiento feminista. Pues si bien la palabra ha cobrado mucha fuerza en los últimos años dentro de los movimientos de justicia social, a veces pareciera que estamos listas para exigirle este valor a quienes vemos como adversarios, pero no para ponerlo en práctica. O que solo estamos dispuestas a ser empáticas con quien ya piensa como nosotras, derrotando por completo el propósito de esta idea.

Hay que aceptar que, en algún punto del despertar feminista, no es inusual que muchas de nosotras decidamos, por lo general sin darnos cuenta, que esta nueva conciencia nos hace mejores que a otras personas que no ven lo que nosotras vemos. Y muchas, incluyéndome, hemos utilizado ese conocimiento adquirido como un permiso para avergonzar, vigilar o culpar a las demás, evaluando quién sí se comporta a la altura del feminismo y quién no, y juzgando a otras mujeres que han decidido vivir

sus vidas de una manera diferente a la que nosotras elegiríamos. Yo también he asumido ese rol agotador de la policía feminista, que en mi caso particular es un rol bastante hipócrita si consideramos que yo misma desprecié y malinterpreté a ese movimiento.

He sido esa persona, y a veces todavía lo soy, pero es el amor propio como ancla lo que me ha permitido volver a encaminarme.

Pienso que no podemos dar lo que no tenemos y el amor propio me libera de esa falsa sensación de superioridad. Me recuerda que, en todos los momentos de mi vida, incluso en los que he cometido infinitos errores y he actuado de una manera cuestionable, en verdad he dado lo mejor de mí con la información que tenía en su momento. Al reconocer mis falencias y mi propio proceso de crecimiento y al recordar el largo camino que he recorrido para llegar a las creencias que hoy abrazo, veo que no fue fácil y puedo ponerme en el lugar de quienes piensan y actúan de una manera diferente. Al abandonar los juicios hacia mí misma, entiendo la importancia de abandonar los juicios hacia los demás. Y aunque no esté de acuerdo con todas las posiciones ajenas, al menos puedo permitirme escuchar.

Gloria Steinem, acérrima defensora de la empatía, alguna vez la describió como la emoción más radical de todas las emociones humanas, resaltando, con acierto, que "si escuchas, verdaderamente escuchas, a un adversario, probablemente encontrarás al menos un objetivo en el que están de acuerdo. Y aún si no es así, reducirás el nivel de hostilidad al abrirte y honrar las visiones de tu adversario"[149].

Puesta en práctica la empatía nos permite ampliar el alcance del mensaje del feminismo y fortalecer la sororidad, ese amor y apoyo entre nosotras, que a pesar de todas las dificultades es lo que nos permite continuar. Y en últimas, nos recuerda que jamás estamos solas en esta lucha feminista, en esta lucha por vivir una vida libre, que es la que todas las personas merecemos.

Anaís Nin escribió que "todos estamos comprometidos con la tarea de despegar el yo falso, el yo programado, el yo creado por nuestras familias, nuestras culturas, nuestras religiones"[150]. Esto es lo que nos permite el feminismo: ver la vida desde una nueva perspectiva. Abandonar el yo falso. Perder el miedo. Desaprender. Volver al amor hacia nosotras mismas.

Renunciar a los juicios y al deber ser. Conectar con la esencia de lo que somos. Descubrir la libertad. Ser como el sol. Brillar.

---

142 Vivian Gornick. *Taking a Long Look.* Brooklyn, NY: Verso, 2021. p. 237.

143 Charlene Spretnack. *The Politics of Women's Spirituality.* Garden City, NY: Anchor Books, 1982. p. xii.

144 Andrea Dworkin. *Pornography: Men Possessing Women.* Londres: Women's Press, 1981. p. 128.

145 Sheila D. Hicks, "The Personal is Political" en *The Politics of Women's Spirituality.* Charlene Spretnack (ed.) (Garden City, NY: Anchor Books, 1982), 363.

146 Sarah Ahmed. *Living a Feminist Life.* Durham, NC: Duke University Press, 2017. p. 11.

147 Roxane Gay. *Bad Feminist.* Nueva York: Harper Perennial, 2014. p. xi.

148 Maryam Hasnaa (@Maryamhasnaa). "Women who love themselves love other women". *Twitter,* Junio 25 de 2017, 3:25 p.m. https://twitter.com/maryamhasnaa/status/879073139329830912?lang=en

149 Gloria Steinem. *The Truth Will Set You Free, But First it Will Piss You Off!* Nueva York: Random House, 2019. p. 87.

150 Anaïs Nin. "Eroticism in Women" en: *In Favor of the Sensitive Man.* San Diego: Harcourt Brace, 1994. p. 4.

Agradecimientos

No estaría escribiendo estas palabras si no fuera por el apoyo incondicional del círculo de amor que me rodea. Ma y Pa, gracias por amar todas las versiones de mí. Gracias por animarme a perseguir mis sueños. Gracias por creer en mí —y más aún— por enseñarme a creer en mí misma. Wotty y Wammy, gracias por ser mis primeras lectoras, mis editoras, mis porristas, mis cómplices y mis mejores amigas. Deseo una hermandad como la nuestra para todas las personas del mundo. Jorge, gracias por lanzarte al vacío conmigo. Gracias por darme ánimos, por cuestionar y fortalecer mis argumentos, por disipar mi ansiedad. Desde que te dije que quería escribir un libro, has hecho todo por apoyarme. Te amo. Camilo Upegui, Juanita López, María Toro, Laura Romero, Nora Picasso, Daniela Gómez, Trinidad Zuluaga, Elisa Ángel, Ximena Manrique y todas las personas que me han sostenido en este proceso, gracias por escucharme, aconsejarme y celebrarme. A Carolina Vegas, mi editora y ahora amiga, gracias por creer en esta idea, darle un hogar a mi primer libro y enriquecerlo con tus comentarios. Gracias a mis estudiantes del curso *Feminismo 101,* no saben lo que su curiosidad, honestidad e inteligencia aportaron a estos ensayos. Gracias a todas las feministas que, a pesar de tantas dificultades, allanaron y continúan allanando el camino. Son una fuente de inspiración inagotable. Este libro y esta vida son mejores gracias a ustedes.

Bibliografía

LIBROS

Amy Westervelt. *Forget «Having It All»: How America Messed Up Motherhood—and How to Fix It.* Nueva York: Seal Press, 2018.

Anaïs Nin. *In Favor of the Sensitive Man.* San Diego: Harcourt Brace, 1994.

Andrea Dworkin. *Pornography: Men Possessing Women.* Londres: Women's Press, 1981.

_____. *Right Wing Women.* Nueva York: Perigee Books, 1983.

Audre Lorde. *Sister Outsider.* Berkeley, Crossing Press, 2007.

_____. *The Master's Tools Will Never Dismantle the Master's House.* Londres: Penguin Random House UK, 2017.

_____. *Your Silence Will Not Protect You.* Reino Unido: Silver Press, 2017.

bell hooks. *All About Love: New Visions.* Nueva York: William Morrow, 2000.

_____. *Feminism is for Everybody: Passionate Politics.* Nueva York: Routledge, 2015.

_____. *Feminist Theory from Margin to Center.* Nueva York: Routledge, 2015.

Catalina Ruiz-Navarro. *Las mujeres que luchan se encuentran.* Bogotá D. C: Grijalbo, 2019.

Catharine A. MacKinnon. *Feminism Unmodified: Discourses on Life and Law.* Cambridge, MA: Harvard University Press, 1987.

Chanel Miller. *Know My Name.* Nueva York: Viking, 2019.

Charlene Spretnack. *The Politics of Women's Spirituality.* Garden City, NY: Anchor Books, 1982

Chimamanda Ngozi Adichie. *Dear Ijeawele, or a Feminist Manifesto in Fifteen Suggestions.* Nueva York: Anchor Books, 2017.

_____. *Todos deberíamos ser feministas* (traducción de Javier Calvo). Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial, 2018.

Gerda Lerner. *The Creation of Patriarchy.* Nueva York: Oxford University Press, 1987.

Gloria Steinem. *My Life on the Road.* Nueva York: Random House, 2015.

_____. *Revolution from Within.* Boston: Little, Brown and Company, 1993.

_____. *The Truth Will Set You Free, But First it Will Piss You Off!* Nueva York: Random House, 2019.

J.M. Coetzee. *Contra la censura* (traducción de Ricard Martínez i Muntada). Madrid: Debate, 2007.

Jill Filipovic. *The H Spot: The Feminist Pursuit of Happiness.* Nueva York: Nation Books, 2017.

Kate Millet. *Sexual Politics.* Nueva York: Avon Books, 1971.

Lilly Dancyger. *Burn it Down Women Writing About Anger.* Nueva York: Seal Press, 2019.

Liz Plank. *For the Love of Men.* Nueva York: St. Martin's Press, 2019.

Lydia Cacho. *#Ellos Hablan.* Ciudad de México: Penguin Random House Grupo Editorial, 2018.

Marcela Lagarde. *El Feminismo en mi vida.* Ciudad de México: Instituto de las Mujeres de la Ciudad de México, 2012.

Martin Luther King Jr. *Strength to Love.* Cleveland, OH: Fortress Press Gift Edition, 2010.

Mary Beard. *Women and Power.* Nueva York: Liveright Publishing Corporation, 2017.

Mauricio García Villegas, Isabel Cristina Jaramillo Sierra y Esteban Restrepo Saldarriaga. *Crítica jurídica: Teoría y sociología jurídica en los Estados Unidos.* Bogotá D. C.: Ediciones Uniandes, 2006.

Mikki Kendall. *Hood Feminism.* Nueva York: Viking, 2020.

Nawal El Saadawi, *The Hidden Face of Eve.* Nueva York: Zed Books, 2007.

Nuria Varela. *Feminismo para principiantes.* Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial, 2020.

Patricia Pinzón de Lewin. *Esmeralda Arboleda: La mujer y la política.* Bogotá, D. C.: Taller Edición Roca, 2014.

Rebecca Solnit. *Los hombres me explican cosas* (traducción de Marina Álamo Bryan). Ciudad de México: Ediciones Antílope, 2017.

_____. *Men Explain Things to Me.* Chicago: Haymarket Books, 2014.

Roxane Gay. *Bad Feminist.* Nueva York: Harper Perennial, 2014.

Sarah Ahmed. Living a Feminist Life. Durham, NC: Duke University Press, 2017.

Simone de Beauvoir. *The Second Sex.* Nueva York: First Vintage Books Edition, 2011.

Soraya Chemaly. *Rage Becomes Her.* Nueva York: Atria, 2019.

Vivian Gornick. *Taking a Long Look.* Brooklyn, NY: Verso, 2021.

Walter Riso. *Amar o depender.* Bogotá D. C.: Editorial Planeta, 2012.

ARTÍCULOS CIENTÍFICOS Y ACADÉMICOS

Ana de Miguel Álvarez. "La construcción de un marco feminista de interpretación: la violencia de género". *Cuadernos de Trabajo Social,* vol. 18, 2005, pp. 231-248.

Elizabeth G. Raymond y David A. Grimes. "The comparative safety of legal induced abortion and childbirth in the United States". *Obstetrics & Gynecology,* vol. 119, nro. 2, febrero de 2012, pp. 215-219. Doi: https://doi.org/10.1097/AOG.0b013e31823fe923

G. Hovey. "Abortion: A History." *Planned Parenthood Review,* vol. 5, nro. 2, 1985: pp.18-21.

Centers for Disease Control and Prevention (CDCP). "Abortion Surveillance - United States, 2016". *Centers for Disease Control and Prevention (CDCP),* https://www.cdc.gov/mmwr/volumes/68/ss/ss6811a1.htm. Acceso el 22 de junio de 2021.

John S. Santelli, Leslie M. Kantor et al. "Abstinence-Only-Until-Marriage: An Updated Review of U.S. Policies and Programs and Their Impact,". *Journal of Adolescent Health,* vol. 61, nro. 3, septiembre de 2017, pp. 273-280. Doi: https://doi.org/10.1016/j.jadohealth.2017.05.031

John S. Santelli, Stephanie A. Grilo et al. "Does Sex Education Before College Protect Students From Sexual Assault In College?". *PLoS One,* vol. 13, nro. 11, 2018. Doi: https://doi.org/10.1371/journal.pone.0205951

Kate Zittlow Rogness. "The Vote as Voice: Tracing the Intersections of Feminism and Free Speech Through Emmeline Pankhurst's Address 'Freedom or Death'". *First Amendment*

Studies, vol. 49, nro. 2, julio de 2015, pp. 71-85. Doi: https://doi.org/10.1080/21689725.2015.1080986

Kimberlé Crenshaw. "Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence against Women of Color." *Stanford Law Review,* vol. 43, nro. 6, 1991, pp. 1241-1299. Doi: https://doi.org/10.2307/1229039

Paul Larson. "Consciousness-Raising Groups". En: *Encyclopedia of Critical Psychology.* Nueva York: Springer, 2014. Doi: https://doi.org/10.1007/978-1-4614-5583-7_603

T.C. Jatlaoui, L. Eckhaus, M.G. Mandel *et al.* Abortion Surveillance - United States, 2016. *MMWR Surveill Summ 2019,* vol. 68, nro. SS-11, pp. 1-41. Doi: http://dx.doi.org/10.15585/mmwr.ss6811a1external icon.

Victoria L. Brescoll. "Who Takes the Floor and Why: Gender, Power, and Volubility in Organizations". *Administrative Science Quarterly,* vol. 56, nro. 4, diciembre de 2011, pp. 622–641. Doi: https://doi.org/10.1177/0001839212439994

Victoria L. Brescoll y Eric Luis Uhlmann. "Can an Angry Woman Get Ahead?: Status Conferral, Gender, and Expression of Emotion in the Workplace." *Psychological Science,* vol. 19, nro. 3, marzo de 2008, pp. 268-275. Doi: https://doi.org/10.1111/j.1467-9280.2008.02079.x

NOTICIAS Y ARTÍCULOS

Ani Hao. "In Brazil, women are fighting against the sexist impeachment of Dilma Rousseff". *The Guardian,* 5 de julio de 2016, https://www.theguardian.com/global-development/2016/jul/05/in-brazil-women-are-fighting-against-the-sexist-impeachment-of-dilma-rousseff. Acceso el 22 de junio de 2021.

Animal Político. "6 millones de víctimas de violencia sexual y 99% de casos sin investigar en el segundo semestre de 2019". *Animal Político,* 22 de enero de 2020, https://www.animalpolitico.com/2020/01/victimas-violencia-sexual-cifra-negra-2019/. Acceso el 22 de junio de 2021.

Anjali Tsui, Dan Nolan y Chris Amico, "Child Marriage in America by the Numbers". *PBS Frontline,* 6 de julio de 2017, http://apps.frontline.org/child-marriage-by-the-numbers/. Acceso el 22 de junio de 2021.

Anna Almendrala. "Unequal Housework Could Be Damaging Women's Health". *Huffpost,* 22 de junio de 2016, https://www.huffpost.com/entry/equally-dividing-housework-household-chores_n_576875ebe4b0fbbc8beb7012. Acceso el 22 de junio de 2021.

Audrey Carlsen, Maya Salam, Claire Cain Miller, Denise Lu et al. "#MeToo Brought Down 201 Powerful Men. Nearly Half of Their Replacements Are Women". *New York Times*m 29 de octubre de 2018, https://www.nytimes.com/interactive/2018/10/23/us/metoo-replacements.html. Acceso el 22 de junio de 2021.

Catalina Oquendo. "En Colombia hay 502 menores criminalizadas por abortar". *El País,* 30 de septiembre de 2019. https://elpais.com/sociedad/2019/09/30/actualidad/1569863503_607122.html. Acceso el 22 de junio de 2021.

Columbia Law School. "Kimberlé Crenshaw on Intersectionality, More than Two Decades Later". *Columbia Law School,* 8 de Junio de 2017, https://www.law.columbia.edu/news/archive/kimberle-crenshaw-intersectionality-more-two-decades- Acceso el 22 de junio de

2021.later#:~:text=Is%20that%20a%20misunderstanding%20of,class%20or%20LBGTQ%20problem%20ther. Acceso el 22 de junio de 2021.

Daniela Blandón Ramírez. "Una mujer es asesinada cada dos horas en América Latina por el hecho de ser mujer". *France 24,* 3 de marzo de 2020, https://www.france24.com/es/20200303-dia-dela-mujer-feminicidios-latinoamericano-violencia-genero. Acceso el 22 de junio de 2021.

Deborah Tannen. "The Truth About How Much Women Talk — and Whether Men Listen", *Time,* 28 de junio de 2017, https://time.com/4837536/do-women-really-talk-more/. Acceso el 22 de junio de 2021.

Emma Swislow. "Activist Loretta Ross Gives Talk on Reproductive Justice". *The Amherst Student,* 31 de octubre de 2017, https://amherststudent.amherst.edu/article/2017/10/31/activist-loretta-ross-gives-talk-reproductive-justice.html. Acceso el 22 de junio de 2021.

El Espectador. "América Latina es la región más violenta del mundo contra las mujeres," *El Espectador,* 22 de noviembre de 2017, https://www.elespectador.com/noticias/el-mundo/america-latina-es-la-region-mas-violenta-del-mundo-contra-las-mujeres/. Acceso el 22 de junio de 2021.

El País. "Me llamaron loca, histérica, orgásmica". *Página 12,* 26 de abril de 2019, https://www.pagina12.com.ar/189903-me-llamaron-loca-histerica-orgasmica. Acceso el 22 de junio de 2021.

Forbes México. "Reclamo de justicia, vandalismo y lesionados, saldo de la marcha feminista," *Forbes México,* 25 de noviembre de 2019, https://www.forbes.com.mx/reclamo-de-justicia-vandalismo-y-lesionados-saldo-de-la-marcha-feminist/. Acceso el 22 de junio de 2021.

Gaia Vince. "Smashing the Patriarchy: Why there's Nothing Natural about Male Supremacy". *The Guardian,* 2 de noviembre de 2019, https://www.theguardian.com/books/2019/nov/02/smashing-the-patriarchy-why-theres-nothing-natural-about-male-supremacy. Acceso el 15 de noviembre de 2020.

Hannah Devlin. "Science of Anger: How Gender, Age and Personality Shape this Emotion", *The Guardian,* 12 de mayo de 2019, https://www.theguardian.com/lifeandstyle/2019/may/12/science-of-anger-gender-age-personality. Acceso el 22 de junio de 2021.

Internacional. "Proponen 'frente latinoamericano' contra la ideología de género". *Semana,* 13 de septiembre de 2016, https://www.semana.com/nacion/articulo/frente-latinoamericano-a-favor-de-la-familia-y-contra-la-ideologia-de-genero/493623/. Acceso el 22 de junio de 2021.

Isabela Sandoval Vela. "¿Se puede ser católica y al mismo tiempo defender el derecho a decidir sobre el aborto?". *Pacifista!,* 2 de abril de 2019, https://pacifista.tv/notas/catolicas-aborto-derecho-decidir/. Acceso el 22 de junio de 2021.

Ivana Kottasová. "While the #MeToo Backlash Raged On in 2019, the Movement Notched Up Big Gains". *CNN World.* 29 de diciembre de 2019, https://www.cnn.com/2019/12/24/world/metoo-movement-gains-2019-intl/index.html. Acceso el 22 de junio de 2021.

Julie Bosman, Kate Taylor y Tim Arango. "A Common Trait Amongst Mass Killers: Hatred Towards Women," *New York Times,* 20 de agosto de 2019, https://www.nytimes.com/2019/08/10/us/mass-shootings-misogyny-dayton.html. Acceso el 22 de junio de 2021.

Liz Ford. “Why Do Women Still Die Giving Birth?”, *The Guardian,* 24 de septiembre de 2018, https://www.theguardian.com/global-development/2018/sep/24/why-do-women-still-die-giving-birth. Acceso el 22 de junio de 2021.

Lorena Arroyo. “Feminicidios: la guerra invisible que mata a 12 mujeres por día en América Latina”. *Connectas,* https://www.connectas.org/feminicidios-la-guerra-invisible-que-mata-a-12-mujeres-por-dia-en-america-latina/. Acceso el 3 de noviembre de 2020.

Lois Beckett. “The Misogynist Incel Movement is Spreading. Should it Be Classified as a Terror Threat?”. *The Guardian,* 3 de marzo de 2021, https://www.theguardian.com/lifeandstyle/2021/mar/03/incel-movement-terror-threat-canada. Acceso el 22 de junio de 2021.

Lulú V. Barrera. “La lucha feminista demanda un cambio real”. *The Washington Post,* 28 de noviembre de 2019, https://www.washingtonpost.com/es/post-opinion/2019/11/28/la-lucha-feministademanda-un-cambio-real/. Acceso el 22 de junio de 2021.

María Paula Toro. “El diálogo sobre el aborto sí es posible”. *Siete Polas,* 9 de mayo de 2018, https://sietepolas.com/2018/05/09/el-dialogo-sobre-el-aborto-si-es-posible/. Acceso el 22 de junio de 2021.

Mark Follman. “Armed and Misogynist: How Toxic Masculinity Fuels Mass Shootings.” *Mother Jones,* mayo/junio del 2019, https://www.motherjones.com/crime-justice/2019/06/domestic-violence-misogyny-incels-mass-shootings/. Acceso el 22 de junio de 2021.

Margarita Rodríguez. “Cerca de 95% de los homicidas en todo el mundo son hombres... ¿Por qué las mujeres matan menos?,” *BBC Mundo,* 20 de octubre de 2016, https://www.bbc.com/mundo/noticias-37433790. Acceso el 22 de junio de 2021.

Maya Salam. “No estás ‘Ioca’: estás luchando por lo que quieres”. *The New York Times,* 1 de marzo de 2019, https://www.nytimes.com/es/2019/03/01/espanol/serena-williams-nike.html. Acceso el 22 de junio de 2021.

Maryland Population Research Center. “Reflections on the Future of the Second Half of the Gender Revolution”. *Maryland Population Research Center,* https://www.popcenter.umd.edu/news/news_1500574447256. Acceso el 22 de junio de 2021.

Molly Monk. “The History of Catholic Teaching on Abortion Isn’t as Clear Cut as You Think” *The Outline,* 16 de enero de 2020, https://theoutline.com/post/8536/catholic-history-abortion-brigid. Acceso el 22 de junio de 2021.

Noticias ONU. “1 de cada 3 mujeres es víctima de violencia a lo largo de su vida”. *Noticias ONU,* 22 de noviembre de 2017. https://news.un.org/es/story/2017/11/1422662. Acceso el 3 de noviembre de 2020.

Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC). “Home, the most dangerous place for women, with majority of female homicide victims worldwide killed by partners or family, UNODC study says”. *Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC),* 25 de noviembre de 2018 https://www.unodc.org/unodc/en/frontpage/2018/November/home-the-most-dangerous-place-for-women-with-majority-of-female-homicide-victims-worldwide-killed-by-partners-or-family–unodc-study-says.html?ref=fs2. Acceso el 22 de junio de 2021.

Pablo Uchoa. “Esterilización forzosa en Perú: ‘Me abrieron la barriga cuando aún no estaba dormida’”. *BBC News,* 1 de marzo de 2021, https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-56243650. Acceso el 22 de junio de 2021.

Rachel B. Vogelstein. The World Isn't Paying Enough Attention to Latin America's Child-bride Problem. *Quartz,* 5 de agosto de 2015, https://qz.com/472143/no-one-is-paying-attention-to-latin-americas-child-bride-problem/. Acceso el 22 de junio de 2021.

Sarah Mccamon. "Abstinence-Only Education Is Ineffective And Unethical, Report Argues". *NPR,* 23 de agosto de 2017, https://www.npr.org/sections/health-shots/2017/08/23/545289168/abstinence-education-is-ineffective-and-unethical-report-argues. Acceso el 22 de junio de 2021.

Silvia Trujillo. "El mito de la ideología de género". *Agencia Ocote,* 19 de marzo de 2019, https://www.agenciaocote.com/blog/2019/03/19/conjurando-al-feminismo/. Acceso el 22 de junio de 2021.

UN Women. "The Shadow Pandemic: Violence against women during COVID-19". *UN Women,* https://www.unwomen.org/en/news/in-focus/in-focus-gender-equality-in-covid-19-response/violence-against-women-during-covid-19. Acceso el 22 de junio de 2021.

PÁGINAS WEB

International Telecommunication Union (ITU). "Bridging the Gender Divide". *International Telecommunication Union (ITU),* https://www.itu.int/en/mediacentre/backgrounders/Pages/bridging-the-gender-divide.aspx. Acceso el 3 de febrero de 2021.

CARE. "Counting the Cost: The Price Society Pays for Violence Against Women". CARE, https://www.care-international.org/files/files/Counting_the_costofViolence.pdf. Acceso el 12 de mayo de 2021.

Cleveland Clinic. "Postpartum Depression". *Cleveland Clinic,* https://my.clevelandclinic.org/health/diseases/9312-postpartum-depression. Acceso el 14 de julio de 2021.

Comisión Económica para América Latina (CEPAL). "Feminicidio". *Observatorio de Igualdad de Género de América Latina y el Caribe,* https://oig.cepal.org/es/indicadores/feminicidio-. Acceso el 3 de febrero de 2021.

International Women's Health Coalition. "The Facts on Child Marriage". *International Women's Health Coalition,* https://iwhc.org/resources/facts-child-marriage/. Acceso el 15 de abril de 2021.

Pew Research Center. "Women and Leadership". *Pew Research Center,* https://www.pewresearch.org/social-trends/2015/01/14/women-and-leadership/. Acceso el 13 de julio de 2021.

ONU Mujeres Colombia. "Feminicidio". ONU Mujeres Colombia, https://colombia.unwomen.org/es/como-trabajamos/violencia-contra-las-mujeres/feminicidio Acceso el 11 de mayo de 2021.

Son niñas, no madres. "Historias". Son niñas, no madres, https://www.ninasnomadres.org/historias.php. Acceso el 22 de junio de 2021.

UN Women. "Facts and Figures: Ending Violence Against Women". *UN Women,* https://www.unwomen.org/en/what-we-do/ending-violence-against-women/facts-and-figures. Acceso el 11 de mayo de 2021.

World Health Organization (WHO). "Preventing unsafe abortion" Fact Sheets. *World Health Organization,* https://www.who.int/news-room/fact-sheets/detail/preventing-unsafe-abortion. Acceso el 9 de marzo de 2021.

_____. “Violence Against Women”. World Health Organization, https://www.who.int/en/news-room/fact-sheets/detail/violence-against-women. Acceso el 22 de junio de 2021.

REPORTES

Gary Barker, Aapta Garg, Brian Heilman, Nikki van der Gaag y Rachel Mehaffey. State of the World’s Fathers 2021: Structural Solutions to Achieve Equality in Care Work Executive Summary. *Men Care, Promundo.* Disponible en: https://men-care.org/resources/state-of-the-worlds-fathers-2021-structural-solutions-to-achieve-equality-in-care-work-executive-summary/. Acceso el 22 de junio de 2021.

Sisma Mujer. “Comportamiento de las Violencias Contra las Mujeres en el Marco de la Pandemia del Covid-19 en Colombia”. *Sisma Mujer.* Disponible en: https://www.sismamujer.org/wp-content/uploads/2019/07/Boleti%CC%81n-Sisma-Mujer-COVID-19-y-DH-de-las-mujeres-en-Colombia.pdf. Acceso el 22 de junio de 2021.

Susheela Singh, Lisa Remez, Gilda Sedgh, Lorraine Kwok y Tsuyoshi Onda. “Abortion Worldwide 2017: Uneven Progress and Unequal Access. *Guttmacher Institute.* Disponible en: https://www.guttmacher.org/report/abortion-worldwide-2017. Acceso el 22 de junio de 2021.

CHARLAS TED

Chimamanda Ngozi Adichie. “We Should All Be Feminists”. TEDXEuston, diciembre de 2012. https://www.ted.com/talks/chimamanda_ngozi_adichie_we_should_all_be_feminists

Kailash Satyarthi. “How to Make Peace? Get Angry”. TED2015, marzo 2015. https://www.ted.com/talks/kailash_satyarthi_how_to_make_peace_get_angry

Justin Baldoni. “Why I’m done trying to be ‘man enough’”. TEDWomen 2017, noviembre 2017. https://www.ted.com/talks/justin_baldoni_why_i_m_done_trying_to_be_man_enough/up-next#t-l87688

PUBLICACIONES EN REDES SOCIALES

Farida D [@farida.d.author]. Post Toxic Masculinity. Instagram, abril 26, 2021, https://www.instagram.com/p/COIyG9Uhszu/

Maryam Hasnaa (@Maryamhasnaa). “Women who love themselves love otherwomen”. Twitter, Junio 25 de 2017, 3:25 p.m. https://twitter.com/maryamhasnaa/status/879073139329830912?lang=en

© Sofi Perazzo

(Medellín, Colombia. 1993) Salomé Gómez-Upegui es una escritora colombo-estadounidense cuyos textos sobre feminismo, arte y justicia social han sido publicados en sitios como *The Guardian*, *Huffpo*, *Artsy*, *Atmos*, *Catapult* y *Cerosetenta*. *Feminista por accidente* es su primer libro. Es abogada de la Universidad de Los Andes y Máster en Derecho de la Universidad de Harvard. Además de trabajar como consultora en temas de Derechos Humanos, Salomé se ha dedicado a enseñar y a generar conciencia sobre el feminismo a través de círculos de conversación, talleres comunitarios y su curso *Feminismo 101*. Vive en Miami, Florida, con su esposo Jorge y su perro Teddy. Está en Instagram y Twitter como @salomegomezu.

Otros títulos publicados:

Rebelde con causa
María Fernanda González

Otro fin del mundo es posible
Alejandro Gaviria

El país de las emociones tristes
Mauricio García Villegas

Por qué no hablo con blancos sobre racismo
Reni Eddo-Lodge

El hereje: Carlos Gaviria
Ana Cristina Restrepo Jiménez

Los que sobran
Juan Carlos Flórez

La familia, la cultura y las tradiciones nos marcan, pero no nos definen. Quizás por eso es tan acertada la frase que, en el espíritu de Simone de Beauvoir, asegura que no se nace feminista, sino que se llega a serlo. El caso de Salomé Gómez-Upegui es el fiel retrato de esa máxima. De crianza católica y conservadora, convencida de vivir en un mundo que daba a las mujeres su lugar destinado, un día se dio cuenta de que aquello que le habían enseñado y en lo que basaba sus creencias no era una realidad justa para todas. Y fue así como ella emprendió su camino, en rebeldía, hasta que llegó a declararse feminista.

Con un lenguaje claro, muchas lecturas, análisis y profunda empatía, la autora trata de explicar por qué decidió recorrer el camino de la lucha por la igualdad, teniendo siempre presente que su tra-

igualdad, teniendo siempre presente que su tra-
yecto comenzó en el mismo lugar en el que quizás
se encuentra usted en este momento.

"La verdad es que llegué a ser feminista más por necesidad y por accidente que por convicción. La verdad es que me tuve que dar contra el mundo antes de abandonar mi carácter conservador e intransigente".

Ariel

www.planetadelibros.com.co

eBook
DISPONIBLE